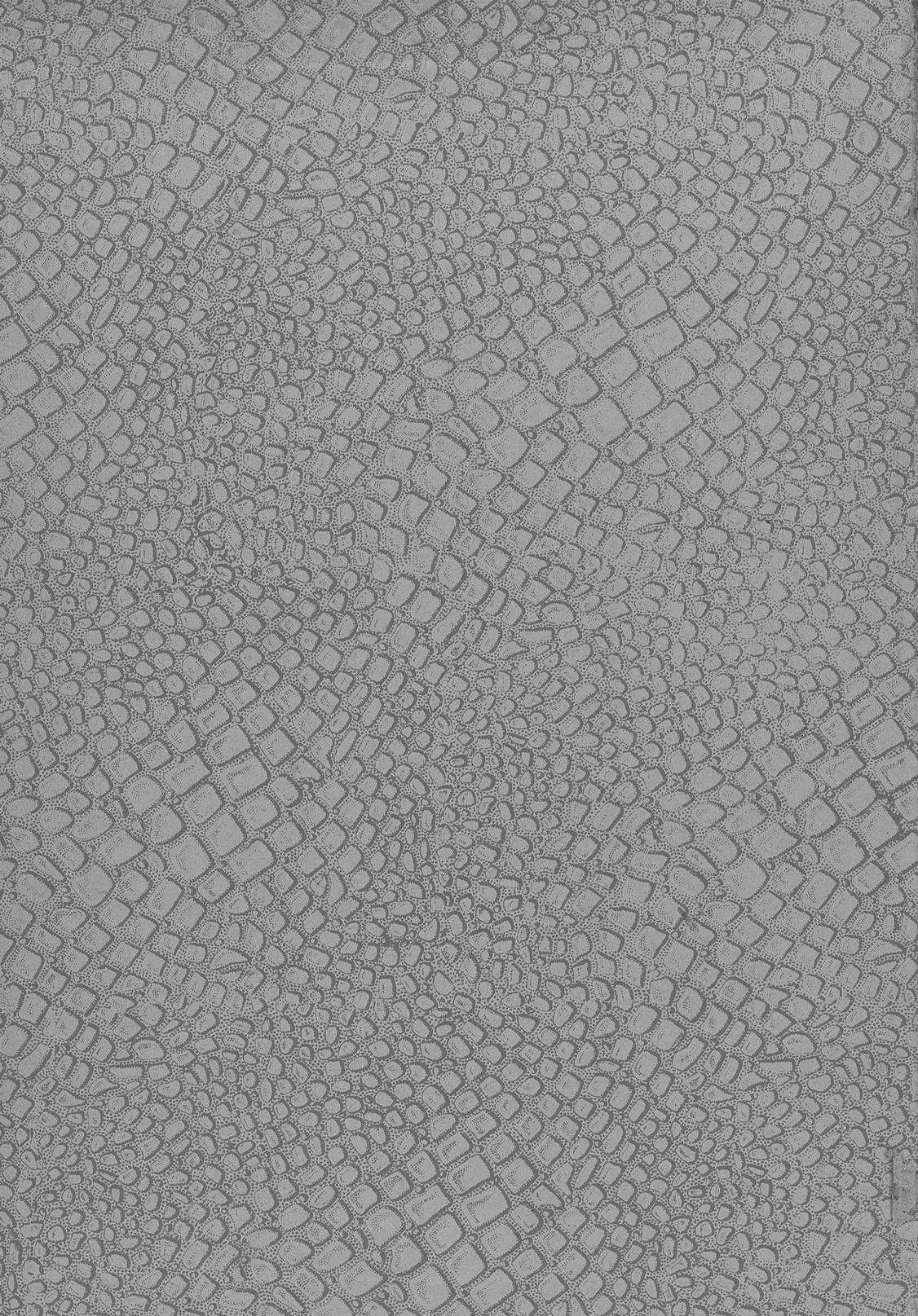


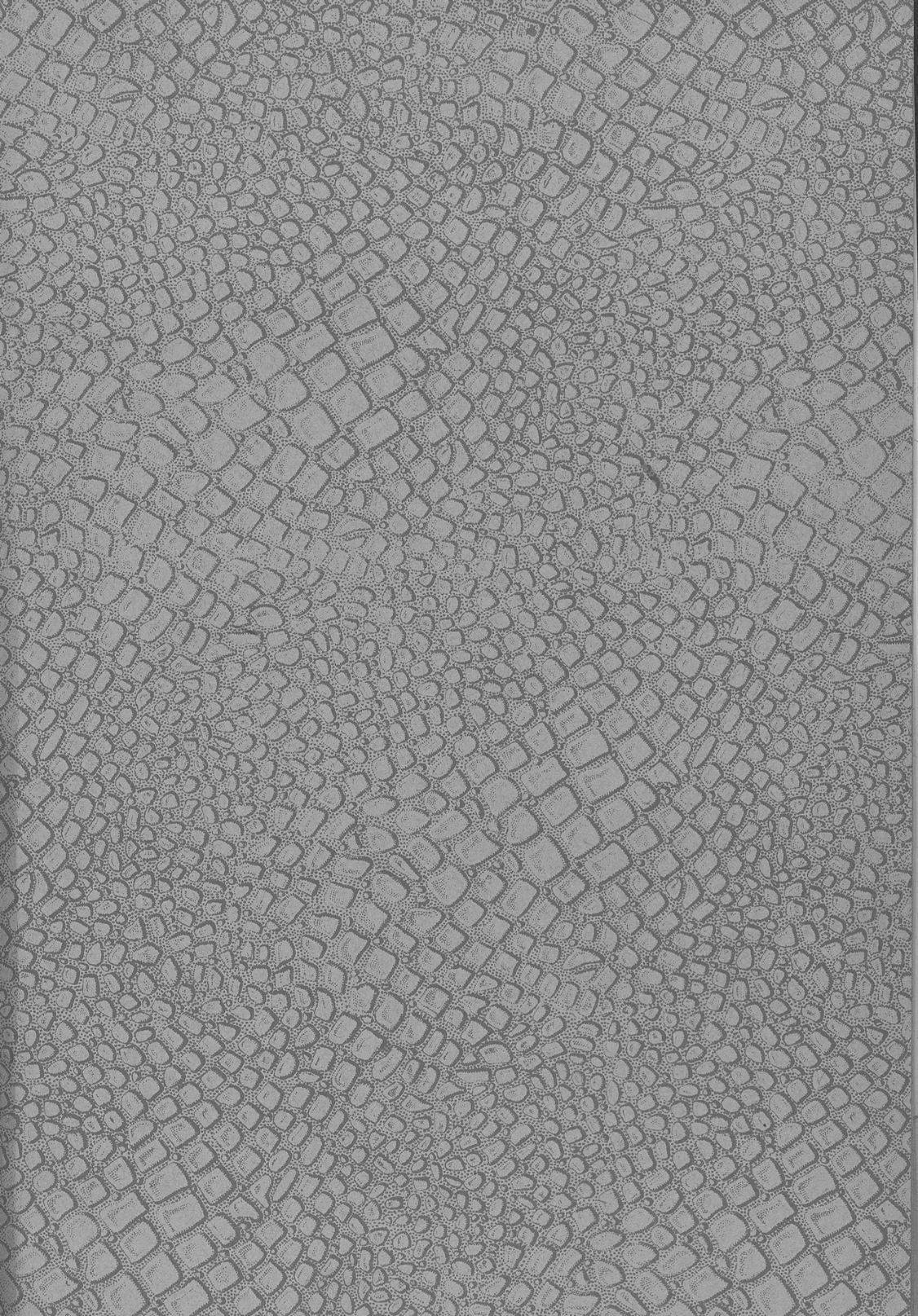
IN





















F-95

4-1178067



PÁGINAS

54

# EN PROSA

POR EL

DOCTOR D. EMILIO MARTIN-GONZALEZ VALLE,  
Ex-DIPUTADO A CORTES,

y  
*Padre del Marqués de la Vega de Arco*



MADRID:

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE LOS SÚCESORES DE RIVADENEYRA,

IMPRESORES DE LA REAL CASA,

PASEO DE SAN VICENTE, 20.

1882.

*R. 1920*







Pags 13-14-17-18-22-23-25-29-31-35-37-41

Paga 47 - Verse

Paga 49 - Verse, 51-52-55-56-57-60-62-

Paga 43-

Paga 49 - Dijeron: Jamas habia cosa tan gene-  
rosa, tan valiente, tan digna como la  
conducta de los asturianos

Paga 48 - El alcalde de Moredas asturiano  
no etc

Pags 57-58-60, veranse elogiados a Omitamilla

Paga 53 Conde de Toranzo

## ASTURIANOS ILUSTRES.

Paga 55 - Alfonso de Omitamilla

Paga 145 Verse







A MI DISTINGUIDO AMIGO

EL

EXCMO. SR. D. VÍCTOR BALAGUER.







---

## APUNTES BIOGRÁFICOS.

---

Cuando el autor de estas biografías recorría las aulas de la Universidad ovetense, ocurriósele la idea de publicar con alguna extension la vida y milagros de los asturianos más ilustres, y dió principio á su obra con el ensayo que figura al frente de esta coleccion; pero despues, solicitado por algunos amigos, el trabajo que pensaba hacer con mayor extension y más alta mira, hubo de reducirse, apremiado por las necesidades de tiempo y espacio; pues sus cuartillas, apenas escritas, pasaban á la imprenta de un periódico diario. De este modo, sus biografías quedaron convertidas en mero relato y apuntamiento de fechas y sucesos, sin el atractivo que justamente proporciona á este linaje de trabajos literarios la correccion de estilo; prenda para mí de inestimable valor y aprecio en una época en que tanto se abusa de la gramática y del sentido



comun, que, segun una frase corriente, y muy cierta, es lo ménos comun que hay.

Quizá alguno se maraville al ver que á renglon seguido de lo dicho, y como pasándolo por alto, el autor forme hoy esta pequeña coleccion y la entregue á los vientos de la publicidad.

Nada más natural y sencillo.

Lo que ahora hace es consecuencia de lo que hizo entónces; y á fe que reconoce, el primero de todos, el escaso valer de esta obrilla, que no por verse en este lugar ha ganado en bondad y belleza.

Parécele hoy defectuosa é incompleta por más de un concepto; pero, á falta de otra mejor, y queriendo complacer á aquellas personas que desean y le piden una obra suya, la da á la imprenta, y no hace correccion alguna, porque está de prisa y no quiere emplear su tiempo en este ensayo de sus primeros años de estudiante.

---



---

# DON FERNANDO VALDÉS SALAS

(FUNDADOR DE LA UNIVERSIDAD DE OVIEDO).

---

## I.

Dar, como en cifra y compendio, breve noticia de los hechos más culminantes de la vida de algunos asturianos ilustres; retratar en ellos los triunfos de este Principado, y marcar su vida evolutiva y la gestacion de su cultura en la historia: tales son los propósitos del autor. Unido por estrechos vínculos de familia y amistad á la patria de Jovellános y Campománes, habiendo pasado muchos años en esta clásica tierra de la hidalguía y de la lealtad, su amor hácia ella es grande, y el placer que experimenta al relatar sus glorias, mucho más grande aún y más profundo.

La historia es algo más que la narracion cronológica de los hechos; el espíritu moderno que la informa busca la causa ocasional, desmenuza el he-



cho, y elevando á más alta region el pensamiento, inquiere la verdad, y se apodera de la idea que se desenvuelve, y en actos positivos trasciende al mundo de la realidad. Tan altas miras exigen del historiador condiciones que nos faltan; tan elevados fines reclaman imperiosamente estudios, meditacion y tiempo, que desgraciadamente no tenemos.

Por eso nos proponemos otro plan, adoptando una forma más ligera, más en la medida de nuestras fuerzas, que, por lo pintoresca y amena, y por lo subjetiva, se adapta más al carácter de la generalidad de los lectores, despertando en ellos el amor á la patria y la veneracion constante á sus sacrosantas y gloriosas tradiciones.



## II.

Hombres hay que nacen á la vida, y pasan sin dejar memoria digna de su existencia. Estos, que para sí viven, son los más, y nada de ellos queda al apagarse su último aliento.

Imposibles se harían la vida y la sociabilidad si todos obrasen de este modo; pero, por justa ley compensadora, tienen la vida y la sociedad hombres que dedican las fuerzas de su inteligencia y el afanar penoso del espíritu al mejoramiento de sus semejantes. Así tiene la humanidad los artistas inspirados que sorprenden y encadenan la belleza á las concepciones de su genio; los sabios que persiguen la verdad, y estudian, y meditan, y difunden la ciencia; los mártires que dan su vida por el triunfo de la fe cristiana; los hombres generosos que viven y alientan para los demás, que espléndidos derraman sobre los otros los bienes de la fortuna y los tesoros de la inteligencia, que con su actividad y energía y su amor á sus semejantes allanan el camino que tienen que recorrer, señalándoles el término de su carrera; y, en fin, sus grandes capitanes, sus conquistadores, que funden y apro-



ximan los pueblos, y llevan en la espada de Alejandro la sabiduría de la Grecia, y en las legiones de Bonaparte el espíritu democrático de la revolución francesa.

Por eso, aunque muchos en número, son pocos en valor los que viven para sí. Su memoria vive apenas un día. Los otros son los grandes hombres, que no mueren nunca, que viven siempre, porque siempre alienta su espíritu en sus obras y acciones magnánimas. Para tales hombres tienen los pueblos su gratitud, sus monumentos y recuerdos inmarcesibles.

Las naciones poseen sus hombres célebres, á quienes elevan estatuas y conmemoran uno y otro día en su historia, tornando en apoteosis y en triunfo perpétuo muchas veces una vida de sinsabores, de disgustos y aún de miserias. Así Grecia glorifica á Homero, y Roma á Virgilio y á Horacio, en lo antiguo; y en las naciones de Europa, el genio de Alemania se revela en Guttenberg, Schiller y Goethe; Pedro el Grande, Catalina II y Orloff dan á conocer la familia moscovita; Palmerston, Wellington y Pitt nos retratan á Inglaterra; y España, la patria de Cervantes y de Calderon, tiene sus capitanes legendarios, sus inspirados artistas, sus mártires gloriosos, sus innovadores profundos. Como en todos los pueblos, en España se rinde culto á la memoria de estos hombres ilustres, y la patria de cada uno de ellos cifra todo su orgullo en ser la cuna de un grande hombre.

Así nosotros hemos nacido y vivido bajo la idea de esa gratitud, bien merecida por varones insignes, que existieron y murieron por su patria. Siem-



pre que nuestras fuerzas, harto débiles, lo han permitido, consignamos su recuerdo en nuestros pobres escritos; evocamos siempre sus glorias y sus triunfos, y sentimos hondamente sus pesares y tristezas.



## III.

Aunque nacido en Cuba, y debiendo á Cuba mi primera educacion y los pasos primeros de mi vida, lazos de parentesco, y el natural deseo de conocer tierras y gentes, me trajeron á la Península ibérica, y en ella discurrieron para mí dias felices, de provechosa enseñanza. Tales simpatías movieron mi ánimo al estudio de sus glorias, al relato de sus grandezas; y concretando más mi pensamiento, me impulsaron á escribir estas biografías de asturianos ilustres, como prenda del cariño que profeso al país de mis mayores. Viviendo largos años en el antiguo Principado de la corona de Castilla, é identificado con su épica historia, porque es la historia de la independencia patria, con los romanos, los árabes y los franceses, leí con recogimiento y admiracion las crónicas de su pasado y presente, donde resplandecen y se citan los egregios nombres de sus hijos ilustres.

¡Cuadro asombroso aquel en que se representa la gloria inmarcesible de los astures! Porque esta provincia es la cuna de monarcas como Alfonso el Casto y Alfonso el Magno; de los padres de la es-



posa del Cid; de próceres y guerreros como el conde D. Pedro Anzules, Rui Perez de Avilés, Diego Valdés el valiente; de Lope Cortés, fundador de la casa del conquistador de Méjico; del gran Marqués de Santa Cruz; del insigne conquistador de la Florida; de Alonso de Quintanilla, el protector de Colon; de prelados como el cronista D. Pelayo y D. Fernando Valdés; de ministros como Jovellános, Campománes, el divino Argüelles, el sabio San Miguel, el economista Florez Estrada, el historiador Toreno; de generales como Abascal, el gran virey del Perú, Cienfuegos, Valdés y Riego; de escritores que sería prolijo enumerar; de artistas como Carreño, y, en fin, de ciudadanos memorables, célebres siempre por sus servicios al Estado y á la Iglesia.

De muchos de ellos hemos reunido datos y fechas para escribir sus biografías y trazar en ellas á grandes rasgos la historia de los asturianos en América y España, particularmente desde que, fundada su esclarecida Universidad de Oviedo, la gloria de los más notables tiene por base y pedestal sus auras bien afamadas en los anales del saber.



## IV.

Es la enseñanza pública manantial fecundo de inestimables bienes, y á ella se debe el grado de cultura que hoy alcanzamos. Los hombres que la consagran la vida, y la difunden y ensalzan, son acreedores á nuestra gratitud; se hace obligada la estima para con ellos, porque de la enseñanza pública nacen el mejoramiento social y el adelanto y progreso de los pueblos.

Tributando un homenaje justo y respetuoso á estos sentimientos, comenzamos nuestra humilde tarea de relatar la vida de los asturianos ilustres con el nombre del fundador de la Universidad ovetense. ¡Varon, por cierto, merecedor de fama inmortal, honra de España y bienhechor de nuestra Nación! al decir del Marqués de Alventos (1).

Era D. Fernando de Valdés Salas hombre de agudo ingenio, mucho estudio y nada comun discrecion. Hijo de un Juan Fernandez, segun la frase de Tirso de Avilés, y de doña Mencía de Valdés,

---

(1) *El Marqués de Alventos, historiador del salmantino Colegio de San Bartolomé.*



señores de la casa de Salas, nació en la villa de este nombre, en 1483. Fué colegial, y terminó su carrera en el viejo de San Bartolomé de Salamanca, y recibió los grados en la Facultad de Cánones, siendo también Catedrático y Rector. El Cardenal Cisneros le nombró oidor de su Consejo en 1516, y canónigo de Alcalá, y Dean de Oviedo; visitó la Inquisición de Cuenca y gobernó el reino de Navarra, haciendo sus Ordenanzas (1). Justamente apreciado por los Reyes, intervino en las capitulaciones matrimoniales de la emperatriz doña Isabel. Fué más tarde (1524) nombrado Obispo de Helna (Cataluña), y, sin tomar posesión, pasó al de Orense, y de allí, en 1532, al de Oviedo y Presidencia de la Real Cancillería de Valladolid. Ocho años después fué elegido Obispo de Sigüenza y Presidente de Castilla, pasando al Arzobispado de Sevilla, á los seis años. Mientras don Felipe se hallaba en Inglaterra, mereció del Monarca el gobierno del reino, y en 1568 murió en la corte, dejando por herencia (2), al par que cuantiosos bienes de fortuna, digno y elevado ejemplo que imitar.

Tal es, á grandes rasgos, la vida del insigne fundador de la Universidad de Oviedo. Hijo de su tiempo, adoptó las ideas de su siglo, participando de su intolerancia y fanatismo. Por eso á la muerte del Cardenal Loaisa le vemos ejercer el cargo de Inquisidor general, mereciendo los apodos de *toston* y *vil*.

---

(1) GIL GONZALEZ DÁVILA, *Teatro de la Iglesia de Sevilla*, fólío 91.

(2) Paulo IV le concedió una canonjía en todas las catedrales y colegiatas de Castilla, Leon, Aragon y Canarias, y al mismo tiempo, cien mil ducados sobre frutos eclesiásticos.



## V.

Era la época de mayor esplendor para España. Concluida la guerra de la Reconquista, descubierto el Nuevo Mundo, reorganizada la Monarquía, sujeta la nobleza, turbulenta y levantisca en otro tiempo, se abrían nuevos horizontes de paz y de concordia; nuestras banderas se agitaban triunfantes en todas partes; á nuestra prepotencia militar sucedía con mayor pureza y brillo la importancia que alcanzábamos en el campo de la ciencia. Se había desarrollado el estudio y se propagaba el saber, y nuestros sabios obispos y doctores lucían las galas de su ingenio y los tesoros de sus conocimientos en concilios y academias. Todo anunciaba una época de esplendor y de gloria.

Y en tanto, Astúrias, olvidada, yacía en la mayor ignorancia; no tenía escuelas donde educar á sus hijos. Rodeada de montañas, separada por altos picos del resto de la nación, faltóle comunicacion y roce.

De la dominacion romana quedábanle escasos recuerdos; algunas monedas del Bajo Imperio y muy pocas lápidas. Los godos no dan noticia de sí en la



provincia, hasta despues de la rota de Guadalete. Entónces trajeron aquí los restos de su antiguo esplendor, sus leyes y tradiciones, y el estandarte de la Cruz ondeó en Covadonga. Las necesidades de la guerra eran apremiantes: no habia tiempo que perder. La Reconquista les llevó, más tarde, más allá de nuestros montes, y ensanchando el círculo de sus reinos, quedó esta pobre provincia casi en olvido. En vano el virtuoso obispo D. Fredolo (1280) estableció unas escuelas para enseñar liturgia á sus prebendados; ninguna noticia literaria tenemos del clero asturiano, hasta el gobierno del obispo D. Juan Arias del Villar; entónces floreció el Br. Gonzalo Gonzalez, abad de Tuñon (1), que fundó en Salamanca el colegio de Monte Olivete. Diego de Muros, pastor ilustrado y celosísimo, instituyó, á principios del siglo xvi, una cátedra de Moral en el convento de Dominicos de Oviedo, y en 1517 fundó en Salamanca el colegio mayor de San Salvador de Oviedo.

Elreputado Ambrosio Morales, en su *Viaje*, dice que los canónigos de Covadonga vestian un hábito tosco y pobre. ¡Clara muestra de su cultura!

Don Pedro Suarez fundó y dotó (1593) el Colegio de San Pedro de los Verdes, para sostener doce colegiales que termináran su carrera en la ya proyectada Universidad, por testamento del arzobispo Valdés. Gonzalo Gutierrez Mantilla excitaba

---

(1) Risco, *Esp. Sag.*, tomo xxxix, pág. 79, dice que fué su fundador, y el Sr. Vidal y Diaz sostiene que fué solamente su primer rector.—*Memoria histórica de la Universidad de Salamanca*, Ap. II, página 301.



á los testamentarios de éste para que abriesen pronto las enseñanzas, porque sus clérigos eran unos ignorantes. Cuadro poco halagüeño en verdad, y que dice bien á las claras el deplorable estado de nuestra cultura.

Y no se crea por esto que no tuvo Asturias insignes varones en esta época. Muchos supieron distinguirse en las letras: el Arcediano de Villaviciosa, D. Juan Gonzalez Contreras, D. Rodrigo Alvarez de Noreña, Alfonso de Proaza, defensor de Raymundo Lulio; Alvaro Alfonso, Pedro de Pravia y otros cien son ejemplo de lo que decimos. Lo que sucedia era que tenian que aprender en otras escuelas, y que con tal circunstancia se amenoraba el número de los ilustrados, porque todos no disponian ni del favor ni de la fortuna. Vino á dar de mano á tan lastimoso atraso el Ilmo. Sr. don Fernando de Valdés Salas. Sintiendo las necesidades de su país, procuró aliviarlas, y á este propósito destinó parte de sus cuantiosas rentas, fundando el colegio de Huérfanas Recoletas y su ilustre Universidad, que tantos y tan insignes hijos ha tenido.

Puede muy bien la Historia, al estudiar la vida del Arzobispo de Sevilla, y, obedeciendo á este ó al otro criterio, emitir su fallo favorable ó adverso. Para nosotros, para el pueblo asturiano, su memoria será indeleble; su nombre, objeto de constante veneracion y respeto; que sólo en pechos ingratos cabe el olvido para todo bien, y el agradecimiento y la bondad son el patrimonio de esta hidalga tierra.



## VI.

Pero hora es ya de terminar este trabajo.

El escaso tiempo de que podemos disponer no da lugar á otras consideraciones. Empero, no hemos de poner punto final sin hacer mencion de otras mandas y legados y donaciones de D. Fernando Valdés Salas. Su caridad fué grande, y su fortuna sufrió beneficioso empleo.

Instituyó en la iglesia donde fué bautizado una misa diaria por la emperatriz doña Isabel y el emperador Carlos V, de quien fué testamentario. Dejó dotes para doncellas, bueyes para labradores, gratificaciones á los criados, condonando varios créditos. Mandó que hicieran un hospital de estudiantes en Oviedo, señalando su personal y organizando sus dependencias y reglamento, para cuyo hospital, que no llegó á hacerse, legó la suma de cien mil maravedises. Asusta leer en Gil Gonzalez Dávila el siguiente dato: «Consta en sus libros haber gastado en limosnas, edificios públicos y servicio de sus reyes, sin contar socorros secretos, de que no habia cuenta ni razon, 1.380.000 ducados.»

¡ Bendita caridad!



El entierro y funerales de Valdés se celebraron con lujosísimo aparato. Su cadáver, metido en un ataúd y dentro de una litera, fué traído con solemne pompa para ser sepultado en Salas. Sus restos fueron colocados en un rico panteon de mármol blanco, mausoleo armonioso en sus proporciones y de belleza escultural. Véase cómo lo describe el Sr. Vigil (D. Ciriaco): «Sobre un pedestal, con un gracioso y sencillo entablamento y las armas de la casa de Valdés (1), se eleva un cuerpo, adornado con cuatro columnas jónicas, sin volutas en los capiteles, el cual forma dos resaltos sobre el centro de la fábrica. En el tablero del medio, más espacioso que los de los lados, hay abierta una especie de hornacina, donde se ve un excelente grupo que representa al Sr. Valdés, de capa pontifical, acompañado de tres diáconos, y puestos de rodillas junto á un reclinatorio, en actitud de orar devotamente. Ocupa el testero de este nicho, cuyo fondo es el mismo del monumento, un medallon, en que se representa, de medio relieve, la Resurreccion del Señor, como emblema de la inmortalidad; quedan á los lados, en los dos cuerpos salientes y entre las columnas que los adornan, dos nichos con sus cascarones y pilastras. En el de la derecha está la Esperanza, y en el de la izquierda la Caridad. Sobre la parte entrante de esta fábrica se eleva un atrio, cuyo nicho cobija la Teología oprimiendo la Herejía, que aparece humildemente á sus piés con la

---

(1) Pinta por armas un castillo con un leon sobre sus almenas; en campo blanco, tres barras azules con diez cruces de San Jorge de Inglaterra. (*Tirso de Avilés.*)



máscara y los libros de sus errores. Las estatuas que representan la Prudencia, la Justicia, la Fortaleza y la Templanza coronan los resaltos del primer cuerpo, pareadas á uno y otro lado del atrio: éste termina con un gracioso triángulo y dos angelitos cogidos de la Cruz que se corona.....»



## VII.

Tal ha sido el Ilmo. Sr. D. Fernando Valdés, amigo y testamentario de Carlos V; obispo de Helna, Orense, Leon, Sigüenza y Oviedo; arzobispo de Sevilla, Inquisidor general, Presidente del Supremo Consejo de estos Reinos. Vivió ochenta y cinco años; fué docto, ejemplar, clemente, de amable trato, de gran virtud y profundos conocimientos.

Al estampar su nombre al frente de estas biografías, consagramos un recuerdo al ilustre fundador de la Universidad de Oviedo, en la que fuimos alumnos, y respecto á la que sentimos un vivo afecto (1), por estar colocado en sus salones el retrato de nuestro inolvidable padre, como protector decidido de esta casa de enseñanza.

---

(1) El Excmo. Sr. D. Anselmo Gonzalez del Valle ofreció cubrir el déficit que la escuela causase en los presupuestos, cuando el Gobierno pensó en suprimirla. Posteriormente donó á su Biblioteca más de cuatrocientas obras, á más de diferentes colecciones á su Museo de Historia Natural. (*Hist. de la Universidad de Oviedo.*)

---



## EL CARDENAL CIENFUEGOS SIERRA.

### I.

Respetado en la Iglesia por su dignidad y jerarquía, en el Estado por las especiales prendas de su carácter personal, y en la ciencia y en la literatura por la importancia y méritos de sus obras: tal fué el Emmo. y Excmo. Sr. D. Alvaro Diaz de Cienfuegos y de Sierra, asturiano ilustre, que nació en la casa de la aldea de Agüerina, del concejo de Somiedo, al correr los primeros días del año 1657.

Extraña y maravilla en verdad el conjunto de circunstancias que le elevaron desde su casa solariega hasta los codiciados puestos en que su fortuna y valimiento le colocaron. Sus biógrafos refieren estos pormenores y relatan la azarosa vida del Cardenal insigne, haciendo notar la constante predilección con que miraba los asuntos de su país,



por más que siempre se encontrase léjos de él, y el generoso y dispuesto ánimo que en todas ocasiones conservaba para mostrar, con su liberalidad y desprendimiento, el buen recuerdo que tenía para el pueblo asturiano.

¡Varon magnífico, sabio y religioso!



## II.

Estudió D. Alvaro Cienfuegos Filosofía y los primeros años de Teología en la Universidad de Oviedo, marchando, en 1672, á completar su carrera en el colegio de San Pelayo, que fundó en Salamanca el célebre arzobispo de Sevilla, D. Fernando de Valdés Salas. Un suceso sumamente curioso cambió la suerte del colegial asturiano, trocando su beca por el hábito de los hijos de Jesus. Era Cienfuegos animoso y resuelto y no sufrido, y entró en contestaciones con los Padres Jesuitas por cierta obra que, al parecer, favorecía en poco al colegio del Sr. Valdés; y no andándose en reparos, como jóven á quien sobraban fuerzas y pocos años, disparó con una escopeta sobre el jesuita que las obras de edificacion vigilaba. Hubo escándalo y el alboroto y alarma consiguientes, provocando reclamaciones de ambos institutos, lo cual concluyó con un legajo de declaraciones y oficios, que dieron con D. Alvaro en poder de los PP. Jesuitas para ser sometido á ejercicios espirituales. Los hijos de Jesus conocieron bien pronto sus envidiables facultades, y le rodearon de gran-



des consideraciones, consiguiendo, al fin, retener á nuestro paisano y hacerle vestir el hábito de los discípulos de San Ignacio.—Poco despues pasó de lector de Artes ó Filosofía á Santiago; pero volvió en seguida á Salamanca, de Maestro de estudiantes, y en su celebérrima Universidad recibió los grados de licenciado y doctor, y obtuvo cátedras en la facultad de Teología, hasta llegar á la de Vísperas. Fué aquí donde le llamaron oráculo de propios y extraños, alcanzando gran renombre por su fácil palabra y conocimientos nada comunes en la lengua de Horacio, así como en Literatura, en Historia, Moral y Teología.

El muy ilustre D. Juan Tomás Enrique, almirante de Castilla, llevó á Cienfuegos á la córte (1690), distinguiéndose en ella con todos los literatos y cortesanos de su tiempo, y siendo muy aplaudido y citado en obras y memorias célebres. Leal y consecuente con su protector el Almirante, siguióle á Portugal (1707), y por él tomó partido en la guerra de Sucesion, afiliándose al bando austriaco y siguiendo toda su suerte, en la prosperidad y en la desgracia. Fué en Portugal embajador del Rey de Romanos, y en Holanda su ministro plenipotenciario, desempeñando sus oficios diplomáticos tan á gusto del llamado Carlos III, que, acabada la guerra, al ascender al solio imperial de Alemania, llevó consigo á Cienfuegos, procurándole de su Santidad Clemente XI la púrpura cardenalicia (1720), con el título de San Bartolomé en Insula, cuyo templo adornó con preciosas joyas y muy rico pavimento marmóreo. Recibió desde entónces el cardenal Cienfuegos otras muy codiciadas dig-



nidades, y á la de príncipe de la Iglesia uni6, en Alemania y en Italia, las de obispo de Catania, en Sicilia; conde de Mesicuenli; abad y arzobispo de Montreal; primado de aquel reino; consejero de Estado y particular del emperador Cárlos IV; su ministro plenipotenciario en Roma; protector de la nacion siciliana y maltesa; comprotector de Alemania y demas dominios del Emperador; su testamentario; miembro de la Congregacion de Ritos y de la inmunidad de obispos y regulares, y de la de exámen de aquéllos.

El libro de San Pelayo asegura, segun las Memorias del Sr. Posada, que tuvo votos para Pontífice Máximo, leyéndose en un pasquin de Roma:

Si la das á Benito, trescientos años la tendrás;  
Y si á Jesus se la das, nunca más la verás.

No dicen más sus biógrafos, ni la interminable lista de escritores que le citan con inusitado elogio, registrando, empero, su muerte, en la Ciudad Eterna, en 19 de Agosto de 1839, alcanzando, por lo tanto, la edad de sesenta y un años. Durante su vida recordaba con afecto á su patria, el Principado asturiano. La catedral de Oviedo le debe interesantes y pontificios privilegios; su casa de Agüerina, los restos de San Fructuoso mártir, y cuantos españoles acudieron por aquellos tiempos á Roma recibieron inequívocas muestras de su esplendidez y valiosa proteccion.



## III.

No pocos fueron sus escritos, y todos muy notables. Como nuestros apuntes son brevísimos y no comprenden largas relaciones bibliográficas, pondremos aquí la siguiente nota de sus obras, tomada de la *Historia de la Universidad de Oviedo*, en cuya sala Rectoral está su retrato, copia de los que conservan la Basilica del Principado y su familia:

*Memorial al Rey para impedir la fundacion de la cofradia del Rosario, de los Estudiantes de Salamanca.*

*Vida de San Francisco de Borja.*

*Historia de Leopoldo II de Austria.*

*Rægina theoligicum.*

*Vita abscondita in speciebus eucharisticis relata.*

*Vida del V. P. Juan Nieto.*

*Dictámen sobre el defensorio de la Religiosidad de los Caballeros militares del Conde Aguilar.*

*Philosofía Aristotelica.*

*De Theologia tractatus varii.*

*Várias cartas.*

El cardenal Cienfuegos fué consultado siempre



como buen humanista y excelente teólogo. Se dice también que entregó á la poesía ratos de ocio, y, aunque pocas, se citan como suyas algunas composiciones poéticas, y entre ellas, un inocente epigrama. Por último, Astúrias le debe la corrección y publicación de sus antigüedades, relatadas por el padre Luis Alfonso Carballo, que, como Cienfuegos, era de la Compañía de Jesus, y que, sin duda, permanecían inéditas en la casa. Fué éste un gran servicio para el histórico y antiguo Principado, y por él se hace acreedor á nuestra estima.







---

## EL GENERAL MARQUÉS DE SANTA CRUZ.

---

### I.

Brilló en la noble y arriesgada carrera de las armas el asturiano D. Alvaro de Navia-Osorio y Vigil, de tal manera, que fué uno de los más insignes capitanes españoles, por sus triunfos y por sus escritos, y, después de muerto, autoridad de gran fuerza y prestigio en el difícil arte de la guerra. Su memoria esclarecida vivirá tanto como la historia de nuestra patria, porque la crónica de nuestras hazañas repite siempre con respeto aquel nombre y título con que encabezamos estas líneas.



## II.

Tercer Marqués de Santa Cruz y Vizconde del Puerto (título de los herederos de la casa) fué D. Alvaro José de Navia-Osorio y Vigil de la Rua, nacido en Santa Marina de la Vega, parroquia del Consejo de Navia, en los últimos días del año 1684. Refiere la tradicion piadosa que en la casa nobilísima de Santa Cruz se hospedó el Patriarca San Francisco de Asís, quien profetizó á la familia no verse nunca falta de heredero del blason preclaro, y aunque el suceso no pase de tradicional, porque el Santo fundador no estuvo en Astúrias, y sí su compadre Fray Pedro, fundador del convento de Oviedo, es lo cierto que no faltó cumplimiento á la profecía hasta la época presente.

En los conventos de Oviedo, principalmente en Santo Domingo, estudió Gramática, Retórica y Filosofía el jóven Navia-Osorio, y aunque no consta su inscripcion en la insigne Universidad, por falta de exactitud en los asientos de aquellos años, debió ser, sin embargo, alumno de esta casa, por el sentido recuerdo que hace de ella, al dejarla su librería, en su voluntad postrera.



En Oviedo estudiaba el célebre Marqués, cuando fué designado, á los diez y ocho años de edad, para mandar el regimiento de infantería equipado por orden de Felipe V, cuya causa abrazó con inquebrantable lealtad el Principado; y sin discurrir si á méritos personales ó representacion de la casa debió el nombramiento de coronel, es lo cierto que la eleccion fué muy acertada, segun el parecer de los continuadores de Morelli. Pasaron los autores á operar en Galicia, y en 1705 vinieron á Ciudad-Rodrigo, donde tuvieron que capitular honrosamente. De aquí fueron á Valencia y al sitio de Tortosa, en cuyas operaciones se distinguió Santa Cruz por su valor y meditado acierto en las disposiciones. Apreciando tan buenas cualidades de mando, los generales á cuyas órdenes servia le recomendaron á la Superioridad como oficial distinguido, y con esta recomendacion pasó á la guerra de Italia. Fué poco más tarde inspector de tropas en Cerdeña, como lo habia sido en Andalucía, y gobernador de Caller; y uniendo á su disposicion para puestos militares los conocimientos necesarios para la difícil diplomacia, fue nombrado enviado extraordinario en Turin cuando se negociaba el tratado de Hannover, y en 1727 á Francia, para representar á D. Felipe en el célebre Congreso de Loissons. Era ya mariscal de campo desde 1720. Vuelto á España, fué nombrado nuevamente gobernador de la plaza de Ceuta; y al tener lugar la conocida expedicion á Orán, acometida, segun opinion general, para despertar el espíritu belicoso de Felipe V, fué con ella. La escuadra se equipó en Alicante, componiéndose de 12 navíos



de línea, dos fragatas, dos bombardas, siete gale-  
ras, 18 galeotas de remo, y otros barcos de poca  
cala, para aproximar los fuegos á tierra y hacer  
desembarcos. Mandaba la expedicion, compuesta  
de 30.000 hombres, el Marqués de Montemar, lle-  
vando por segundos á los Marqueses de Santa Cruz,  
Villadarias y La-Mina, ascendido ya á teniente  
general nuestro paisano, por sus anteriores y no-  
tables servicios. Tres dias despues del desembar-  
que en Africa (1732) fueron derrotados los mo-  
ros, y cayeron en nuestro poder la dicha plaza de  
Orán y la de Mazalquivir. Un gran tren de artille-  
ría fué el único fruto de la conquista, pues apénas  
reparadas las fortificaciones, regresó la expedi-  
cion á España, dejando al Marqués de Santa Cruz,  
con 8.000 hombres, para su custodia.—Entónces  
tuvo muerte gloriosa el gran asturiano, pues en una  
salida de la plaza fué herido en un muslo por bala  
enemiga, y cayó del caballo, siendo horriblemente  
mutilado por los contrarios, que cortaron aquella  
gran cabeza, donde tantos planes de batalla se ha-  
bian desarrollado.—Biógrafos de ánimo suspicaz  
dicen que el valiente Navia-Osorio murió faltán-  
dole la prudencia de los grandes capitanes.

Con tal afirmacion nunca se amenguará su nom-  
bre, pues que el honor y el peligro de sus soldados  
le llevaron á la muerte, no cumplidos aún cuarenta  
y ocho años de existencia. El Rey premió en los  
hijos los servicios de tan esforzado vasallo.



## III.

El Marqués de Santa Cruz manejó gallardamente la pluma, como con heroísmo había manejado la espada, y sus importantes obras son citadas con elogio, particularmente en la literatura militar española. Los títulos de éstas son los siguientes:

*Reflexiones militares.*

*Rapsodia económico-político-monárquica.*

*Proyecto para un Diccionario universal.*

Si estos breves apuntes biográficos permitieran la cita minuciosa de la crítica que se hizo de los anteriores trabajos, haríamos nuestra tarea interminable, aunque únicamente nos sujetamos á ser meros copistas de cuanto acerca del Marqués de Santa Cruz han escrito y hablado los monarcas y los principales capitanes nacionales y extranjeros. Las cuestiones de que tratan sus obras acusan sus infinitos conocimientos históricos y literarios, y justifican el alto renombre por él alcanzado y la justicia con que es tenido por una verdadera autoridad en cuestiones de organización militar.

Aunque la carrera lo tuvo alejado de la provincia, siempre distinguió sobremanera á cuantos as-



turianos sirvieron á sus órdenes; é informado por noticias que le refirieron desde la provincia, imprimió, en 1715, un *Memorial* á S. M. en queja del ministro Cepeda, por los excesos cometidos contra los nobles del Principado.

Sus descendientes en esta provincia facilitaron á la Universidad de Oviedo una copia de su retrato, para que, entre las celebridades del país, figurase tan heroico general, hábil diplomático y profundo escritor.



---

## EL CONDE DE CAMPOMANES.

### I.

La gloria de Asturias, reflejada en sus hijos célebres, resplandece espléndida en el sabio é íntegro magistrado D. Pedro Rodriguez Campománes y Perez Sorriba, nacido en modesta casa de Santa Eulalia de Sorribas, en el concejo de Tineo, en 1.º de Julio de 1723. Como hombre político, como funcionario público y como escritor, será siempre célebre, y su nombre, citado con respeto dentro y fuera de España. Su vida es la vida del trabajo, y los altos puestos en ella alcanzados, debidos á la constancia y al mérito, y á una ciencia poco comun, desarrollada con incesante tarea, bajo la proteccion del Soberano y de las corporaciones más doctas del país. Así, muy pocos hombres han sido tan útiles á su nacion como Campománes, porque á todas



partes llegó el benéfico influjo de su autoridad y de su prestigio é ilustracion. Probado lo tiene en su laboriosa existencia, jamas empañada por la más leve sombra, aunque la envidia y la ignorancia le hayan asestado sus tiros con injusticia y sin razon.

Hijo de su época, tomó gran parte en la revolucion de las ideas, y contribuyó al reflexivo progreso de su patria con reformas siempre meditadas, bajo el maduro exámen de su inteligencia poderosa. Júzganle por esto algunos, incluyendo su nombre en la nomenclatura política que ahora tenemos; y pretendiendo ver en él el ariete demoledor de antiguas creencias y preocupaciones de ántes, imagínanse que Campománes se encuentra al igual de nuestros modernos revolucionarios, sin notar que la prudencia y la moderacion contuvieron en sus justos límites el espíritu innovador del ilustre estadista.

¡ Tiempos difíciles aquellos en que vivia!

Regía los destinos de la patria el gran Cárlos III, que con mano hábil gobernaba la nave del Estado. Los desaciertos de otros reinados reclamaban imperiosamente pronto y eficaz remedio; el poder dominante de la teocracia señalaba estrecho límite, hasta entónces desusado, á las regalías de la corona: nuestra industria, al igual que la agricultura y el comercio, yacia decadente, y por todas partes se sentian en la nacion señales ciertas de postracion y empobrecimiento. A combatir estos males salieron á la palestra Campománes y otros doctos repúblicos, poniendo en tortura sus inteligencias y buscando medidas y reformas para devolver á la patria su antiguo prestigio y esplendor perdidos;



pero, prudentes y avisados, sus reformas revestían siempre las formas de la moderación, siendo hijas de maduro exámen, no de pasión política ó revolucionario intento.



## II.

Reseñamos brevemente los principales sucesos de su vida.

Huérfano de padre apenas nacido, fué enviado á Santillana, cuando contaba seis años de edad, para educarse bajo los cuidados de su tío materno, canónigo á la sazón de la colegiata de aquella villa. Dotado de disposiciones muy felices, hizo rápidos adelantos en el estudio de la lengua latina, allí explicada por D. Manuel Gozon; entrando en seguida á estudiar filosofía en el convento de Dominicos. Terminados sus cursos, volvió á los catorce años á su patria, dedicándose á la enseñanza gratuita de humanidades en Cangas de Tineo; y haciendo por esta época algunas excursiones á la Universidad de Oviedo, y tal vez debiendo al trato de sus alumnos y maestros de Leyes la perseverancia en el estudio de la Jurisprudencia, que, privada y voluntariamente, habia principiado á estudiar en Santillana, con las Instituciones de Justiniano. Así se explica su predilecto amor por la escuela ovetense, del cual dió señaladas pruebas en toda su vida, al reformar su plan de estudios con verdade-



ro interes; al contribuir al establecimiento de su rica y numerosa biblioteca, y al recibir con verdadera complacencia el título de doctor de su gremio y claustro.

Mas, deseando mejor y más lucida carrera, pasó, á los diez y nueve años de edad, á Madrid, donde llegó á adquirir la ciencia del abogado en el bufete del Sr. Ortiz de Amaya, entónces de gran nombradía, y de cuyo bufete salió para examinarse de letrado ante el Real Consejo, á fin de ejercer independientemente la abogacía, y alcanzar en ella, al poco tiempo, crédito y fama, que le dieron los negocios de más gravedad é importancia. Pero, dedicado á estudios literarios, históricos y lengüísticos en los momentos que le permitia el foro, estudió el griego con Carbonell, el árabe con Casiri, y otras materias con el P. Sarmiento, que le distinguia con particular amistad.

Tuvo el Marqués de la Ensenada noticias de sus talentos, y le designó como uno de los cuatro literatos que pensaba dedicar á escritores públicos; porque ya se le conocia y celebraba, con general estimacion, desde 1747, por sus trabajos originales y por las difíciles traducciones que ilustró con eruditas notas. En 1748 fué elegido académico de la Historia; y siete años más tarde nombrado asesor general de Correos, obteniendo tambien los honores del Supremo Consejo de Hacienda. Entónces comienza á distinguirse en la administracion pública, y tanto acreditó su celo en el ejercicio de su cargo, que en 1772 fué ascendido á fiscal del Consejo de Castilla; cargo siempre difficilísimo, pero más en aquellos años, por las cuestiones de rega-



lías y otras no ménos importantes, que realzarán por siempre al gobierno fraternal é ilustrado del gran Carlos III.—Tenía á esa sazón el sabio asturiano treinta y nueve años de edad, y su elocuencia era la admiración de la Córte, como también su redacción de informes luminosos sobre distintas materias, á cual más interesante para el bien público.

Supo cortar inveterados abusos; defender derechos atacados, contener prudentemente las exageraciones del clero, mejorar la Hacienda, fomentar la agricultura, las artes y el comercio; fundar sociedades anónimas, promover asociaciones y diputaciones de caridad, acrecentar la población, reformar los establecimientos de enseñanza, y enriquecer las leyes con disposiciones utilísimas, levantando la administración de justicia á un grado de esplendor pocas veces conocido.

Presidió el Consejo de Castilla como decano; en 1774 fué nombrado director de la Real Academia de la Historia, y, repetidas veces reelegido, continuó siéndolo hasta 1798, tomando siempre activa parte en todas las tareas de este instituto, como igualmente en la Real Academia Española, de la que fué individuo de número, cuando ya también le habían abierto sus puertas, remitiéndole los diplomas, la de Inscripciones de París y la de Filosofía de Filadelfia. Creada en 1771 la Real y distinguida Orden de Carlos III, fué uno de sus primeros caballeros pensionistas; en 1780 se le concedió el título de Conde de Campománes, sobre el Coto de Tineo, cuyo señorío se le había dado en 1772. Desde 1783 era presidente interino del Con-



sejo de Castilla, y fué su gobernador en propiedad seis años más tarde.

Rendido por el excesivo trabajo de toda su vida, y doblegado por las enfermedades, que le trajeron la ceguera, presentó la dimision de su alto puesto en 1791, cuya dimision le fué admitida, nombrándole consejero de Estado, y recibiendo en 1798 la gran cruz de la dicha Orden de Cárlos III.

Rodeado de grandes consideraciones, por su ciencia, altos cargos y reputacion intachable, vivió hasta el 3 de Febrero de 1802, en que bajó al sepulcro con la aureola de su merecida gloria. Fué tambien individuo de muchas sociedades Económicas del Reino, y director de las de Madrid y Oviedo, siendo de los pocos hombres que conocieron las causas del atraso moral y material de España en el siglo XVIII, dejándola al mismo tiempo en el camino de su progreso y reforma.

Jurisconsulto, economista, político y literato, dejó importantísimas obras, que serán siempre consultadas y leídas por cuantos en aquellos ramos del saber humano deseen conocer á fondo las cuestiones tratadas por el insigne Conde de Campománes, por más que los sucesos hayan quitado á algunas el aliciente de la oportunidad.



## III.

Sempere y Guarinos en su *Biblioteca de escritores de Cárlos III*; Jovellános en el elogio de este monarca; Ferrer del Rio en la *Historia* de este reinado; otros muchos escritores nacionales y extranjeros, y particularmente el Sr. Gonzalez Arnao en el *Elogio del Excmo. Sr. Conde de Campománes*, leído ante la Real Academia de la Historia, en junta ordinaria de 27 de Mayo de 1803, citan las obras de este sapientísimo asturiano; siendo de advertir que no pocas han quedado inéditas, y que de otras no se tienen noticias, por más que consta cómo y cuándo las escribió.

Hé aquí las obras que se nombran:

*Juicio imparcial sobre el Breve ó Monitor del Duque de Parma.*

*Memorial ajustado de órden del Consejo sobre el contenido de várias cartas del Obispo de Cuenca.*

*De la regalía de amortizacion.*

*Alegaciones fiscales.*

*Discurso sobre la educacion popular de los artesanos, y su fomento.*



*Apéndice á la educacion popular sobre la decadencia de los oficios y artes en España.*

*Disertaciones históricas sobre los Templarios.*

*Itinerarios de las carreras de Posta dentro y fuera del Reino.*

*Antigüedad marítima de la República de Cartago.*

*Traduccion del Ebn-el-Arran.*

*Memorial del Principado de Asturias.*

*Sobre los gitanos.*

*Respuesta fiscal para abolir la tasa y establecer el comercio de granos.*

*Cronología de los reyes godos.*

*Primitiva legislacion de España.*

Por cuanto llevamos dicho, sujetos á nuestras limitadas noticias, bien se adivina la falta de una coleccion completa de las obras publicadas é inéditas del Conde de Campománes. Trabajo cuesta decirlo; pero, aunque avergüence, debe confesarse que semejante falta pone á las claras el incalificable olvido en que tenemos á nuestros grandes hombres.

Entre los retratos de Campománes, es notable el dibujado por Selma y grabado por Boix en 1819.

---



Algunos de la educación popular sobre la historia de los siglos y artes en España.  
Distribuciones históricas sobre los Templos.  
Historias de las carreras de los reyes de España.  
Historia del Reino.  
Antigüedades monumentales de la República de España.  
Historia del Reino de Aragón.  
Historia del Principado de Asturias.  
Sobre los reyes.  
Resumen fiscal para saber la forma de establecer el comercio de granos.  
Cronología de los reyes de España.  
Historia legislativa de España.  
Por cuanto tenemos dicho, sobre a nuestra historia nos damos a conocer la forma de una colección completa de las obras publicadas e inéditas del Conde de Campomanes. Trabajo que esta obra lo que, aunque averiguase, debe considerarse que se trata de la obra más completa e indispensable de los reyes de España.  
Entre los reyes de España, es notable el dibujo por Reina y grabado por Bosc en 1819.



---

## EL CONDE DE TORENO.

Ilustre por su nacimiento y por su significacion literaria y política será siempre D. José María Queipo de Llano de Ruiz de Sarabia, otro ilustre asturiano, cuya agitada vida vamos á reseñar con la brevedad que nos hemos impuesto.

El célebre Conde de Toreno nació en Oviedo, en el palacio de sus antepasados, en 1786. Educado por el preceptor asturiano D. Juan Valdés, salió muy niño de esta provincia, y trasladado con sus padres á Madrid, Toledo y Cuenca, perfeccionó su instruccion en la Côte, ya en las humanidades, ya en las ciencias matemáticas y naturales, y muy especialmente en lenguas, distinguiéndose siempre por su actividad y aficion decidida al estudio, así como por su clara inteligencia. Su principal biógrafo, á quien hemos de seguir con frecuencia por la abundancia de noticias que recopila, dice que leyó por entónces el *Emilio* y el *Contrato social*, de Juan Jacobo Rousseau.



Vuelto á Astúrias en 1803, hizo frecuentes excursiones á Madrid, perfeccionándose en sus estudios y frecuentando el trato y franca amistad de los liberales D. Agustin Argüelles, su paisano esclarecido; D. Ramon Gil de la Cuadra, y otros más. Por entónces demostró su afición á la Historia, traduciendo el *Compendio de Historia romana*, por Eutropio, escritor latino del siglo iv.

Tuvo lugar en esta época el por siempre memorable 2 de Mayo de 1808, cuya sola cita resume la epopeya de nuestra independencia en el presente siglo. Allí salvó la vida á su amigo D. Antonio Rafael Oviedo y Portal, que más tarde publicó su elogio, por acuerdo de la Sociedad Económica Asturiana, creada por la iniciativa de D. Joaquin Queipo de Llano.

Animada España á la resistencia contra los franceses por la célebre proclama del alcalde de Móstoles (como es sabido, del asturiano D. Juan Perez Villamil), nuestro Conde regresó á Astúrias cuando estaba reunida la Junta general del Principado, y el hervor de las pasiones crecía, y se aumentaba el ódio al extranjero con las nuevas que de Madrid venian, corroboradas por el mismo Conde, que presenció los horrores de aquella tremenda jornada, cantada por la pindárica lira de Nicasio Gallego.

Como alférez mayor del Principado, dignidad hereditaria en la familia de Queipo de Llano, era el Conde de Toreno, padre, vocal nato de la Junta, declarada entónces soberana, y que, alentada por el anciano Marqués de Santa Cruz de Mercedado, el juez primero D. José del Busto, D. Ma-



nuel Miranda, los Condes de Peñalva y el ya dicho de Toreno, acordó desobedecer las tiránicas órdenes del que se titulaba lugarteniente de Napoleon, declarando á éste la guerra como enemigo de la patria. Se acordó demandar auxilio á Inglaterra, y fueron nombrados comisionados D. Andres A. de la Vega y el jóven Queipo de Llano, titulado vizconde de Matarrosa, como primogénito de su casa.

Su estancia en Lóndres fué un continuo triunfo, y el secretario del Almirantazgo, Mr. Wellerl y Pool, apénas creia lo que le contaban, y miraba con interes en el mapa el punto imperceptible que se atrevia á salir al paso á Napoleon Bonaparte. El ministro del Exterior, Mr. Canning, les prometió, en nombre de S. M. B., «todo género de apoyo y asistencia á un esfuerzo tan magnánimo y digno de alabanza», lo cual cumplió en seguida, remitiendo municiones, armas, vestuario y víveres. Si bien obra-ba Inglaterra por su propia cuenta, no se puede negar que en aquella ocasion estuvieron generosos y dignos los dueños de Gibraltar, obrando como leales amigos. Las Cámaras tambien se ocuparon del levantamiento de esta provincia, y Mr. Sheridam concluyó su discurso diciendo: «Jamás hubo cosa tan valiente, tan generosa, tan digna, como la conducta de los asturianos.»

De Junio á Diciembre duró su estancia en Inglaterra, y regresando á Oviedo cuando ya habia fallecido su padre, si bien permaneció alejado de la Junta provincial, por no andar conformes sus individuos, depuso todo su resentimiento al ser aquélla disuelta por el Marqués de la Romana, haciendo



suya la causa de la Representacion de la provincia. Entró á la sazón el ejército frances en ésta, y el Conde anduvo algun tiempo con las tropas nacionales, hasta que, en Setiembre de 1809, marchó á Sevilla, donde se hallaba la Junta central, y representando en ella al suelo asturiano el Marqués de Camposagrado y Jovellános, ambos muy ligados á Toreno.

Como es sabido, las vicisitudes de la guerra trasladaron la Junta á la Isla de Leon, y así las cosas, el Conde marchó tambien con otros á Cádiz, en cuya ciudad recibió la representacion de Leon y Astúrias. Fué él de los que más trabajaron por la reunion de las Córtes, y elegido diputado por el Principado, juró su cargo, tras de varios incidentes por falta de edad. Afiliado al partido liberal, su primer discurso fué para pedir la abolicion de señoríos y derechos jurisdiccionales, lo que es de notar marcadamente en un aristócrata que disfrutaba de tales privilegios. La Soberanía nacional, la Cámara única, la Comision de Guerra, el voto suspensivo, la sancion Real, la abolicion de la Inquisicion, etc., tuvieron en el Conde un adalid elocuente y apasionado, que gozó de muchas simpatías y aplausos en la tribuna gaditana.

Pensando las Córtes trasladarse á Madrid en 1814, terminada la titánica lucha, libre ya el rey Fernando, éste, con ingratitud que condenará siempre la Historia, anuló las tareas de las Córtes, persiguió con ensañamiento á los liberales, que conservaron su trono y la dignidad patria, y Toreno, en tal momento, vióse proscrito en Portugal, en Inglaterra y Francia, confiscados sus bienes y con-



denado á muerte. Aun en Francia se vió encausado, por creerle cómplice del movimiento del infortunado Porlier, su hermano político.

Los acontecimientos de Cabezas de San Juan, en 1820, le franquearon las puertas de la patria, devolviéndole propiedades y honores; y sin aceptar una mision diplomática en Berlin, tomó asiento en el Congreso de los Diputados, como representante de Astúrias, ya un tanto templado en sus fogosas ideas de libertad. Fué uno de los principales oradores de aquellas Córtes; pero el cambio de sus opiniones dióle márgen á mil disgustos, pues adoptó las contrarias á las corrientes populares, cosa que le puso en el extremo de verse asaltado á la salida del Congreso por una turba de alborotadores, de cuyas manos le libró el general Conde de Cartagena, aunque sin poder evitar que su casa fuese invadida. En la sesion del siguiente dia habló enérgico contra tal escándalo, y continuó tomando parte en asuntos políticos, financieros y administrativos, distinguiéndose siempre en las deliberaciones sobre el ramo de Hacienda.

En 1822 se resistió á entrar en el Ministerio, y antes indicó al Sr. Martinez de la Rosa, marchando él para Francia, temeroso de la reaccion, que no tardó en venir, y viajando por el extranjero durante diez años, tiempo que duró esta segunda emigracion. En ella contrajo amistades con los hombres más notables de todos los países, y por entónces, desde 1827, comenzó la publicacion de su magnífica obra histórica, en tanto que continuaba y corregia sus últimos libros.

El Conde de Toreno permaneció largo tiempo



fuera de España, y no regresó á ésta mientras la reaccion fué poder, y cuando lo hizo en 1833, aún se vió forzado á permanecer en Astúrias, por disposition recelosa del ministerio Zea-Bermudez. Muerto el Rey en 1834, promulgado ya el Estatuto Real, fué designado para desempeñar la cartera de Hacienda, en cuyo departamento dió muestras de gran actividad, particularmente en la cuestion del empréstito de 400 millones y en el contrato sobre los azogues, ambas operaciones financieras que nosotros no juzgarémos, consignando únicamente que fueron pretexto para censurar su administracion.

Siempre en las Córtes, donde representaba á Astúrias, demostró energía, y esta cualidad acrecentó el lustre de su nombre, hasta ser nombrado presidente del Consejo de Ministros y ministro de Estado en 1835. Trastornos interiores iniciaron la crisis, y así bajó del poder, despues de haber demostrado sus condiciones de hombre práctico.

Volvió el Conde á viajar por el extranjero, terminando su *Historia*, mientras que la pasion política, pocas veces templada en España, por desgracia, decretaba la pérdida de sus honores y el secuestro de sus propiedades. Vuelto á ser elegido diputado por su patria, tomó de nuevo asiento en la primera legislatura de estas Córtes (1837), figurando francamente en el partido moderado; mas no en la segunda, cuando el general Seoane formuló su acusacion enérgicamente, no respondiendo el diputado asturiano con su presencia hasta más tarde (1840), que en sesiones turbulentas logró del Congreso *el no haber lugar* para la acusacion que



sin fundamento se presentaba, terciando en este debate oradores como Martinez de la Rosa, Pacheco y otros.

En 1841 tornó el Conde á viajar con su familia por el extranjero, y poco tiempo despues (1843) murió en París, de rápida é inesperada enfermedad. Jóven todavía bajó al sepulcro, cuando áun debia brillar su nombre otra vez en la política española, como brilla y brillará por siempre en nuestra literatura, por ser el profundo y erudito autor de la *Historia del levantamiento, guerra y revolucion de España*.

Efectivamente, es un monumento á la epopeya nacional, como con poca modestia dijo su mismo autor en el Parlamento, y repitió Espronceda en apóstrofe sangriento de *El Diablo Mundo*. Brillante el estilo, briosa la narracion, avalorada con magníficas descripciones, mil y mil datos, juicios y reflexiones acertadas, y completas y verídicas pinturas de los acontecimientos que refiere, acreditan la justicia con que Toreno ocupa un lugar preeminente entre los historiadores nacionales. Muy cercanos los hechos que referia, fueron una dificultad para el desarrollo de su escrito, y causa tal vez de algunos descuidos en el fondo y hasta en la forma, para amoldar ésta á las mismas circunstancias.

El Conde de Toreno dejó tambien comenzada una *Historia de la dominacion de la Casa de Austria en España*, y su hijo, el actual Conde de Toreno, ha comenzado la publicacion de sus notables discursos parlamentarios.







55

---

## ALONSO DE QUINTANILLA,

PROTECTOR DE CRISTÓBAL COLON.

---

### I.

Tratando de narrar grandes sucesos de la historia americana, y el papel importantísimo que en ellos han desempeñado no pocos asturianos, debo comenzar mi modesta tarea con el nombre de *Alonso de Quintanilla*, así llamado generalmente, aunque con más exactitud y verdad debiera ser Alonso Alvarez y Alvarez, porque fueron sus padres Luis Alvarez de Paderni y Urraca Alvarez de Quintanilla, que reedificaron y protegieron el convento de Santa Clara, de Oviedo, donde aún están las inscripciones de sus sepulcros.

Nació D. Alonso en Paderni, coto en las cercanías de la capital de Asturias, y en la casa solariega de su madre; y por más que buscamos con tenaz



empeño el año de su nacimiento, no pudimos averiguarlo, aunque sí consta, por los sucesos en que tomó parte, que debió nacer en los primeros años del siglo xv, y morir con él, ó cuando más á principios del xvi. Como entónces no estaba muy adelantada la instruccion pública asturiana, y no contaba el antiguo Principado con centros de enseñanza, es muy posible que *Alonso de Quintanilla* se educára fuera de Astúrias en las letras y en las armas, pues en ambas profesiones fué muy distinguido en los reinados de D. Enrique IV y de Don Fernando y Doña Isabel, Reyes Católicos.

Para juzgar de su importancia en el Gobierno de estos monarcas, basta saber que contribuyó á la creacion del Tribunal del Santo Oficio de Castilla, en la ciudad de Ávila; que á su valor é inteligencia se deben las rendiciones de Tordesillas y del puente de Zamora en 1474 y 1475; que, un año más tarde, creó el famoso Instituto de la Santa Hermandad en las Córtes de Madrigal, y que á él pertenece el primer censo de la poblacion de España. Por ello le honraron los Reyes con el título «del su Consejo.»

Á mayor altura le llevaron sus merecimientos, porque Doña Isabel y Don Fernando le nombraron contador mayor de la Real Hacienda, que en la administracion de entónces era como ministro ó secretario del despacho en aquel importante ramo.

Así opina tambien Robertson, en su *Historia de América*, y el P. Mimana le llama *ævario regio præfectus*.



## II.

Por aquellos años, Cristóbal Colon andaba de córte en córte, buscando proteccion para realizar su sueño maravilloso, irrealizable y quimérico para los soberanos y los grandes. Cuando el ilustre Guardian de la Rábida le alentó en su proyecto, facilitándole medios y recomendaciones para la córte de los Reyes Catolicos, se hubiera fatigado sin duda el inmortal genoves con tanta contrariedad, y hubiera mendigado carabelas en otro territorio, si no hubiese contado desde un principio con la amistad y el afecto, ~~con el poder~~ y la valiosa proteccion del asturiano *Alonso Quintanilla*. Y no por entusiasta amor patrio á las glorias asturianas asentamos de ligero las anteriores noticias, porque respetables historiadores y publicistas consignan la proteccion incesante que debe el gran Colon á *Quintanilla*.

Como el objeto de estas biografías no es otro que reunir datos para demostrar la influencia que en el progreso y civilizacion de América tuvieron los asturianos; como no es intencion nuestra hacer largo el discurso con extensas consideraciones, vamos á repetir cuanto autorizados escritores dijeron



del ilustre Contador, que, al contribuir con Colon al descubrimiento del Nuevo Mundo, abrió glorioso teatro para las hazañas y altos servicios de sus paisanos. Cedemos gustosos la palabra á aquellos autores, y no poco ganará con ello la narracion que intentamos.

Gonzalo Fernandez, originario de familia muy distinguida de Oviedo, dice así en su *Historia general de las Indias* : «En aquel tiempo andaba Colon en la corte; llegábase á casa de Alonso de Quintanilla, contador mayor de Cuentas de los Reyes Católicos, el cual era noble varon y deseoso del acrecentamiento y servicio de sus Reyes, y mandábale dar de comer, y lo necesario, por una compasibilidad de su pobreza, y en este caballero halló más parte y acogimiento Colon que en hombre de toda España.» «Por medio del Cardenal (Mendoza) y Alonso de Quintanilla fué oído del Rey y de la Reina.»

En los *Comentarios del Perú*, Francisco L. de Gomara, citado por el inca Garcilaso, se expresa de esta manera : «Habló Colon con los que decían privar y valer con los Reyes en los negocios; mas, como era extranjero y andaba pobremente vestido, y sin otro mayor crédito que el de un fraile menor, ni le creían ni aún le escuchaban, de lo cual sentía él gran tormento en la imaginacion.

»Solamente Alonso de Quintanilla, contador mayor, le daba de comer en su despensa y le oía de buena gana las cosas que prometía de tierras nunca vistas..... Por medio, pues, de Alonso de Quintanilla hizo Colon entrada con el cardenal D. Pedro de Mendoza..... que tenía grandísima autoridad con



el Rey y la Reina, el cual le llevó delante de ellos.»

Garibay habla de esta suerte en su *Compendio historial de España*: «Tampoco hallando en la corte de Castilla el acogimiento que deseaba (Colon), por andar los Reyes muy ocupados, y no dar crédito á las palabras de Cristóbal..... Si Alonso de Quintanilla no le hubiera acogido en su posada y ayudándole en la costa, se viera en desesperacion: Dios, que no permitia que tanto servicio suyo se ocultase más, ordenó que por medio de Alonso de Quintanilla, alcanzando cabida con el Cardenal..... comenzaron á oir y á escucharle los Reyes, y dar alguna esperanza, que, acabada la guerra de Granada, se daria orden en su demanda.»

Antonio de Herrera, autor de la *Descripcion de las islas occidentales*, se expresa del siguiente modo: «En Córdoba comenzó (Colon) á tratar su negocio, y en quien halló más acogimiento fué en Alonso de Quintanilla, contador mayor de Castilla, hombre prudente, que tenía gusto en cosas grandes, y por parecerle persona de estimacion le daba de comer, porque de otra manera no se pudiera entretener tanto tiempo en tan larga demanda.» «La Reina, prosigue Herrera, porque se veia importunar en la misma conformidad de Alonso de Quintanilla, que con ella tenía autoridad, les agradeció el consejo..... Quintanilla y Santangel le besaron las manos, porque por consejo suyo hubiese determinado de hacer lo que por el de tantos habia rehusado.»

El padre Carballo dice así, en sus *Antigüedades de Asturias*: «Al consejo y gran juicio de Alonso de Quintanilla se debió..... el descubrimiento de las



Indias..... acabó con el Rey le diese la armada, gente y aparejo que era menester para este descubrimiento.»

El ilustre Conde de Campománes está conforme con los anteriores historiadores al escribir las siguientes palabras en su *Discurso sobre la educacion popular de los artesanos, y su fomento*, y en su *Apéndice á la educacion popular sobre la decadencia de los oficios y artes en España*: «Si Alonso de Quintanilla hubiera despreciado á Colon, no se hubieran acaso descubierto las Indias.» «Al tiempo que los Reyes Católicos, impulsados del celoso Alonso de Quintanilla, animaron el descubrimiento de las Indias y costearon la empresa de Cristóbal Colon.»

Washington Irving, en su *Historia de la vida y viajes de Cristóbal Colon*, en diferentes partes consigna la entusiasta ayuda que el célebre marino debió al asturiano Quintanilla: «Uno de los más útiles (amigos) fué Alonso de Quintanilla, contador mayor de Castilla, que se dice que le recibió en su casa y llegó á ser un ardiente defensor de su teoría.»

Huésped del mismo Contador fué Colon en 1487, segun el mismo autor norte-americano, que otra vez más nos cita el nombre del hijo de Paderni como constante amigo del descubridor del Nuevo Mundo, cuando, al tiempo de la toma de Granada, hizo éste nueva instancia á la Côte en 1492.

No hemos de ser más prolijos en citas. Otro tanto vienen á decir escritores como fray Pedro Simon en sus *Conquistas de Tierra Firme*; Gil Gonzalez Dávila en su *Teatro eclesiástico de la Santa*



*iglesia de Oviedo*; D. José Manuel Trelles en su *Historia cronológica y genealógica de la nobleza de España*, llamada comunmente *Asturias ilustrada*; Estéban Gaspar Robertson en su *Historia de América*, y otros muchos escritores, que harían interminable este artículo con su referencia.



## III.

Véase, pues, cuánta parte tiene un asturiano en el descubrimiento de América; y si el geógrafo Malvi llegó á decir que los ojos de una andaluza detuvieron en España al renombrado marino, cansado de los desaires de la suerte, con más razon puede asegurarse, con Campománes, que tal vez sin Quintanilla no hubiera realizado Colon su sueño maravilloso.

Los libros y datos consultados, y las *Memorias históricas del principado y obispado de Oviedo*, por D. Carlos Gonzalez de Posada, de donde tomamos abundantes noticias en la biografía del Contador mayor de los Reyes Católicos, no traen más pormenores de este ilustre asturiano. Sabemos, sin embargo, que se casó con Aldara de Lodeña, asturiana tambien é hija de D. Luis Fernandez de Grado y de Sancha Fernandez de Lodeña, que se sepultaron igualmente en el convento de Santa Clara, de Oviedo.

Don Alonso y Doña Aldara fundaron mayorazgo en 1490, que despues llevó el Conde de Quintanilla.



Hé aquí, para concluir, la suerte de sus hijos : Isabel se casó con Rodrigo de Coaña, también contador de los Reyes Católicos y de su nieto Carlos I; Beatriz se unió á D. Juan de Bracamonte, conde de Peñaranda; Alonso, llamado el jóven para distinguirlo de su padre, fué en Medina del Campo jefe de una familia notabilísima, y Lope, su hermano, tuvo altos oficios en la administracion y en la milicia.

Tal es, á grandes rasgos, la vida del insigne Alonso de Quintanilla, varon elocuente y decidido, de agudo ingenio y poderosa palabra por la persuasion, como escribe Pulgar, el cronista de los Reyes Católicos; persona prudente y de valor, como lo atestigua Portilla en su *Historia de Alcalá*.

---







DE LA PROPIEDAD LITERARIA

Y DE LA

NATURALEZA Y EXTENSION DEL DERECHO DEL AUTOR.



DE LA PROPIEDAD LITERARIA

Y DE LA

NATURALEZA Y EXTENSION DEL DERECHO DEL AUTOR.



---

## DE LA PROPIEDAD LITERARIA

Y DE LA

### NATURALEZA Y EXTENSION DEL DERECHO DEL AUTOR.

EXCMO. É ILMO. SEÑOR : Bien conocen los sabios doctores que componen la Corporacion á que tengo el honor de dirigirme, cuán profundo y detenido y cuán difícil y extenso es el estudio de los hechos jurídicos que constituyen la propiedad en sus diversas manifestaciones. Desde su acepcion usual y comun, hasta la racional y filosófica, varían las escuelas, y son distintos y contrarios los criterios con que ha sido examinada la propiedad en las diferentes épocas de la Historia. Hoy, más que nunca, se quiere decir que entraña un problema; y en su resolución batalla la sociedad actual, de igual manera que su errónea concepcion fué origen y causa de no pocos disturbios en tiempos que pasaron. En



cambio, los días venideros serán de paz y de alegría, porque la verdad y la justicia todo lo esclarecen, pasando por las dolorosas, pero fecundas, crisis que se llaman revoluciones. La Filosofía por una parte y la Historia por otra asentarán sobre seguras bases el verdadero concepto de la propiedad; de esa facultad racional del hombre, en virtud de la cual, y según principios justos, se agita la humanidad para adquirir lo necesario á los fines propios de la existencia.

Yo proclamo espontáneamente que es el estudio de la propiedad muy superior á mis fuerzas, harto débiles, y mucho más cuando me dirijo á vosotros, que conocéis los tesoros de la ciencia, y que, dedicados á la noble y honrosa tarea de la enseñanza, habeis recorrido el extenso campo del saber humano. También son breves los momentos de que puedo disponer, y estas y otras consideraciones pudieran obligarme á cerrar los labios, si no tuviera que cumplir un ineludible deber reglamentario, y si, al trabajar en el estrecho círculo de mis conocimientos, no me alentara la benevolencia que os distingue, y de la cual tan señaladas pruebas me disteis en el trascurso de mi carrera. Hoy, especialmente, al otorgarme una honra que no merezco, y por la cual os viviré eternamente agradecido, cuento con vuestro favor, y así por siempre y desde remota tierra, al otro lado de los mares, en la hermosa Cuba, tendré para vosotros un cariñoso recuerdo; y avivado por la gratitud, proclamaré toda mi vida que hallé una madre amorosa en la célebre Universidad ovetense. En estas aulas pasé los mejores años de mi juventud; desde estas cátedras me mos-



trasteis las dilatadas regiones del saber, y con vuestro ejemplo y el de los ilustres varones que tienen aquí el pedestal de su gloria y de su fama, me enseñasteis los encantos que proporciona el estudio, y cómo por él se eleva el hombre desde la tierra en que vive á esos cielos donde mora *Aquel* que con un *sea* de su poder infinito sacó los mundos de la nada. Por eso no olvidaré nunca esta escuela, luminosa antorcha en esta nacion y en este pueblo, á donde me ligan lazos de familia, donde duermen el sueño eterno mis mayores, donde están los predilectos amigos depositarios de mi afecto, y donde yo quisiera cerrar los ojos, para vivir eternamente á vuestro lado.

El corazon y el agradecimiento me inspiran estas íntimas confesiones, tan sentidas por mí, como mal expresadas; y despues de manifestarlas al público con la palabra de hombre bien nacido y con el amor de discípulo, tiempo es ya de entrar en materia.

El exámen de la propiedad, jurídica y socialmente considerada, nos llevaria muy léjos de nuestro objeto, que es más limitado y modesto. El «derecho de propiedad» y la «propiedad de derecho» son, como ya hemos dicho, cuestiones de grande extension y de estudio difícil: la trasmisibilidad, que es su complemento, ofrece tambien no pocos razonamientos, dignos de exámen detenido: la legitimidad de tal derecho, aceptado en todos los tiempos y en toda civilizacion, es otra de las cuestiones latentes en esta época de lucha y de controversia. Pero no podemos llegar tan allá. Tampoco á las várias escuelas que combaten la propiedad, ni á las que la defienden con poderosísimas razones



que tiene la ciencia, ni á las diversas que explican su fundamento, segun su sistema particular. Los antiguos nos decian que estaba en la ocupacion, como si ésta no degenerase en la fuerza. El eminente filósofo de Ginebra la ve en su célebre *pacto social*, que ni histórica ni racionalmente puede ser sostenido, por más que en el terreno de la ciencia miremos con respeto la gran concepcion de ese genio gigantesco: los que la quieren explicar por el trabajo, dejan la cuestion en pié, porque al recaer sobre una primera materia, no dicen á quién pertenece la propiedad de ésta; y hasta la ley, declaracion del poder social, variable á voluntad de éste, no puede ser, como quieren los ilustres Montesquieu y Bentham, fundamento á la propiedad, que en su esencia es inmutable, aunque varíe en su organizacion y en sus formas. Necesitaríamos dar otro curso á nuestro trabajo si hubiéramos de desarrollar las ideas ligeramente enunciadas, y más aún si nos detuviéramos en las escuelas socialistas y comunistas, de tanta influencia en los tiempos que alcanzamos: ellas han considerado la propiedad histórica y legalmente, no en su origen racional y filosófico, como igualmente los que vienen á organizar y reglamentar el robo, cuando aseguran que la propiedad lo es. Nosotros repetiremos ahora, al no afiliarnos bajo ninguna de esas banderas, principios que están en la conciencia de casi todos, y que proclamamos con la Razon, el Derecho y la Economía política de nuestro lado. La propiedad es un principio jurídico inherente y necesario al hombre: éste no puede existir sin ella; está en sus necesidades, instintos y tendencias; en su voluntad,



en su libertad y en su actividad; en una palabra, en su modo de ser (1).

La nocion, pues, de la propiedad no es discutible, porque tiene su verdadero fundamento en la naturaleza particular y esencial del hombre, por más que su historia, sus formas y su extension puedan ser, como han sido, objeto del estudio de los sabios y de los publicistas.

Ninguno de los extremos enunciados formará hoy nuestro trabajo, ni podemos detenernos tampoco en el desarrollo histórico de la propiedad, tan diverso en cada uno de los distintos pueblos de Oriente y de Occidente, por los cambios que han sufrido las costumbres y las necesidades, las guerras y las comunicaciones. Nos ocuparemos de la propiedad, pero no en su concepto general y universal, pues, como ya sabeis, es hoy nuestra mision más modesta y limitada. Nosotros vamos á disertar acerca de *La Propiedad literaria y de la naturaleza y extension del derecho del autor*.

Para proceder con método, debemos comenzar definiendo la propiedad literaria; y en el primer artículo de la ley española que atiende á tan importante materia hallaremos una clara definicion, que aceptamos desde luégo, ya que al espíritu y letra de la ley de 10 de Junio de 1847 nos hemos de ceñir, con pequeñas modificaciones, nacidas de su exámen primero, y despues de mandatos del poder ó del Gobierno. «Propiedad literaria es el derecho exclusivo que compete á los escritores para repro-

---

(1) Novísimo tratado histórico-filosófico de Derecho civil español, por el doctor D. Clemente Fernandez Elías.



ducir sus obras originales ó traducidas, y autorizar su publicacion por copias manuscritas, impresas, litografiadas ó por cualquier otro medio semejante.

Salta á la vista, y no es difícil, por lo tanto, demostrar el fundamento y razon de tal derecho de propiedad. Si son objetos de ésta los productos materiales que crea el trabajo del hombre, ¿no han de ser tambien objeto de propiedad los productos intelectuales, hijos de la facultad principal que tiene el sér humano? ¿A quién sino á él pertenecen sus ideas? ¿Para quién son más inmediatamente sus vigiliass y sus meditaciones, sus estudios y los trabajos todos de su pensamiento? ¿Serán infructuosos los gastos y desvelos del hombre pensador?.....

No son los productos intelectuales una mera abstraccion, una afirmacion ideal y teórica solamente; son algo más desde el momento que salen al exterior y se lanzan al público con formas materiales y por los variados medios que nos proporcionan la industria y el arte. Entónces, cuando de la inteligencia se quieren sacar ventajas positivas, un modo de vivir, el lucro, en una palabra, la propiedad intelectual, y por tanto, la propiedad literaria, tiene las condiciones y requisitos que tienen las demas propiedades, porque llega á ser apreciada por el comercio, es útil á nuestros semejantes, y entónces la ley civil entra á reglamentarla, ya que no á proclamar su fundamento, que está en nuestra naturaleza. Estos razonamientos son tan sencillos como irrebatibles: la justicia, el interes y la moral reconocen la propiedad literaria. Nace del ejercicio de las facultades del hombre; es, por lo tanto, universal, y



tan necesaria y provechosa, que las naciones que más la garantizan son precisamente las que se nos presentan con más vitalidad y más adelantadas. Ninguna propiedad es más legítima; ella es manifestacion personal y espontánea de nuestro espíritu, y gracias á ella puede el género humano participar de la vida intelectual de las generaciones de todos los tiempos y de las obras de esos genios inmortales, cuyos nombres son siempre objeto de veneracion constante.

«Si hay una propiedad respetable y sagrada, decia el Ministro de Comercio, Instruccion y Obras públicas que proyectó la ley de 1847, ninguna lo es más que la que aquéllos (los autores) tienen sobre sus obras; en ellas han empleado su tiempo, sus afanes, un capital incalculable, invertido en largos años de educacion, en libros y otros instrumentos del humano saber, y hasta puede decirse que los frutos de su entendimiento son como una emanacion de ellos mismos, como parte de su propio sér.» En la propiedad literaria se ve el trabajo real y distinto de los hombres, y esto es tan cierto, que nunca son verdaderamente idénticas las obras de dos escritores, pues, á despecho de las analogías y de los parecidos, la originalidad del talento tiene siempre rasgos y sentimientos propios. La propiedad literaria no es exclusiva y estrecha; por su carácter especial hace que los autores, despues de hallar la recompensa de su trabajo, pongan á disposicion de los demas las fuentes comunes de conocimientos é ideas en que han bebido, y más aún, añaden ellos mismos riquezas nuevas é indefinidamente aumentadas. Si los productos de la inteligencia creadora



cayeran de seguida en el dominio del público, ya que su verdadera vida está en la extension y en la publicidad, faltaria al individuo el estímulo para producir, y entónces se privaria seguramente á la sociedad de las ventajas de la ilustracion. Siendo presa de codiciosos especuladores, desmayarian los hombres que, ricos en talento, son pobres en bienes de fortuna y no tienen otros medios de subsistencia que los que aquél les proporciona. Se vendria á negar la herencia y hasta la propiedad en general, si el derecho de propiedad literaria no se reconociera tambien en los herederos ó representantes de los autores. Las razones que apoyan al heredero de propiedades materiales no son más favorables que las que presentan los herederos de la riqueza intelectual. Y, finalmente, para no ser interminables en estas consideraciones, que están al alcance de todos, la propiedad literaria es el mejor modo de asegurar la propagacion de obras útiles y verdaderamente necesarias, así como un evidente obstáculo para que no cundan las producciones perjudiciales: es una ley protectora de la familia, por cuanto defiende en ocasiones la fortuna de sus individuos, y muchas veces la gloria de hombres ilustres, y en no pocos casos la reputacion de escritores esclarecidos (1). Por eso cada dia es más respetada la propiedad literaria, y á porfía los gobier-

---

(1) *Adhesion au principe de la propriété intellectuelle, adressé au Congrès de Bruxelles* (27 de Septembre de 1858), par MM. P. Paillottes, Victor Modeste et Frederic Passy, membres de la société d'Economie politique de Paris.—*De la propriété intellectuelle, études* par Passy, Modeste et P. Paillottet, avec une préface par M. Jules Simon.



nos de todos los países la dan más garantías y más respeto, recogiendo innumerables beneficios con esa proteccion al genio y al talento, á la actividad y al trabajo noble y elevado, que tanto viene á ser el reconocimiento y la extension de la propiedad intelectual. Ya ésta no se limita á una nacion determinada, porque salvando las fronteras y surcando los mares, es un lazo de union entre razas y comarcas distintas; y así por tratados internacionales (1) es reconocida y recíproca, y siempre más, entre diferentes pueblos del mundo, asegurando á los autores la propiedad, ó al ménos el goce de sus obras.

La historia de la propiedad literaria, legalmente considerada, no se remonta á edades lejanas, ni tan siquiera cuenta siglos de existencia. La ley positiva viene á ampararla en tiempos muy modernos, y si en obsequio á la brevedad no citamos ejemplos de otras naciones, podemos comprobar esta afirmacion con lo que ha pasado en España.

No tendrémós que examinar nuestros antiguos y venerandos Códigos, pues son casi de ayer las disposiciones legislativas acerca de la propiedad inte-

---

(1) Entre España y otras naciones se han celebrado varios convenios sobre propiedad literaria: con Francia, 1853; con Inglaterra, 1857; con Bélgica, 1859; con Cerdeña, 1860; con Portugal, 1860, y con los Países Bajos en 1863.

Las repúblicas hispano-americanas, con las que tanto y tanto nos convendría estrechar toda clase de relaciones, y más las literarias, por razon del hermoso idioma que nos es comun, tienen tambien muy aceptable legislacion sobre la propiedad intelectual: Méjico, decreto de las Córtes de 10 de Junio de 1813; Venezuela, ley de 19 de Abril de 1839; Chile, leyes de 24 de Julio de 1834 y 9 de Setiembre de 1840.



lectual. Antes pensaban los legisladores en otras materias y en otras manifestaciones y necesidades del espíritu.

Más ó ménos directamente se refieren á la propiedad literaria las 41 leyes, con sus notas, que contiene el título xvi, libro viii de la Novísima Recopilacion, donde, entre otras, están incluidas las leyes y pragmáticas de 1610, 1778 y 1785. Versan sobre el mismo asunto, la circular de Junio de 1817, el Reglamento de la libertad de imprenta de 22 de Octubre de 1820, la ley de 5 de Agosto de 1823, el Real decreto de 5 de Enero de 1834, las Reales órdenes de 5 de Mayo de 1837 y 4 de Marzo de 1844, y despues otras diversas disposiciones recientes (1), completando la importante ley de 10 de Junio de 1847, á la cual nos referimos con especialidad en el curso de nuestro desaliñado trabajo, pues es la única disposicion general vigente acerca de la propiedad intelectual. Sobre ella versará nuestro exámen al desarrollar el tema objeto de nuestro estudio, y en particular al hablar de la naturaleza y extension del derecho del autor. La publicacion de la ley de 1847 se debe á nuestros insignes literatos los Ministros D. Nicomédes Pastor Diaz y actual Marqués de Molins, y al ser analizada por los Cuerpos Colegisladores, dió márgen á profundos discursos de nuestros oradores más notables.

---

(1) Además de las disposiciones legales, citadas en el texto, pueden consultarse las Reales órdenes de 1.º de Julio de 1847, 22 de Marzo de 1849, 1.º de Octubre de 1853, 7 de Mayo de 1859, 16 de Febrero de 1864 y 13 de Febrero de 1868, que se refiere á la isla de Cuba.



Por consideraciones especiales, no es la propiedad literaria indefinida é ilimitada, pues en ella hay que combinar sus consecuencias con lo que por otra parte exige el bien general del Estado: para gozarla se necesitan no pocos requisitos, y se extingue pasado cierto tiempo, porque hay en ella mucho de derecho comun y de utilidad universal. Si fuera perpétua y vinculada en una familia, no se tocarian grandes resultados, y en ocasiones veríamos desaparecer ó vivir ocultos, por falta de medios materiales para lanzarlos al público, no pocos estudios de que la humanidad recoge muchos beneficios. Desde el momento que se publica un trabajo intelectual, parece que sale hasta cierto punto de la jurisdiccion privativa del autor, y que en su uso y aprovechamiento tiene un derecho innegable la sociedad para apropiarse una obra que pudiera ocultarse, pasado cierto tiempo, por incuria, capricho, ignorancia, ó tal vez dañada voluntad de aquellos en quienes hubiere recaído la facultad de disponer de ella.

Las condiciones de libertad en que hoy afortunadamente vivimos, abolieron no pocas trabas que hallaba el autor en la publicacion de sus trabajos, y ya no son necesarias aquellas minuciosas y pesadas formalidades para obtener el competente permiso del Supremo Consejo de Castilla, que hasta llegó á marcar el plazo de la impresion y el precio de las obras, y salvar la rígida y suspicaz censura de la Inquisicion.

Vencidos estos obstáculos, se adquiria el derecho de propiedad literaria, que tanto debe al ilustre Carlos III, conforme á la ley 25 de los citados



título y libro de la Novísima. «He venido en declarar, decia el Monarca, que los privilegios concedidos á los autores no se extingan por su muerte, sino que pasen á sus herederos, como no sean comunidades ó manos muertas; y que á estos herederos continúe el privilegio miéntras le solicitan, por la atencion que merecen aquellos literatos que, despues de haber ilustrado su patria, no dejan más patrimonio á sus familias que el honrado caudal de sus propias obras y el estímulo de imitar su buen ejemplo.»

Las traducciones tuvieron la proteccion oficial especialmente desde 1785, cuando se mandó, al imprimirse de orden Real la traduccion de la *Medicina doméstica*, del inglés Dr. Buchan, no se impidiese publicar otras versiones de la misma obra, para alentar así á los estudiosos que no debian perder el fruto de sus trabajos, y tuviese el público libros parecidos en que escoger.

No podemos entrar en un análisis comparado de las diversas y contrarias disposiciones que ampararon ántes y protegen hoy el goce y disfrute, más ó ménos extenso, de los trabajos de nuestra inteligencia. Con semejante tarea, sería muy extenso este discurso, y, por otra parte, ninguna utilidad nos reportaria esa detencion, cuando la ley actual es más perfecta y beneficiosa que las anteriores, por más que aún se preste á modificaciones que piden las nuevas necesidades y los adelantos de la época.

Consta la ley de 10 de Junio de 1847 de tres títulos, y trata sucesivamente de los derechos de los autores, de las obras dramáticas, de las penas de



los contraventores, y termina con disposiciones generales para su cumplimiento mejor y más exacto.

Comienza definiendo la propiedad literaria, como ya hemos dicho, y despues entra á limitar el plazo del goce de tal propiedad. Tienen derecho á ella durante su vida, y la trasmiten á sus herederos por cincuenta años, todos los autores originales, los de diferentes discursos pronunciados en público y los de artículos y poesías dadas á luz en periódicos. (Arts. 2.º y 3.º y Real órden de 12 de Octubre de 1853.) El mismo plazo de cincuenta años disfrutan el Estado en las publicaciones realizadas á costa del Erario, y las Corporaciones reconocidas por las leyes, que publiquen obras compuestas de su órden ó inéditas. (Art. 5.º) Expuestas quedan algunas razones en pro de la limitacion del derecho de propiedad literaria, fundándonos en su naturaleza especial, y ahora sólo nos toca decir que el término de medio siglo marcado por la ley, no conformándose con el estrecho límite de diez años, señalados en 1834, es un cálculo aproximado á dos generaciones que deben aprovecharse del trabajo de quien, teniendo para ella todo su afecto, impuso su capital en fincas intelectuales, si así nos podemos expresar, en vez de imponerle en fincas materiales, pues no es justo ni equitativo que los herederos del autor se vean privados del fruto de las vigiliass de éste, mientras otros pudieran enriquecerse á costa de ajenos afanes y dispendios.

Durante su existencia y veinticinco años despues, disfrutan de la propiedad literaria los autores de sermones, alegatos, lecciones, discursos diversos y artículos y poesías no coleccionados, y



este último plazo solamente, los que por primera vez, haciendo un gran servicio á la ciencia, publican un Código manuscrito (Arts. 4.º y 6.º). En otras publicaciones la propiedad literaria es perpétua, pues con carácter de privilegio así lo prescribe la ley para libros de rezo eclesiástico y demas obras cuya reproduccion exclusiva é indefinida se reserva el Gobierno, ó por razones poderosas adjudica á alguna corporacion (Art. 5.º), é igualmente los documentos oficiales, que, si pueden ser citados ó copiados en ocasiones, no pueden ser impresos en coleccion sin autorizacion expresa del Poder (Artículo 12). Hoy, que rige la libertad en todas sus manifestaciones, como lo consigna nuestra célebre Constitucion democrática, no estamos conformes con las primeras de estas excepciones, que, seguramente, no tardarán en desaparecer. En las obras póstumas, teniendo como tales, tratándose de la propiedad literaria, las publicadas durante la vida del autor, si despues se reprodujesen con modificaciones, empiezan á correr los términos fijados desde el dia en que por primera vez hayan salido á luz (Art. 8.º).

Las obras dramáticas, con su doble carácter literario y teatral, ó en la prensa y en la escena, tienen, bajo el primer aspecto, los mismos derechos que los demas trabajos literarios; pero su representacion no se verificará en los teatros públicos sin la prévia licencia del autor durante su vida, ó la de sus herederos en veinticinco años despues (Arts. 16 y 17).

Las versiones á nuestra lengua desde los diferentes idiomas están reglamentadas de la manera si-



guiente: los traductores en verso de producciones escritas en lenguas vivas, y en prosa y verso de las escritas en lenguas muertas, en general, disfrutan de su propiedad durante cincuenta años (Art. 1.º); pero los traductores en prosa de obras escritas en lenguas vivas la tienen mientras viven, y sus herederos por veinticinco años; mas no podrán oponerse á la publicacion de otras traducciones, como ya se preceptuaba en 1785. En el caso de que el primer traductor reclamára contra una nueva traduccion, alegando ser ésta reproduccion de la antigua, con ligeras variaciones, y no un nuevo trabajo, el juez ante quien se acuda admitirá las reclamaciones, y sentenciará, oídos dos peritos nombrados por las partes, y un tercero en discordia. La edicion que un escritor extranjero haga en lengua española de una obra original que publicó en su propio idioma, se reputará solamente traduccion para los efectos de la ley cuyos mandatos estamos repitiendo (Art. 4.º). Es natural. El extranjero que imprime sus obras en España goza de la propiedad de las mismas, pues la ley no excluye ni limita el derecho que tienen todos los hombres de hacer suyo el fruto de su trabajo; pero si las imprime en su patria, no podrá impedir su reimpression y traduccion en la Península, con arreglo á los tratados vigentes.

La propiedad literaria es enajenable y trasmisible por cuantos medios reconocen las leyes (Artículo 7.º); pero cuando fenezca el término concedido al propietario, ó no conste éste, entrará la obra en el dominio del público (Art. 14). Los editores de trabajos anónimos ó pseudónimos gozarán de



los mismos derechos reconocidos á los autores; pero si éstos, sus herederos ó derecho-habientes probasen en cualquier período del disfrute que les pertenece la propiedad, entrarán en ella hasta completar el plazo respectivo (Art. 9.º), y no se les concederá el término entero, porque su propia omisión ha ocasionado el perjuicio personal.

Mientras se disfrute el derecho de propiedad literaria, nadie puede impunemente violarle; y la ley procura, por cuantos medios están á su alcance, evitar cualquier ataque audaz, ahora para procurarse una ganancia, ó más tarde una mentida gloria, parodiando al grajo de la fábula. Así está prohibido reproducir una obra ajena, con pretexto de anotarla, comentarla ó adicionarla, sin permiso del autor, aunque pueden publicarse separadamente los comentarios y modificaciones. El mismo requisito es necesario para los compendios y extractos de los libros; pero si fuera de necesidad ó mérito especial, y viniesen á constituir una obra nueva, puede el Gobierno autorizar su impresión, oyendo á los interesados y tres peritos; mas se indemnizará al propietario de la obra primitiva (Arts. 10 y 11). Esto es procedente. La propiedad intelectual nace y crece con la obra : si alguno se apoderase de un manuscrito ajeno, no podrá hacer uso ninguno de él sin permiso del autor ó dueño, porque nadie puede ni debe enriquecerse con el trabajo de otro, sin cometer un atentado contra su propiedad, y cuando ésta se refiere á las obras del pensamiento, es aplicable lo mismo á las producciones manuscritas que á las impresas y puestas á la venta. Por eso las cartas, entendemos que debieran conside-



rarse como de propiedad de quien las escribe, y decir, respecto de quien las recibe, que sólo tiene una copia. En las lecciones orales de un profesor, pueden los oyentes aprovecharse de sus ideas y doctrinas; pero, sin consentimiento, no les está permitido aprovecharse de su trabajo, obtenido, por ejemplo, taquigráficamente. Con la instrucción que adquieren producirán á su vez otras obras, mas no con las ajenas han de obtener una ganancia para sí, porque sería muy injusto.

Esto no es decir que cuando se escribe sobre una materia se impida á otro que trabaje tambien sobre la misma materia, porque la ciencia es de todos, y ya queda dicho que siempre el talento tiene una originalidad *sui generis*. El Tribunal supremo de Justicia, en sentencia de 4 de Diciembre de 1861, declara que no puede considerarse como original una obra cuando la idea ó método que en ella desenvuelve su autor ha sido ántes practicado y publicado por otro; pero tambien expresa que no se infringe la ley de propiedad literaria adoptando en una obra ideas dadas á conocer anteriormente por otros, para exponerlas y desarrollarlas de distinto modo. En obras hijas de un procedimiento igual, como las de cálculo, diccionarios, etc., no diremos que la propiedad del trabajo traerá consigo la propiedad del asunto, porque probando que el escrito propio no es copia del ajeno, sino que es hijo de cálculos y trabajos personales, aunque sean perfectamente semejantes, se podrá escribir sobre asuntos iguales; esto es conveniente á la sociedad, porque hay autores que apreciarán sus estudios de una manera más beneficiosa y económica



á los demas. La inteligencia odia los monopolios, y los jurisconsultos no admiten la ocupacion de cosas que son únicamente del dominio de la misma inteligencia (1).

Para gozar de los mismos beneficios de la ley de propiedad literaria, se impone á los autores que probáran su calidad de tales, con arreglo á la Real Orden de 31 de Enero de 1856, la obligacion de presentar dos ejemplares, uno en el Ministerio de Fomento y otro en la Biblioteca Nacional (Art. 13 y R. O. de 1.º de Marzo de 1856), requisito que no es gravámen, y ántes bien es un servicio en pro de la comunidad. Es de advertir, por último, que no pierde su derecho de propiedad el autor español que publicára sus obras en país extranjero (Artículo 15): tal precepto es necesario á todas luces: lo reconocia Felipe III en ley dada en Lerma en 1610, y está consignado y proclamado en las dichas leyes recopiladas (22 y 25 del título XVI, libro VIII). Conserva en sus obras la propiedad que tiene sobre sus bienes. Más peso y fuerza tienen tales razonamientos cuando se llama en su auxilio el interes de la humanidad, el grito de la conciencia pública y hasta la moral: cuando se trata de autores emigrados, que, lanzados de su hogar por causas políticas y luchas intestinas, viven tristes en tierra extraña, léjos de su familia y de sus amigos, y sólo por el trabajo intelectual se libran frecuentemente de la miseria.

Tal es la ley que legitima y reglamenta el dere-

---

(1) *Diccionario razonado de Legislacion y Jurisprudencia*, por don Joaquin Escrich. — Artículo «Autor».



cho de la propiedad literaria, y en ella misma, para hacerse más efectiva y real, hay disposiciones que tienden á indemnizar al autor y propietario de los perjuicios que se les puedan proporcionar. Cuando éstos sepan que furtivamente se está imprimiendo ó expendiendo una obra propia, podrán pedir ante el Juez del partido donde se cometa el fraude, que prohiba desde luego la impresion y expendicion; el Juez accederá á ello en los términos y trámites legales, y por ello se obtendrá la indemnizacion de los gastos ocasionados. Este resarcimiento no bajará del valor de 2.000 ejemplares; y si se probára que la edicion fraudulenta llegaba á este número, será de 3.000, y así sucesivamente, entendiéndose por valor de un ejemplar el precio que tenga en venta otro de la legítima edicion, á cuyo propietario se entregará la parte que se encuentre de la fraudulenta. De este modo lo disponia la ley (Artículos 19 y 20); pero el actual Código penal dispone otra pena en su art. 552, al remitir al 550 á cuantos cometieron alguna defraudacion de la propiedad literaria, á quienes castiga con el arresto mayor en sus grados mínimo y medio, y una multa del tanto al triple del importe del perjuicio que hubieren irrogado. Se dirige este artículo á los editores fraudulentos; es extensivo á los que reproducen obras de propiedad particular impresas en castellano en naciones extranjeras; al impresor que falsifique el título ó portada de un libro, y al propietario de un periódico que usurpa el título de otro periódico existente, etc. Aunque este último caso pudiera decirse que nace de la voluntad libre de cualquiera, y que, por lo tanto, no debe ser pu-



nible, lo es, sin embargo, porque en el éxito de las publicaciones periodísticas entra por mucho la reputación y clientela, hijas de un título, que es más bien propiedad comercial que literaria.

Por último, en el párrafo segundo del art. 15 se preceptuaba que las obras en castellano, impresas en país extranjero, no pudieran introducirse en los dominios españoles sin previo permiso del Gobierno, que no le daba sino para 500 ejemplares á lo más, y esto con sujeción á la ley de Aduanas y cuando la obra era de conocida utilidad y de importancia. De propósito dejamos esta observación para ahora, porque ha sido derogada por el decreto de 4 de Setiembre de 1869, sujetando solamente á los introductores á cumplir ciertas formalidades y á pagar los correspondientes derechos arancelarios, disminuyendo así el contrabando de libreros y agiotistas con medidas hijas de la libertad, á que debemos tender siempre.

Tal es, Excmo. Señor, cuanto pude ofrecer á vuestra ilustrada consideración, encerrado en los estrechos límites del tiempo y de mi reconocida insuficiencia : sé que no acerté á disertar acerca de *La propiedad literaria y de la extensión y naturaleza del derecho del autor* (1). No me ocupé de las

(1) Para estudiar con más detenimiento la propiedad literaria, puede leerse la discusión de la ley de 10 de Junio de 1847 en el Senado y Congreso españoles, el preámbulo del proyecto de la ley, tal como le presentó el ministro Roca de Togores; diferentes tratadistas de Derecho y algunos folletos y artículos en periódicos facultativos, que sería prolijo enumerar.

En Francia se han escrito recientemente no pocos trabajos acerca de la propiedad intelectual, siendo los más notables los de Benouard, Laboulaye, Camonettant, Proudhon, Volouski, etc., etc.



propiedades artística é industrial, porque no están incluidas en el tema del presente discurso. Ya que con benevolencia me escuchasteis, habréis también subsanado las omisiones en que, de seguro, habré incurrido estudiando el fundamento, la historia y el estado actual de la propiedad literaria. Como en todas las manifestaciones de nuestro espíritu y en todas las expresiones de la prodigiosa actividad de los pueblos modernos, que viven la vida del progreso, no se ha dicho la última palabra, ni mucho ménos, acerca de la propiedad natural y legítima de los productos de nuestro entendimiento. Es ley de la historia; vivimos en completa gestacion, trabajando para las futuras generaciones : los errores de la práctica de hoy traerán la perfeccion para los hombres de la sociedad de mañana.

HE DICHO.

---







CASOS Y COSAS.







---

## CASOS Y COSAS.

(APUNTES DE UNA CARTERA DE VIAJE.)

Pues, señor, sí, señor; estamos en una época en que todo el mundo viaja y se divierte á su modo, sin ofender á nadie, escribiendo despues sus impresiones, buenas y malas, sin orden ni concierto; porque en los apuntes de viaje debe procurar, quien se precie de *tourista*, no guardar ilacion, encaje y armonía en lo que trace sobre el papel, si es que ha de reflejar con su pluma los sentimientos que le asalten y los pensamientos que sucesivamente se le ocurran. Yo, que no quiero ser ménos ni más que los otros, en mi calidad de corresponsal de *La Voz de Astúrias*, diré á ustedes lisa y llanamente todo lo que me parece de cuanto veo y oigo, sin omitir el pormenor más insignificante, por ruin y villano que sea. Tengo para mí que la minuciosidad en ta-



les casos, léjos de causar desagrado, ameniza y da motivo á la risa, colocando lo cómico *tête à tête* de lo grave y serio. Por lo demas, si á ustedes les parece mal este sistema, ya me lo dirán, que yo prometo enmendarme.

Si soy afortunado y logro distraerles un rato, bien haya mi fortuna y en paz quedemos todos.

\*  
\* \*

Bayona es una poblacion ni muy fea ni muy bonita.

Es un término medio, que sólo consigue agradar á aquellos que se contentan con poco.

Es una ciudad española vestida á la francesa.

Sus calles son irregulares y estrechas; sus iglesias ofrecen escasa novedad, y no se distinguen por sus gigantescas torres ni riquísimos altares.

Cuando se viene por primera vez á Bayona, despues de haber visto nuestras provincias del Norte, se comprende lo mucho que ha ganado esta capital con la guerra civil que sostuvimos.

Allí las discordias políticas sembrando la miseria y la ruina; aquí la paz y la union arrancando nuevos inventos á la industria, moviéndola en la senda del progreso, y conduciendo á este pueblo á una civilizacion más adelantada.

\*  
\* \*

Biarritz es un pretexto para Bayona.

Durante el verano acuden de todas partes á po-



blar esos magníficos hoteles que la empeñada voluntad del hombre levantó al lado del mar.

Hay en Biarritz un casino que tiene fama universal, sólo comparable á la que gozan los de Baden Baden y Spa.

Por eso, al llegar á Biarritz, mi curiosidad de viajero impertinente me llevó al casino.

Pensaba ver en él en armonioso y perfectísimo concierto cuanto la vanidad y la soberbia del hombre pueden imaginar para su misma perdición.

Mis esperanzas se vieron realizadas.

El casino de Biarritz es un palacio de las mil y una noches; algo así como fantasmagórico, imposible de toda realidad.

Unos salones suceden á otros; en él decorado de todos ellos el más delicado gusto arrojó á manos llenas el oro, siguiendo los impulsos del buen tono y de la coquetería.

Pero ¡ay! esos salones tan espléndidos y riquísimos suponen para mí templos donde se venera el vicio y la disipación.

En ellos ¡cuántas honras se perdieron! ¡cuántas fortunas se disiparon!

El dueño del casino de Biarritz se pegó un tiro.

Si yo admitiera el suicidio, diría que su muerte fué la coronación de su obra.

Se me olvidaba advertir á ustedes que en una de las salas de juego existe un letrero que prohíbe terminantemente jugar de fiado.

Esto prueba la buena fe de los jugadores y la caballerosidad de algunos caballeros.

\*  
\* \*



Los periódicos franceses se ocupan estos días de la estudiantina madrileña que tuvo la humorada de trasladarse á las orillas del Sena.

Todos tributan elogios á sus trajes y á lo bien que tocan y cantan.

Hasta el mismo Mariscal ha recibido á nuestros compatriotas de un modo digno.

Los franceses podrán de una vez para siempre comprender y admirar el carácter español, tan dignamente representado por la *Estudiantina*, y ésta recordará eternamente las atenciones de que está siendo objeto en la capital de Francia.

Por lo demas..... muchas gracias, señores franceses.

\* \* \*

Confieso ingénuamente que tomo siempre la pluma con mucho miedo. Los suscritores de *La Voz de Asturias* habrán leído, y recordarán de seguro con vivísima complacencia, las impresiones de cierto *romero*, publicadas en un periódico que ya no existe. Aquellas páginas, escritas con algun desenfado y gracejo, son trasunto fiel de lo que sentia y pensaba su autor. La precipitacion con que las escribia les daba más vida y animacion, y el objeto del viaje, la peregrinacion á Roma, motivo era más que suficiente para despertar la curiosidad del lector, quien, merced á la mágica descripcion que de estos lugares hacía nuestro *romero*, se trasportaba á Roma, visitaba el Vaticano, se extasiaba ante las ruinas de Pompeya, y solazaba y amenizaba su espíritu con un paseo por el Corso, aspirando los



suaves efluvios de las mil flores que bordan y hermo-sean y maravillan las riberas del Tiber. En cambio, en estas deshilvanadas noticias de viaje (apuntes de una cartera, mejor dicho) no podrá contemplar esos rasgos de primera intencion *a'après nature*, porque mi pluma, tarda y perezosa, y mi inteligencia, más pobre y perezosa aún que mi pluma, se niegan á conducirme al fin deseado, no realizando en todo su alcance el propósito que me mueve. Mis cartas, si no la viveza y la gracia de las del *romero*, tendrán mayor número de datos y noticias y curiosidades, porque yo, desde que llegué á convencerme de que no podia hacer nada nuevo, digno de renombre, me he convertido en *ratoncillo de Bibliotecas*; oficio que, segun dicen mis amigos de Redaccion, debo ejercer, aunque no sea más que por quitarme la supina ignorancia en que paso mis dias.

\*  
\* \*

Llegamos á Génova, despues de haber permanecido dos dias en Niza, ciudad medio francesa, medio italiana, desierta durante los meses de calor, y muy poblada por enfermos y gentes ricas, que piden á su clima meridional la salud que les falta, y á sus hermosas vistas y á la bella situacion que ocupa al borde del mar, que les ahuyente el *spleen*. Los ingleses, que son gente de buen gusto y de mucho dinero, y que lo saben gastar á maravilla, que es un contento, han establecido una colonia, formada por hermosos y cómodos *chalets* y *hotels*, rodeados de jardinillos y pequeños bosques de na-



ranjos y palmeras: á esta parte de la ciudad se la conoce con el nombre de *Nice anglais*.

Génova, la patria de Cristófono Colombo, el descubridor de América, es la primera ciudad italiana que hemos visitado. Antes de entrar en Italia, imaginaba que era cosa fácil describirles á ustedes lo que viere y pensáre de ella: hoy, que me encuentro en la tierra clásica de las Bellas Artes, no atino ni me doy maña á explicarme lo que me pasa. Cuanto se diga de este país es poco, poquísimo, en relacion á lo que es. Despues de haber vivido en París, Lóndres y New-York, conjeturaba yo que no habria de sorprenderme nada de lo que pudiese ver en el mundo. Las elegantes calles de París, pobladas de mil tiendas, á cual más primorosa; sus museos; su catedral gigante y soberbia; las hermosas iglesias que cuenta; sus palacios suntuosísimos y sus magníficos bosques; el célebre *Hyde Parck* de Lóndres, sus lógias y casas de comercio, su inmensa biblioteca, ricamente decorada con miles de volúmenes; su acuario, su Jardin zoológico; su renombrada Abadía y la gigantesca torre de San Pablo: los Estados-Unidos, que han llegado á la meta de la civilizacion material y que tan asombrosos trabajos industriales presentan á la consideracion del hombre estudioso; todo, todo me hacía presagiar que nada habria de llamar mi atencion, ni levantar mi ánimo á mayor altura, aguijoneando mi curiosidad y moviéndome á la meditacion. Por eso, al llegar á Italia, no pensaba que sería difícil describir estas ciudades, testigos mudos de tantas generaciones; la grandeza de este suelo, su historia, sus hercúleas empresas, sus glorias siempre excel-



sas y brillantes, con su decadencia actual, y su miseria y abandono de ahora, pesan sobre mi espíritu con fuerza poderosísima, y le abruman, no dejándome valor para coger la pluma. Por eso..... Pero basta ya de consideraciones; que por hoy escribí bastante, y mañana será otro día.

Bien ó mal, como Dios me dé á entender, les diré á ustedes lo que me parece de esta tierra; pero eso será..... cuando Dios quiera.

Si el lector entretenido quisiera saber que Génova es una poblacion que cuenta más de 160.000 almas, que se halla á tantos grados de latitud, que posee un hermoso puerto, y otras cosas por ese estilo, que no siga leyendo estos renglones, porque nada de eso encontrará en ellos. Un tratado de Geografía, una Guía cualquiera se lo podria decir con más certeza que yo.

Al penetrar en Génova tenía ya noticia de un buen hotel, y presumiendo de *touriste*, preferí sacrificar mi bolsillo á la comodidad y descanso que reclamaba mi cuerpo, un tanto cansado del ferrocarril. Pensando de este modo, me dirigí y me instalé en el Hôtel de la Ville, no viendo defraudadas mis esperanzas. En mi alojamiento tuve ocasion de admirar, magníficamente decorados y pintados por Carlone y Piola, los lienzos y techos, llamando fuertemente mi atencion lo bien servido, dispuesto y ordenado que se encuentra todo en tan cómoda vivienda. En cuanto á los precios..... *non ragionar* y adelante.

No en vano los más italianísimos conceden á Génova el pomposo nombre de la ciudad de mármol. Tal es la profusion y el buen acierto con que se ha-



lla repartido, rivalizando porfiadamente en iglesias y palacios. Entre las primeras, debo comenzar por la Catedral, no porque me haya gustado más, sino por lo que es y representa. Está situada en la plaza de su mismo nombre (San Lorenzo), habiendo sido construida á principios del siglo xi. Con el trascurso del tiempo sufrió algunas restauraciones, siendo la última la que llevó á cabo Galeas Alessi (1550), á quien se atribuye la cúpula, toda de mármol blanco en su parte exterior. La interior de la iglesia presenta una singular mezcla de estilos, lo cual contribuye á fatigar la atención de quien la visita, no dejándole admirar á su gusto y sabor las hermosas columnas de mármol blanco y negro. El *cicerone* que me acompañaba me designó, como una de las más notables, la capilla de San Juan Bautista, que contiene hermosas estatuas y ornamentos, bajo-relieve en mármol y estuco dorado. Las estatuas pertenecen á Giacomo della Porta y á Mateo Civitalia. Mi *alter ego* me refirió, en presencia de la capilla, una bula de Inocencio VIII, por la cual se prohíbe la entrada en ella á las mujeres, *in vendetta* de la hija de Heródes. A este propósito, dijo una inglesa que iba con nosotros, que debía igualmente prohibirse la entrada de los hombres en las capillas destinadas al culto de Jesús. Yo estuve movido á terciar en el debate; pero, pensando mejor, preferí dejar á mi *cicerone* con la inglesa, siguiendo mi camino, por temor á perder mi tiempo en vanas discusiones. Luégo tropezaron mis ojos dos lienzos bastante recomendables, el uno perteneciente á Luca Cambiara, y á Baroccio el otro.

De la Catedral pasé á L'Anunziata y allí oí misa,



rezando por los prójimos que acababa de dejar en la Catedral. El esplendor y la magnificencia de esta iglesia (la mejor de Génova) se deben á la familia de Lomellini, que, segun me aseguraron, procede de la isla de Tabarca (Africa). Mucho podria decirle al entretenido lector acerca de L'Anunziata, en celebracion de sus pinturas y ornamentos, que son magníficos y de una riqueza incalculable; pero el tiempo corre; la hora de partir el tren para Roma se aproxima, y aún no le conté nada de otras mil cosas que vi. Bástele saber que, ademas de esta iglesia, hay otras, tales como San Siro, San Stefano y Santa Maria di Carignano, que rivalizan en belleza y ostentacion, presentando muestras acabadas de lo que puede en Italia el genio artístico de pintores y escultores.

Entre los palacios, el mejor de todos es, sin disputa, el que pertenece á la antigua familia de Andres Doria, á cuyo nombre van unidos multitud de recuerdos para este pueblo. En mi primera carta trataré de explicarle como Dios me dé á entender, no echando en saco roto el *Palacio Real*, el *Ducal*, el *Brignole* y otros muchos, sin olvidar el cementerio, que es cosa digna de ser celebrada.

Para concluir esta carta, quisiera encontrar en Génova *la mot de la fin*, como dicen los franceses. El alumbrado público me la proporciona: es magnífico; excede á toda ponderacion. Esto me hace pensar que el Alcalde de Oviedo es un *oscurantista* si se le compara al Alcalde de Génova.

Si el *ricordarse del tempo felice* es, como dice el Dante, el mayor dolor que puede caberle al alma en los dias de tristeza y de abandono, el



recuerdo de los presentes que hermosea el amor y tiñe suavemente con sus colores la esperanza, ha de ser para mí, aunque con cierta dulzura inefable, y melancólica, tormento de los mayores, en esas horas de soledad y de misterio en que se abisma el alma en lo pasado, queriendo encontrar en él un atisbo de lo que ha de ser; algo que le muestre el incierto panorama de lo futuro. Pero esto nada interesa al lector, y sigamos nuestro cuento.

Decía en mi carta anterior, que el palacio de los Doria venía á ser otra de las curiosidades que debía visitar el viajero.

En efecto; ese palacio, que está situado en lo mejor de la poblacion, y que tiene hermosos, anchos y cómodos jardines y azoteas sobre el puerto, está magnífica y espléndidamente decorado, luciendo en él sus primores las célebres pinturas de Perino del Vaga, que se distinguen, más que por su colorido, que es bastante desigual, por la correccion de su dibujo y estilo. En el vestíbulo hay arabescos preciosos y de buen gusto, y en una de las salas (creo que en el comedor) existe un techo que representa á Júpiter con los titanes, y es la obra más bizarra del notable discípulo de Rafael, en la cual se manifiesta gran artista. El palacio de Andres Doria se encuentra hoy en un estado de abandono que contrasta y desdice de su antiguo esplendor y lustre; debiéndose esto, no á la miseria y poca fortuna á que han venido sus descendientes, sino á la incuria en que le tienen, mientras el actual príncipe de Doria se pasea por las calles de Roma en un blasonado coche, tirado por soberbios y fogosos brutos.



El *Palazzo Reale*, antiguamente de *Durazzo*, fué construido en 1650 por la familia de este nombre, dirigiendo las obras Cautone y Falcane; es de un estilo incorrecto, pero agrada y cautiva la atencion por la grandeza de sus proporciones. La casa de Saboya hizo su adquisicion en 1815, y el *héroe* de Novara introdujo en él algunas reformas. Tiene este palacio dos grandes escaleras de mármol blanco, ejecutadas por Fontana, y entre los lienzos y cuadros que posee, debo hacer mencion de un Cristo de Van-Dyck, hermosísimo.

Brignole, ó palacio rojo, se llama otro tan elegante y bello como los anteriores.

Hay en él una Virgen, que se atribuye al Corregio, y un Cristo de Dolcè, de un mérito artístico indisputable. Tiene salones destinados á las cuatro estaciones del año; todos ellos rica y lujosamente decorados con profusion de pinturas y esculturas de Van-Dyck, el Spagnoletto, Francavilla y otros. Es, en suma, el palacio de Brignole un *rendez-vous* para todos los que presumen de tener el instinto de lo bello más ó ménos desarrollado y aman las glorias de este país, tan grande y floreciente en los tiempos de barbarie y de oscurantismo, y hoy, en los de civilizacion que alcanzamos, tan decaido y postrado.

Para concluir esta carta, y con ella la relacion de mi viaje á Génova, quisiera poder hablar algo del cementerio, tan bueno como el del P. Lachaise en París, y el de Greengool en Brooqyuk; de la Universidad, que fué antiguamente uno de los más afamados colegios de la Compañía de Jesus; vistoso edificio, trazado por Bianco, que en union con Ales-



si, como arquitectos, han enriquecido tanto y tanto á la patria de Cristófono Colombo. De la Universidad dice Valery que, más que un colegio, semeja ser un palacio oriental. Su biblioteca es bastante buena; tiene más de sesenta mil volúmenes, muchos de ellos, y muy preciosos, sobre Teología. También me pesa no decir nada del manicomio, del hospital y de otra porcion de cosas que he visto en Génova; pero el tiempo vuela, y ya es hora de cerrar esta carta. Para terminarla, y por vía de sainete ó cosa así, voy á traducir un dialoguillo que leí en *El Fígaro* y que me hizo mucha gracia.

Dice así :

—Desengáñate : Robespierre aborrecia la guillotina; sus principios humanitarios le llevaban á odiarla, y en sus últimos momentos.....

—¡ Ah ! lo que es en los últimos momentos, sobre todo.

\*  
\* \*

Yo tambien, como cierto *romero* que desde las columnas de cierto diario les contaba á VV. sus impresiones, alegres y risueñas como unas sonajas, olvidé todas las incomodidades de mi viaje, saludando con toda la efusion de mi alma, profundamente conmovida en aquel instante, la ciudad eterna, la patria del mundo, señora un dia de todos los pueblos, sábia é ilustre siempre por sus leyes, por sus numerosas conquistas, en las cuales comunicaba su sér y vida á los vencidos : la Roma de los Césares y de los Pontífices. ¿Cómo decir á VV. lo que sentí y pensé durante mi estancia en ella? Para



hacerlo de una manera clara y cuidadosamente esmerada, fáltanme tiempo y conocimientos, y declaro sin rebozo y sin afectada modestia, que nunca, nunca deploro más y más mi rustiquez y falta de saber y ciencia que en la ocasion presente. Recorro en mi imaginacion y en mi memoria todo cuanto vi y estudié en Roma, y al recordar aquella grandeza y soberbia manifestacion del arte, la religiosa y santa veneracion que á las cosas sagradas se tiene, y el extraordinario y gigantesco combate de cien generaciones que pasaron ya, comprendo lo mucho, muchísimo, que he perdido mi tiempo en vanos discreteos de amor ó en inútiles discusiones políticas, que nada mejoran, ni corrigen, ni enseñan. Si no fuera así, no me veria hoy precisado á renunciar á mi tarea de cronista, aunque para ello tuviera que escribir un volumen más abultado y extenso que el que dedicó al mismo asunto don Severo Catalina. Como él, probaria en mi escrito lo que puede la exaltacion religiosa unida á la ilustracion del hombre de letras; lo que puede la ciencia cuando, sin salirse de los verdaderos límites de su condicion, y avivada y purificada y limpia por la fe, llega á contemplar esos lugares, testigos constantes de no interrumpidas glorias, y de milagrosos sucesos, dignos siempre de eternas recordaciones. Pero, vano empeño, inútil declamar. El tiempo que pasa no vuelve: en el continuo viaje de la vida no podemos volver atras la vista sino para llorar las horas que desaprovechamos en mil frivolidades.

Si el entretenido lector quiere escarmentar en cabeza ajena, que escarmiente al ver lo que me



pasa, y siga leyendo con paciencia y resignacion; que, ya que no sábias y atinadas reflexiones sobre cuanto miro y observo, encontrará una relacion sucinta de todo, escrita con la premura de quien sólo se detiene un instante para cobrar aliento y nueva fuerza con que poder continuar el viaje.

Y basta ya de palique, y pasemos á otra cosa.

\*  
\* \*

En todos los países del mundo se conoce una calamidad, una plaga, un castigo, con el nombre de Alcalde. ¡Dichosos aquellos pueblos que no le conocen!

Ocúrreseme esto, porque el Alcalde de Génova, que es todo un señor de campanillas, y que debe llevarlas colgadas al cuello, en union de sus colegas de Ayuntamiento, acaba de suprimir de golpe y porrazo la enseñanza del catecismo, sustituyéndola con la que él llama de los derechos y deberes del ciudadano.

Esta alcaldada es la consecuencia lógica (también los alcaldes suelen tener lógica en ocasiones) de ciertas doctrinas que se empeñan en vano y se afanan inútilmente en destruir lo más noble y sagrado del hombre: su creencia religiosa y cristiana.

Los males á que da lugar este extravío de la inteligencia humana, palpablemente los estamos viendo, y los venimos condenando en las columnas de *La Voz*.

Por eso uno y otro dia, y siempre, repetimos al Gobierno la necesidad en que se encuentra de vigilar y de cuidar de la enseñanza pública, pues cree-



mos es asunto del mayor interes para los pueblos que se precian de cultos.

De las escuelas sale la semilla que ha de dar buenos ó malos frutos en la sociedad y en la familia; y á la voz, al ejemplo y á la enseñanza de los maestros brotan esas ideas y esas doctrinas que conmueven hondamente á las naciones, haciéndolas mudar de condicion y de vida. Una mala direccion en la juventud implica la ruina en lo porvenir; y no debe desestimarse nunca que el elemento cristiano, eminentemente moral y civilizador, léjos de perjudicar á la enseñanza, la presta más rigor y consistencia, depurándola en el crisol de la verdad.

\*  
\* \*

Siempre que tomo la pluma para describir á ustedes mis impresiones de *touriste* me asalta el recuerdo de las famosas cartas que trazó cierto romero muy sobrado de buen humor y de gracejo. Cada paso que doy, pienso, lo ha dado mucho ántes; cada línea que escribo se asemeja, salvo la forma, á alguna línea escrita ya por él. Esta circunstancia, para mí sensible, y que establece entre nosotros una comparacion harto desventajosa, me mueve á citar una y mil veces las mencionadas cartas, aun á trueque de molestar la atencion de ustedes. La fortuna, que es caprichosa porque tiene algo de mujer, contribuye, y no poco, á empeorar mi situacion, colocándome en idéntica posicion y mira que al romero, y repitiendo en mí ciertos hechos acontecidos á aquél, y descritos con ligereza



y gracia. Por ejemplo, dice el romero que en Pompeya se tropezó con un cicerone que le explicó muy *cavalieremente* la vida y milagros de un Cornelio, con tal copia de datos, con tal desembarazo y desenfado, como si ese noble pompeyano hubiese sido camarada ó compañero suyo. Pues lo mismo me sucedió á mí; pero ¡tate! que ántes de sucederme nada de eso, visité á Nápoles, y conjeturo que está muy puesto en razon que les diga algo de esa capital, dejando á un lado á nuestro romero y á sus cuentos y sucedidos.

Nápoles es la ciudad más populosa y pintoresca de toda Italia. Su campiña, fertilísima en extremo, la animacion en sus gentes, y lo suntuoso, grande y magnífico de sus palacios, teatros y paseos, significan mucho para el viajero ávido de emociones. No en vano uno de sus poetas, quizás llevado en algo del entusiasmo que da la idea de la patria, decia que Nápoles era un pedazo del cielo caido á la tierra. La poblacion se extiende en forma de anfiteatro, ocupando unas cuantas colinas, que le dan un aspecto *sui generis* y contribuyen á hermosearla. Si á esto se añade el Vesubio, siempre humeante é imponente, y los deliciosos pueblecillos que la rodean, tales como Portici, Torre del Greco, la Anunziata, etc., y la pequeña y pintoresca isla Capri, se comprenderá la preferencia que se concede á Nápoles por los numerosos viajeros que constantemente visitan estos lugares. El carácter propio que les distingue, como he dicho ántes, les da la animacion, la viveza y el movimiento que tan agradables les hace, sobre todo para los serios y encartonados ingleses. Los napolitanos son



una especie de griegos degenerados, y presentan un singular contraste con los romanos, siempre graves y austeros, como queriendo representar en sus semblantes el espíritu y la grandeza de los altos acontecimientos que relata su historia. Para penetrarse bien del carácter de los antiguos súbditos de Carlos III, basta recorrer durante las horas del mercado, ó cuando el sol declina ó se pone, las expendedurías de pescado fresco y de marisco, del cual son muy aficionadas estas buenas gentes. La gritería que arman aturde al extranjero, no dejándole en calma el ver lo que gesticulan, se mueven y zarandean por vender sus comestibles, intercalando en sus peroraciones chistes y chascarillos y retruécanos, á veces no del mejor gusto, pero que siempre logran hacer reir á los compradores y mirones.

El principal monumento, la curiosidad más notable y digna de ser visitada por el viajero, es sin duda alguna el Museo Nacional, llamado en otro tiempo, que no me atrevo á calificar, porque *La Voz* no es un periódico político y yo no debo meterme en dibujos, Museo Borbónico. A más de notabilísimos cuadros y estatuas de los mejores pintores y escultores del mundo, presenta este museo una riqueza tal en antigüedades recogidas en Pompeya y Herculano, como ningun otro puede presentar. Maravilla y pasma todo cuanto encierra; y el ánimo suspenso no se atreve á dar su fallo decidiéndose por esto ó por lo otro, al ver que todo es igualmente bello y de un valor inestimable. Para escribir algo acerca del Museo Borbónico, tendria que estudiarle con mucho detenimiento y despa-



cio, y el género de viaje que emprendo no me permite, con bastante pesar mio, un trabajo, si largo y lento, agradable y provechoso y útil. A falta de él, y ántes de que llegue la hora de cerrar esta carta, voy á hablarles á ustedes del *Palazzo Reale*, mandado construir por nuestro Felipe III durante el gobierno del Conde de Lémos, encargando de la obra á Domenico Fontana. Despues del incendio ocurrido en 1837, y ya ántes, no fueron pocas las variaciones que sufrió el plan del célebre arquitecto, conservándose, empero, su hermosa fachada. En este palacio, como en todos los de Italia, se encuentran riquísimos detalles en mármoles y jaspes y mosaicos, acrecentando más y más su esplendor y riqueza con valiosos lienzos y frescos (de Belisario, Correnzio y otros), muchos de ellos trazados para mayor lustre de la dominacion aragonesa. Además del *Palazzo Reale*, tienen los reyes de Nápoles otro llamado *di Capodimonte*, que tambien se debe á nuestro Cárlos III, que le mandó construir en 1738. Sus fertilísimos y amenos jardines y bosques hacen de él un palacio deliciosamente agradable, por más que se dispute por algunos la oportunidad con que se edificó en aquel sitio.

Y basta de palique, que aún tengo mucho que decirles, y por hoy no puedo disponer de más tiempo. Otro dia será, si Dios quiere y las molestias del viaje me lo permiten. *Au revoir*.

\*  
\* \*

En mi última carta les hablaba á ustedes del ca-



rácter de los napolitanos, de sus costumbres, de su falta de aseo y compostura en el traje, de su riquísimo Museo Borbónico, del Palazzo Reale, y de otra porcion de cosas, todas ellas igualmente notables y curiosas. Hoy me toca decirles algo de las iglesias, monumentos y paseos, que son magníficos, y que, con sobrada razon, cautivan al viajero y le detienen unos dias más en Nápoles. Empezaré por la catedral, que se halla situada en la calle que lleva su nombre, y cuya fundacion se atribuye á Cárlos I de Anjou y á su hijo. Lo cierto es que esta iglesia, compuesta de tres naves y soberbios arcos ojivales, es una de las más bellas y grandes de la ciudad. Merced al temblor de tierra que tuvo lugar en 1456, sufrió no poco, siendo restaurada, ó mejor dicho, reconstruida por Alfonso I de Aragon. La puerta principal, toda ella cubierta de esculturas y de bajo-relieves, pertenece al estilo de la decadencia. Contiene la catedral lienzos muy notables de Fabricio Santafede, Vincenzo da Forli, y otros; los Doctores de la Iglesia, los Doce Apóstoles, son de Luca Giordano; un San Juan Crisóstomo, de Salimene, y dos hermosos cuadros que se hallan cerca de una de las puertas laterales, de Vasari. Si á más de eso se añade que posee relieves de un mérito indisputable, ejecutados por Merliano de Nola, y las preciosas tumbas de Cárlos I de Anjou, de Cárlos-Martel y de otros reyes y reinas, se comprenderá la estima y la consideracion con que es mirada esta iglesia, que fué levantada sobre las ruinas de dos templos destinados al culto de las divinidades mitológicas. Santa Restituta, Santa Bárbara, Santa Clara, Santo Domingo, San Fran-



cisco de Paula, etc., etc., son otros tantos nombres de iglesias igualmente dignas de ser visitadas con la curiosidad del viajero y la buena fe y el espíritu cristiano del hombre devoto de las cosas de Dios. Muchas son las iglesias que encierra Nápoles, lo cual habla muy alto en favor de sus habitantes.

Ya he dicho en otra carta que esta ciudad era la más populosa y pintoresca de toda Italia; por el relato que voy haciendo comprenderá el curioso lector que no sólo por esa calidad merece ser visitada y estudiada atentamente.

Las cuestiones que se refieren á la educacion, aquellas que tocan los asuntos más ó menos relacionados con la enseñanza, son de grandísimo y vital interes para quien cree, como yo, que de la enseñanza y de la educacion de los pueblos es de donde ha de salir la salvacion del Estado. Fundado en esta razon, no le cogerá de sorpresa al lector que yo le hable aquí de la Biblioteca Nacional, que contiene más de doscientos mil volúmenes y tres mil manuscritos. Una de las salas de este elegante edificio tiene 56 metros de largo por 22 de ancho. Entre sus libros, citarémos una *Biblia* en pergamino, del siglo XIII, conocida con el nombre de Biblia Alfonsina; las *Obras de Esopo* en latin y en italiano, con grabados muy notables, impresas en Reissinger (1485); la *Historia Natural* de Plinio; un *Breviario* que perteneció á Pablo III; un *Oficio de la Santísima Virgen*, escrito de puño y letra de Monterchi, con dibujos de Clovio, ejecutados por orden del cardenal Alex Farueno. Esta riquísima Biblioteca posee autógrafos sumamente aprecia-



bles, pertenecientes al Dante, á Leonardo de Vinci, Vivo, Gravina y otros. Tiene preciosas ediciones del siglo xv, muy raros ejemplares de libros alemanes, y cuanto puede apetecer y desear el hombre de letras y el que, sin serlo en toda la extension de la palabra, siente comezon de leer y de ilustrarse. Es de advertir tambien que, ademas de esta Biblioteca, existen aquí otras no ménos recomendables, siendo lo mejor de todo que diariamente se encuentran llenas de gentes. ¡Ojalá pudiéramos decir otro tanto los asturianos!

Las catacumbas de Nápoles son tan bellas y espaciosas como las de Roma. En ellas se abisma el espíritu en hondas meditaciones, y el ánimo suspenso no sabe más que despreciar las vanidades humanas, origen siempre de grandes caidas, alejamiento de todo lo bueno y santo.

El paseo de Villareale es de lo más pintoresco y delicioso que he visto. Desde él se puede ver el golfo, casi siempre tranquilo, reflejando sobre sus azules aguas este cielo hermosísimo de Nápoles. A lo léjos se distinguen todos los pueblecitos que bordan esta costa, alguno de ellos mayor que Oviedo, y la graciosa isla de Capri, residencia, segun los antiguos, de los dioses de la mitología.

Si no fuera por el justificado temor mio de hacer interminable esta carta, les hablaria tambien de Pompeya, de Herculano y del Vesubio; pero es tarea larga y prefiero dejarla para otro dia.

\*  
\* \*

Al dia siguiente, como pensábamos, emprendi-



mos la excursion á Pompeya en un hermoso landó tirado por soberbios caballos y acompañados por un desenfadado y no muy inteligente *cicerone*. El trayecto es corto; puede hacerse en poco ménos de dos horas; pero nosotros, deteniéndonos aquí y allí, para examinarlo y verlo todo curiosamente, empleamos más tiempo.

Este lo repartimos de un modo agradable y útil entre Resina, Torre del Greco y l'Anunziata; de todos tres quisiera dar á ustedes noticia, manifestándoles lo mucho que gocé con lo pintoresco de sus vistas, á cual más animada y risueña; pero la premura con que escribo me obliga á callarme. No así lo haré tratándose de Pompeya, aunque no me extienda mucho en la descripción de esta curiosidad histórica, no digo de Italia, sino del mundo. Apénas si se concibe nada más bello y extraordinario que esta ciudad, cubierta de lava y de ceniza y piedra porosa durante tantos años. Al principio, cuando el viajero penetra por la parte de la marina, el efecto es asombroso y mágico: la ciudad parece muerta, incendiada y humeante aún; no se oye más ruido que el ruido del silencio, y al discurrir por aquellas calles, por aquellos templos, plazas y teatros al leer las inscripciones escritas sobre la pared, algunas de ellas no muy decorosas por cierto; al curiosear aquellas casas particulares, todas igualmente ricas en frescos y pinturas famosísimas, parece como que se trasporta uno á remotos tiempos, borrando con la imaginación la friolera de mil ochocientos años.

Pompeya es, á no dudarlo, lo más notable y grandioso que encierra Italia; para comprender sus be-



llezas, no basta leer las numerosas obras que acerca de ella se escribieron; es preciso verla atentamente; es necesario convertirse por arte de birlibirloque en ciudadano pompeyano durante unas cuantas horas ó durante unos cuantos dias. Cualquier libro podrá explicarles á ustedes que Pompeya fué una de las tres ciudades de la Campania, fundada probablemente el año setenta y nueve de nuestra era, el papel que desempeñó dentro del Imperio romano, sus revoluciones intestinas, su comercio y sus leyes; los aficionados á curiosidades y noticias antiguas podrian saber que Ciceron poseia en Pompeya una hermosa quinta, donde se solazaba y recreaba á su gusto, escribiendo en esa morada su célebre *De Officiis*. Plinio el jóven, en una carta que dirigió á Tácito, podria enseñar á quien lo quiera saber la destruccion de Pompeya; con estilo enérgico y pintoresco dice Plinio la gran catástrofe, pintándola con los colores más vivos de la imaginacion, é hiriendo el ánimo de quien lee, al historiar aquella hecatombe. en que perecieron tantos hombres y tantas riquezas y monumentos. Todo eso lo encontrarian ustedes en cualquier libro; pero aún todo eso no es lo bastante á comprender lo que es la ciudad de Pompeya. Como he dicho ántes, lo que se necesita es verlo, estudiarlo, en una palabra. Estas consideraciones me mueven á no decir más sobre este asunto; aunque, francamente, no quiero soltar la pluma sin lamentarme de lo que pasa con algunos cadáveres que se enseñan al público con una desnudez que ofende á la moral y á la decencia; y el *lupanar*, casa de prostitucion, que ostenta en sus lienzos de pared

8



pinturas indecorosas, sucias y obscenas. Mentira parece que estos italianísimos no cuiden y no reparan de semejantes cosas.

1878.



LA PRIMERA PÁGINA.







---

## LA PRIMERA PÁGINA.

---

Difícil y por demas enojosa es la tarea que me impongo, para quien carece de talentos y se halla falto de reposo y vagar. Escribir la primera página de un periódico es lo mismo que trazar el camino que ha de seguir, señalando los escollos que presenta, las dificultades que hacen trabajosa la jornada, el fin que se propone realizar y los medios que han de llevarle á esta realizacion. Para todo esto, preciso y necesario es que el escritor encargado de escribir la primera página se encuentre dotado de gran talento y maneje la pluma con maestría, reflejando en su escrito el pensamiento genérico de la redaccion, de una manera clara, bizarra y limpia. Á mí, que me hallo léjos de reunir tan envidiables cualidades, cúpome en suerte esta tarea, hartos superior á mis fuerzas, y aunque malamente en su desempeño y forma, me propongo ser el eco fiel de todos mis compañeros, tratando aquí de consig-



nar, si no con elegancia en el lenguaje, con claridad y método, el fin que nos proponemos en esta primera página de *La Voz de Asturias*.

Es mal que nos aflige, y postra en una inaccion vituperable y ruin, la falta de compañerismo, y así vemos discurrir á muchos jóvenes, que, careciendo del estímulo y de la aplicacion, malgastan su tiempo, sin recoger el fruto de sus estudios y sin tener dónde ensayar sus armas, que, mal templadas aún para el combate, poca ó ninguna resistencia ofrecen. Débese esto en gran parte á la apatía que nos domina y al general descontento y desasosiego con que miramos que tal ó cual persona escriba en este ó en el otro periódico político, como si por esto se hiciese responsable de sus doctrinas y opiniones. Á fin de salvar esta dificultad, y de presentar ancho y noble palenque á la juventud, destinamos esta primera página de *La Voz* á cuantos artículos de índole científica ó literaria se nos envíen, publicando revistas de teatros, crónicas de salones y algunos versos.

Aquí tendrán cabida todos los escritos que se presenten firmados á la Redaccion, pues entra en nuestra voluntad y deseo ver representadas en esta página todas las tendencias que imprime al pensamiento humano el movimiento civilizador que nos arrastra, contribuyendo de este modo á que el entusiasmo cunda y se propale, y tome fuerza y vigor entre nosotros la aficion al estudio, haciéndonos útiles á la sociedad en que vivimos. Nada de comun tendrá esta parte de nuestro periódico con la que destinamos á tratar hoy de intereses morales y materiales, que se verá mañana, así que llegue el com-



petente permiso, ocupada en la cosa pública y en la cuestión política; cada cual será responsable de lo que escriba, sin que se establezca solidaridad alguna.

Réstanos advertir que en esta primera página de *La Voz*, como en todas las demás, no publicaremos nada que se oponga á nuestra santa y divina creencia. Profundamente católicos, no pensamos que la fe se encuentre reñida con la razón y la ciencia, y confirmamos más y más nuestras ideas sobre este punto, recordando las sublimes páginas de la historia del Pontificado.

---







LIBROS DE TEXTO.







---

## LIBROS DE TEXTO.

Hoy, más que nunca, conviene que llamemos la atención de nuestros lectores acerca de los libros que sirven de texto en las Universidades de la nación. Los problemas que entraña este asunto para el porvenir de la sociedad interesan á todos de igual manera, porque todos nos encontramos ligados estrechamente y debemos aunar nuestros esfuerzos en pro de la buena causa.

Cosa corriente y fuera de duda es que nos encontramos en época difícilísima, en que se acuerdan, como llamados por infernal conjuro, los elementos todos de la impiedad, empeñados tenazmente en demoler el templo de la fe. Agítanse los espíritus, poseidos de la duda, y por todas partes cunde el deseo de hacer daño y causar mortificación á los que defendemos honradamente nuestras creencias, alejados de toda pasión de partido y ganosos de mirar por siempre triunfante la divina enseña del Crucificado.



En la cátedra es donde se asienta y afirma más fuertemente el enemigo de la verdad; desde la cátedra lanza sus dardos la razón que se extravía, y apoderándose de la juventud, que en su inexperiencia no tiene discernimiento para distinguir lo bueno y lo malo, la guía por falsos caminos, sembrados de negaciones religiosas, que á la vez que la apartan de la verdad, aduermen en su alma las más sencillas máximas del Cristianismo. Á este trabajo concurren también los libros de texto, alguno de ellos contrario á la religión católica, que profesa nuestro pueblo, y viciando la augusta misión que les está encomendada, no realizan el fin principal á que se consagra la enseñanza, apartándose de la verdad y de la razón.

Consagrados nosotros, por ahora, á luchar en una esfera determinada, la de los intereses morales, cumple á nuestro propósito iniciar hoy lo que se refiere á la necesidad de que, así como nuestros adversarios piden libertad para su propaganda, solicitemos también del Gobierno cuidadosa vigilancia, á fin de impedir que, á la sombra de la protección oficial, se extienda el error, empezando por aparecer allí donde menos debiera.

Algunos autores son francamente heterodoxos, y á éstos pueden los maestros rechazarlos con facilidad, protegidos por el apoyo que les presta su ministerio; pero el enemigo más terrible no está en la impiedad que se presenta desnuda, sino en los libros que, pretendiendo obedecer á un criterio estrictamente católico, deslizan en sus renglones nocivas teorías y máximas contrarias á lo que la Iglesia cree y enseña. En muchos que de ortodoxos



hacen alarde hemos visto con frecuencia arranques volterianos, que empiezan por arrojar en el corazón de los jóvenes la semilla de la irrespetuosidad hacia las cosas santas, preparándoles bien á recibir más tarde doctrinas que llevan, como por la mano, al sendero de la duda.

Y si en tan tierna edad abandonamos esos jóvenes corazones á las tentativas, más ó menos afortunadas, de los innovadores religiosos, llegará un día en que nos costará trabajo excesivo fundir el hielo de la duda al calor de la verdad; ántes bien esas inteligencias se mostrarán más dispuestas á reflejar esos relámpagos siniestros de la impiedad, que brillan de vez en cuando en la confusión de la lucha presente.

Así, pues, creemos más que conveniente, creemos indispensable, que el Gobierno de la nación atienda al remedio de este mal, allegando los medios necesarios; que en su mano se encuentra el poner justo término y remate á los abusos que pueden cometerse á la sombra de la enseñanza oficial. La verdad es una, y debe brillar sobre las sombras del error, como estrella que guía nuestra juventud en la consecución de su destino, preparando á nuestra sociedad días más prósperos y venturosos en el cumplimiento de nuestros deberes y en la santa práctica de las virtudes cristianas.

---







# LA CARIDAD CRISTIANA.



LA CARIDAD CRISTIANA

LA CARIDAD CRISTIANA



---

## LA CARIDAD CRISTIANA.

---

Gala y ostentacion se hace hoy de confundir el verdadero significado de muchas voces, barajando multitud de palabras, por no reconocer y dar por bueno lo que real y positivamente explican. Quiérese olvidar que con este aparatoso juego nada se consigue, como no sea poner en tortura la inteligencia del lector desocupado para alcanzar, al fin y á la postre, que, tras un tan fatigoso afanar de espíritu, logre, sólo como premio y merecimiento de su esfuerzo, malgastar su tiempo en frívolas y poco entretenidas lecturas.

Pero nos equivocamos, y algunas veces no sucede así.

Acontece que esos nuevos preconizadores del gongorismo moderno llevan á sus escritos, como enseña de combate, la bandera de la caridad, ó, como ellos dicen, de la filantropía, publicando por todas partes su amor á la humanidad y su desinterés y poco apego á los halagos de la fortuna, dejando entrever que, en esta conducta, léjos de imitar,



pónense de frente á lo que diariamente predica y enseña nuestra santa religion. Originase de aquí que muchos, poco avezados al estudio y á la meditacion, tan olvidados de sí propios como del mundo exterior que les rodea, acojan como verdad y cosa cierta y probada lo que, en nuestro concepto, es sólo resultado de la presion y de la guerra que constantemente se le hace á nuestra creencia, por aquellos que quieren establecer un estado social y una congregacion política en el olvido de las prácticas religiosas y en la negacion de la santa y divina doctrina. Tarea por demas inútil, que vanamente se empeña el orgullo del hombre en realizar, no viendo, en su ceguera, que la palabra de Cristo no muere ni morirá nunca, porque es espíritu que vivifica y anima á sus discípulos, guiándoles por la senda del bien al cumplimiento de todos sus deberes, y dándoles fuerza y vigor suficientes para sobrellevar las cargas de la vida.

Grave y penoso mal es el de la pobreza, y á su remedio acuden los que de los ajenos males se ocupan, exponiendo sus ideas sobre este punto y cuidando de señalar las complicaciones de que puede ser causa en el organismo social, ya induciendo, por medio del abandono y de la miseria, al poco respeto de las leyes civiles, ya poniendo en grave riesgo las políticas y perturbando la paz y el sosiego públicos, que son como la base y el fundamento de los adelantos de un pueblo. En las sociedades antiguas apenas se conocia la miseria, por la forma y modo de constituirse aquellas nacionalidades, que, admitiendo la esclavitud como un principio fundamental en sus leyes y costumbres, daban al dueño



el interes necesario para cuidar de sus esclavos, que venian á formar su fortuna, desarrollando un trato odioso, que anulaba por completo la personalidad humana. Fué necesario que el Cristianismo apareciera, y que la divina palabra del divino Maestro, al borrar la diferencia de razas, concediera al amor y á la caridad el puesto que legítimamente les corresponde en el auxilio y remedio de las necesidades que diariamente sufrimos. Desde entónces se vieron consolados los que lloran, pues la palabra santa se oye en todas partes del mundo, y los sentimientos que nos inspira tienden á apartar nuestra vida del áspero y escabroso camino de la perdicion y del mal.

Impulsados por tan nobles y generosas ideas, recorren las distancias y marchan á países desconocidos esos soldados de la fe á predicar la buena nueva y ganar, por medio de la predicacion y del ejemplo, almas que yacian en la ignorancia : obediendo á esos sentimientos de caridad, desafian el furor de los combatientes esas infelices mujeres que, en medio de la batalla, al par que curan las heridas del cuerpo, con sus exhortaciones y su noble y levantada conducta preparan al mísero soldado á la práctica de los deberes religiosos.

¡ Bendita caridad ! Sólo en la palabra de Cristo te manifiestas latente y viva ; sólo en el cumplimiento de sus sublimes máximas muestras tu poderío, acallando los dolores, remediando la miseria y el abandono, dando consuelo á los afligidos, y mitigando la penosa carga de las necesidades humanas.

---







UN POCO DE CONVERSACION.







---

## UN POCO DE CONVERSACION.

Francamente, eso de estar escribiendo toda la vida misceláneas no me hace gracia; quiero tambien, con permiso de ustedes, invadir esta seccion de *La Voz de Asturias*, y decirles lo que buenamente se me ocurra, si es que se me ocurre algo buenamente.

Pienso, por otra parte, que al hacer esta intrusion me pongo á la altura de la época en que vivo, y desempeño á maravillas el papel que me cupo en suerte.

¿Qué otra cosa les pasa á los demás?

Hombres conozco (y no lo tome nadie por alusion) que, trocando los frenos, en lugar de aplicar su inteligencia, siguiendo su propia vocacion á determinado estudio, se convierten en periodistas, y escriben á destajo para mortificacion y pena del buen sentido.

Otros hay que se empeñan en aparecer poetas,



graves políticos, sesudos y doctos filósofos, sin que Dios les haya llamado por ninguno de esos caminos; y, sin embargo, se pavonean y se zarandean, dándose humos de esto y de lo otro, con más hinchada pretension que talento, cuando la sociedad reclama sus trabajos y servicios en ocupaciones más pedestres.

Recordando que la enfermedad es de todos, creo que merezco disculpa si, fuera de quicio, olvidándome de que soy gacetillero, me convierto, por arte de birlibirloque, en escritor de fondo, como pomposamente se dice ahora.

Lo único que falta es que ustedes no me digan aquello de «zapatero, á tus zapatos», ó, lo que es lo mismo tratándose de mí, «gacetillero, á tus gacetillas.»

Esto sería el colmo de la desesperacion, y..... una prueba más del buen sentido de los lectores de este periódico.

\*  
\* \*

Al penetrar de rondon en este artículo, lo confieso ingenuamente, no tengo pensamiento determinado ni idea preconcebida; voy á ciegas, y no me propongo desarrollar ningun tema ó cuestion que pueda ser más ó ménos provechoso para el pueblo en que vivo.

Pero ahora caigo en que esto es lo primero que se necesita para escribir un buen artículo.

Pretender otra cosa equivaldria á ponerse en desacuerdo con todos los principios (de cocina) á que está sujeto y obligado quien tiene la humorada



de ser periodista y da un bromazo diario á los lectores.

Quizás algunos piensen de distinto modo y se empeñen en quitarme la razon.

¡Vana porfía!

¿No estamos en pleno siglo de las cerillas y del aceite de bellotas? ¿no tenemos alcaldes y otros excesos, y proyectos que no se realizan nunca?

Pues bien; por todas estas razones, yo opino que no se puede escribir un buen artículo, y ántes soy ministerial del alcalde, que piense de otra manera.

Las cosas claras y..... los artículos mal escritos.

\*  
\* \*

El célebre doctor Thebussem se ocupa estos dias, en las columnas de *La Ilustracion*, en un asunto de grandísima importancia para la España contemporánea.

Despues de las corridas de toros y del hipódromo, no conozco nada más ameno y discreto que el pan de municion, como llama el inteligente doctor á un artículo en que trata del arte culinario.

La cosa no es para ménos.

Hoy, que todo se arregla con una buena comida, y que se raciona cada hijo de su padre con filosófica gastronomía, nada más puesto en razon que hablar un poco de cocina.

Al repasar el trabajo del doctor Thebussem se comprenden los grandes adelantos de la civilizacion, que algunos llaman grosera y material, por-



que prefieren el clásico cocido á la elegante y artística tortilla de hierbas á la francesa.

Cuestion de estómago.

Ya Fígaro se quejaba de esto mismo, aunque no habia leído nada del doctor Thebussem, lamentando que los asuntos de más vital interes para el individuo y para la sociedad se celebrasen con una comilona.

Yo, que disto mucho de ser como Fígaro, me regocijo de pensar que no estoy de acuerdo con él en la cuestion bucólica.

No podia suceder otra cosa.

Una buena comida es el mejor argumento para cierto linaje de hombres, y en la mesa, despues de haber comido, se ve con más claridad y precision, se orillan las dificultades y se llega al fin deseado con la facilidad que presta un estómago agradecido.

\*  
\* \*

De buena gana concluiria esta menestra literaria, que les ofrezco á ustedes á guisa de artículo de fondo, con algun chiste ó agudeza que tuviera relacion con todo lo que llevo escrito, y que, colocado en este sitio, dejára grata memoria de mi intrusion.

En vano acudo á mi *sprit* (que decimos los franceses); en vano trato de formar una frase que haga fortuna.

Despues de hablar de cocina me acuerdo de Fornos, y por ende, de una célebre comida que tuvo lugar hace poco.



Confieso que esta recordacion me abre el apetito.

En dicha comida, ó como quieran ustedes llamarla, hubo un poquito de conversacion sobre Asturias, y se dijeron cosas muy buenas acerca de la basílica que piensa levantar en Covadonga nuestro dignísimo Prelado.

Lo que no saben ustedes es si se dijo algo de suscribirse y de allegar fondos para el referido templo.

Pero ustedes no saben muchas cosas, y yo no quiero sacarles de su ignorancia.

No puedo ser más franco, y supla esta cualidad á la agudeza que me falta.

---







PIO IX.







---

## PIO IX.

---

Nada más ajeno á nuestro propósito que hacer una biografía del que fué Pontífice de la Iglesia y dirigió con mano firme y segura la nave del mundo católico. Los lectores de este periódico habrán visto con placer el verídico relato de la vida del sucesor de San Pedro, publicada por primera vez en *La Fe*, y reproducida en nuestra primera página. Como católicos, hemos hecho expresion de los sentimientos que nos embargaban al tener noticia de la muerte del ilustre Pío; entónces, como ahora, lamentamos sinceramente la pérdida que hemos sufrido, pidiendo á Dios, en medio de nuestras tribulaciones, el consuelo que necesitamos, y confiando en la divina Providencia, que nunca deja abandonados á sus hijos. La palabra de Cristo se cumple, y la verdad, siempre triunfante, brilla y se manifiesta en todas las épocas, aún en aquellas más turbulentas y agitadas, en que aparece amenazante el



error, y la impiedad cobra fuerza y crecimiento á expensas de la depravacion social.

Es la nuestra, á pesar del grado de civilizacion material que alcanzamos, pobre y raquítica en grandes personalidades, abundante en medianías, que pregonan por donde quiera su escaso valer, infatuadas en una ciencia que no poseen, pues apartadas del seno de la Iglesia, alejadas de la verdad, no pueden poseer la verdadera ciencia. Por eso la figura de Pío IX sobresale y luce en medio de tantas miserias, brillando con luz propia, no adquirida por falsas artes; figura que asombra y maravilla al mundo por su grandeza, y conmueve el corazon más empedernido, mostrándole el camino del bien y del cumplimiento de los deberes cristianos.

Prueba clara y sencilla de ello es lo que nos dicen los periódicos de todos los matices políticos. *El Imparcial*, que, como saben nuestros lectores, se ha distinguido siempre por el espíritu liberal y democrático que imprime á todos sus escritos, ha dedicado frases de respeto y consideracion altísima á Pío IX, afirmando que su pontificado fué uno de los más fecundos y provechosos para el mundo católico. ¿Y cómo no hacerlo así sin faltar abiertamente al título de ese periódico? Pío IX constituye una de las glorias más altas del catolicismo; á su nombre se despierta la fe, que es aliento y vida de nuestra alma, y la posteridad tal vez cuente en el catálogo de sus santos al que fué en otro tiempo arzobispo de Spoleto.

¡Grave y difícil es el gobierno de la Iglesia en la época de lucha y de controversia que atravesamos! El poder de los reyes, que en otros períodos his-



tóricos se hallaba pendiente del Papado, se revuelve hoy contra él, respondiendo con lujo de ingratitudes al Padre universal de los fieles, al sucesor de San Pedro, que, reducido á los estrechos límites del Vaticano, permanece firme como la roca sagrada, á pesar de las persecuciones que sufre y del desquiciamiento social que arrastra tronos y reyes, que aparecen y desaparecen, confundándose como sombras que evoca algún conjuro, que la mano del tiempo y el peso de sus desaciertos borra para siempre de la vida de los pueblos y de las naciones. Sólo Pío IX, en medio del general desconcierto, sostiene la unidad de nuestra creencia: su voz elocuente y bondadosa nos muestra el camino que debemos seguir, señalándonos puerto seguro donde resguardarnos de la tormenta que nos amenaza, de esa preñada tempestad de dudas y de recelos que alimenta nuestro siglo.

¿Quién era ese hombre extraordinario? ¿No se ve en todos sus actos, en todas sus palabras, algo que le anima y le distingue de todos los demás? Cuando más debilitada juzgaban su cabeza, llama á los obispos y dignatarios de la Iglesia, los reúne en torno suyo, porque todos acuden presurosos á su llamamiento, y en célebres Concilios define dogmas, canoniza santos, lanza el anatema contra los que se oponen á su poder y tratan de menoscabar y desfigurar la verdadera doctrina con falsas teorías de un maquiavelismo refinado. Ése es Pío IX, ése es el ilustre Papa que acaba de morir después de sostener brillantemente la bandera del Crucificado, arrancando bendiciones de todas partes del mundo católico, al entregar su alma al Señor.



Su muerte es tristísima; en las presentes circunstancias lo es mucho más; pero Cristo no abandona á su Iglesia, y las verdades que ésta enseña y predica lucirán nuevamente con más esplendor y brillo.

**Confiemos en la Divina Providencia.**



## LA EDUCACION POPULAR.







---

---

## LA EDUCACION POPULAR.

No por mero capricho ó sobrada afición ó mira interesada ocupamos las columnas de este periódico con frecuencia, dedicando algunas observaciones á la enseñanza, tratando de estudiar las cuestiones á que da lugar, é intentando, con buen deseo, ya que no siempre con buen acierto, demostrar á todos que en la época en que vivimos, en medio de la encarnizada y constante guerra que hacen la impiedad y el filosofismo moderno á las sublimes máximas que enseña y practica la religion católica, deber es para cuantos creemos y confesamos cuantas verdades cree y confiesa la Iglesia, el ocuparnos con detenimiento y minuciosidad de las cuestiones que á la enseñanza se refieran, pues que en los colegios y Universidades es donde se esparce y siembra la semilla que ha de producir sabrosos y sazonados frutos para lo futuro.

Dícese por los que más alardean de irreligiosades-



preocupacion, que ellos solos son los que tienden y se ocupan del mejoramiento público, proporcionando medios con que ilustrarse é instruirse á quien de ellos carece; y á esta afirmacion, de todo punto falsa, debemos oponernos, recordando que ha sido, es y será una de las cuestiones á que mayormente prestamos nuestra atencion, aquella en que se trata de la educacion popular, despertando, por medio del cultivo de la inteligencia, concepciones más altas, ideas más elevadas y sentimientos más puros, á fin de comprender y realizar en la vida terrena, de prueba y de martirio, las verdades reveladas por la Divinidad, que constantemente predica la Iglesia, explicando su verdadero sentido y alcance.

Lo único que acontece, y en esto nótese de seguida la diferencia que existe entre los que se declaran abiertamente contrarios á la religion de sus padres, en nuestro país, y los que, siguiendo los impulsos de su corazon y los razonamientos que se les ocurren, sólo consiguen apagar la sed de su alma en la contemplacion mística de Dios y en el cumplimiento de los sagrados deberes que la religion católica les señala, es que los primeros, llevados de temerario orgullo, y no siempre guiados de buena voluntad, tratan de borrar toda influencia religiosa en la educacion de las clases populares, y los segundos, comprendiendo los males que de aquí se producen, y pensando que es obligacion impuesta á la conciencia por la palabra divina la difusion y propagacion de la verdad, consideran como necesario y justo y conveniente el elemento católico en todo linaje de enseñanzas, porque la ciencia que



se oponga á nuestra creencia, y no se asiente y tome su fundamento y razon en la revelacion divina, más que otra cosa es puro fantasear del espíritu perturbado y revuelto por las bacanales del mundo.

Atendiendo al abuso que diariamente se hace de la imprenta, al descuido y lamentable postergacion en que se tiene por el Gobierno la educacion de nuestras clases populares; nosotros, que somos sinceramente católicos, y que deseáramos para nuestra patria dias más prósperos y felices, al estudiar las cuestiones que se refieren á la enseñanza, y creyendo que debe reinar en ella el espíritu de Cristo, teniendo la Iglesia la intervencion y cuidado que su mision le señala, ¿no hemos de repetir uno y otro dia la conveniencia de vigilar y reparar los males que se originan de una falsa educacion? ¿No son éstos de tal naturaleza, que, una vez descuidados, tárdase mucho en corregirlos, y que sólo se corrigen y enmiendan en su principio y origen, no dejándolos crecer y desarrollarse y tomar cuerpo y consistencia? ¿Pueden acaso educarse nuestros jóvenes en el olvido de las máximas cristianas, ya que en ellos está cifrado el porvenir de la patria, y como hombres tienen que cumplir y realizar en esta vida transitoria y terrena los deberes señalados por Dios, para merecer despues, como premio á sus sacrificios, la bienaventuranza eterna y la salvacion de sus almas? Todos necesitamos del concurso ajeno para nuestro propio mejoramiento y educacion, ya que nuestra inteligencia es limitada y puede caer en error, apartándose del buen camino; y enseñar al que no sabe es obra de misericordia, cuyo cumplimiento, al producir en nosotros íntimo regocijo



y contentamiento, constituye un precepto, que debemos llenar. La sociedad, como los individuos, y aquellos á quienes la fortuna ha colocado en lo más encumbrado y alto de los poderes humanos, deben mirar con cuidadoso esmero y señalada predileccion cuanto se refiera á la enseñanza, si quieren dar á la patria honrados padres de familia, hombres integérrimos, celosos y probos guardadores de las leyes, que, realizando su mision, no olvidan nunca que la educacion cristiana es la única que eleva y ensalza la virtud, moviéndonos al cumplimiento de sus sublimes preceptos.



# UNA CARTA.







---

## UNA CARTA.

Cedemos gustosos este sitio de preferencia á la siguiente carta que nos dirige un amigo nuestro. Como él, reconocemos la importancia que entraña el asunto que motiva su comunicado, y en más de una ocasion, ocupándonos en su estudio, aunque en distinta manifestacion y empleo, hemos probado que la enseñanza pública debe ser atendida y considerada como fundamento y base sobre que descansa y se asienta el organismo social. Que el Gobierno de la nacion está en el caso de poner coto á los abusos que se cometen, acudiendo al remedio de las faltas que encierra la ley, y prestando apoyo y sosten á los que se dedican al difícil y penoso magisterio de la enseñanza, no hay para qué encarecerlo ni apuntarlo aquí, porque ya lo hemos hecho en más de un artículo. Guardadores de las ideas que puedan dar lustre y brillo á la provincia, preparándola á nuevos y variados progresos en el concierto de la civilizacion actual, somos los primeros en



ocuparnos de la enseñanza, estudiándola en sus diversas y múltiples manifestaciones, y pidiendo para ella el espíritu cristiano, ya que por medio de la enseñanza han de resolverse los problemas que agitan á la sociedad presente. Tenga cada cual conciencia de los deberes religiosos que tiene que cumplir; sepa que en el ejercicio y en la práctica de tan sagrados deberes está la verdadera ventura, y despues de esto todo será fácil y sencillo. Con buenos hombres, rectamente encaminados al bien, se forman buenas sociedades y buenos gobiernos.

Véase ahora la carta de nuestro amigo :

«Sr. Director de *La Voz de Asturias* :

»Mi distinguido señor y amigo: Con interes siempre en aumento, por la curiosidad y el deseo de acierto, vengo leyendo en el periódico que V. dirige y redacta en compañía de algunos jóvenes católicos, los artículos que destina al estudio de la enseñanza, procurando demostrar, en todos los tonos habidos y por haber, que nosotros, los que profesamos respetuoso cariño y veneracion constante á la Iglesia, somos amantes del progreso, siempre que éste sea tal, y no engañosa palabrería ó pedantesca pretension, que de todo hay, por desgracia, en la viña del Señor. Yo, amigo mio, en mi calidad de cura, y cura de aldea, no tengo voz ni voto en materia de periódicos, porque todo lo que procediera de mí, por esto mismo, sería mirado con poco disimulada prevencion; pues en los tiempos que corremos, tan corridos están el buen sentido y la discrecion, que es para algunas gentes nuncio seguro y cierto de pasion y de par-



tido la firma de un hombre, como si no hubiera buena fe para tratar de las cosas de la vida, y no fueran completamente ajenas á la política del momento las cuestiones de más vital interes para el desarrollo y progreso de los pueblos. Pero no vaya V. á creerse por esto que el miedo me haga soltar la pluma de la mano; estímole á V. mucho, y, como he dicho ántes, leo siempre con creciente interes su periódico, para que desista de mi empeño y dé al silencio algunas observaciones que se me ocurren; observaciones que, buenas ó malas, usted verá si ha de atenderlas y decir algo de ellas en las columnas de *La Voz*, sin que por esta carta se juzgue obligado á hacerlo, pues yo soy muy á la buena de Dios y no me enfado porque se calle, sino porque mi rustiquez, no mi deseo, no me haya dejado ver con la claridad que en todas las cosas apetezco y quiero.

»En primer lugar, estoy muy conforme con lo que usted dice sobre los libros de texto, y estimo que aún se quedó corto al recomendar la vigilancia, que suele olvidarse en ocasiones, pues por ahí andan algunos de ellos que corrompen á nuestra juventud, sembrando en las inteligencias que despiertan al estudio ideas que, en mi concepto, hacen bastante daño á la doctrina de la Iglesia, que es la única verdadera y que deben seguir todos los que sinceramente se llaman católicos. En este punto yo señalaría los males que este olvido ocasiona, y hasta me atrevería á apuntar los remedios que se hace necesario aplicar á fin de corregirlos, condenando abiertamente aquellos libros contrarios á la fe, que son el alimento de la juventud y su ruina y aleja-



miento del buen camino. Tal vez á algunos parecerá esto un poco extraño y, sobre todo, un si es ó no inconveniente; pero ¿qué quiere V. que le diga? Por muchas conveniencias que me saquen á relucir, lo mismo que á V., ni yo me he de conven- cer, ni V. tampoco, ni la verdad dejará de ser ver- dad, ni lo bueno, bueno en todas ocasiones, si es absolutamente bueno.

»Y no tocan y concluyen aquí mis observaciones; que ahora reparo que nada se dijo en *La Voz* del pago de los haberes de los maestros de escuela, y éste es un punto de grandísima importancia, por- que mal pueden enseñar bien, y mal se les pueden exigir grandes conocimientos, si se les paga poco, y eso poco mal y tarde. En otros países (V. lo sabe perfectamente) son atendidos y considerados por todos, y muy particularmente por el Gobierno, los que con aptitud para ello y verdadera y noble vo- cacion y estudio dedican su vida y sus obras á la enseñanza y al mejoramiento intelectual de sus conciudadanos. Éstos, en pago á tantos sacrifi- cios, destinan grandes sumas del presupuesto al sostenimiento de las enseñanzas y profesores, y ahí está Suiza, que cuenta en el canton de Gine- bra (á pesar de no tener más que noventa mil almas y un presupuesto de cuatro millones no- vecientos mil francos ó pesetas) un millon cien mil francos destinados exclusivamente á la ins- trucción pública. Por este medio se consigue el mantenimiento de una clase digna de consideracion y respeto, y se proporciona á la sociedad una ga- rantía para su adelantamiento y progreso. Hoy, que tanto dinero se gasta inútilmente en aclimatar en



nuestro país diversiones y regocijos tan costosos como improductivos, y que no tienden á mejorar nuestra condicion, ni responden á ninguna necesidad social, ¿no le parece á V., amigo Director, que estaria muy puesto en razon hacer algo para nuestras escuelas, proporcionarles los elementos y medios de que carecen, despertando en los maestros el interes y el estímulo que tan necesarios son para el cumplimiento de sus deberes?

»Mucho, muchísimo más se me ocurre ademas de lo apuntado; pero ni yo estoy hoy para ello, ni debo robarle más el tiempo; V. adivinará lo que me callo, y discuriendo sobre lo escrito, no dejará de llamar la atencion de sus lectores acerca de tan importante asunto, haciéndose de este modo intérprete de la verdad y de la justicia.

»Ya sabe V. que siempre será su amigo y que le quiere mucho y b. s. m.,

J. M.»

---







## LO QUE HACE FALTA.



LO QUE HACE FALTA.



---

## LO QUE HACE FALTA.

---

Grande en sus proporciones y prodigiosos inventos y facultades, atronador y vocinglero de sus propias glorias, ufano de sus adelantos, se presenta á nosotros el siglo en que vivimos, haciendo resonar por todas partes las alabanzas que se le prodigan, como si quisiera abrumar con el enorme peso de su civilizacion á los siglos que le precedieron en el desarrollo histórico de la humanidad. Causa maravilla, y no poca, la significacion que tiene, y, embargado, quédase suspenso el ánimo al considerar su grandeza, viendo cómo en él se desenvuelven y realizan todas las tendencias del espíritu humano, tomando mayor crecimiento y ensanche cuanto á lo material se refiere. Los diversos inventos que en nuestra época tuvieron lugar; el más atinado empleo y aplicacion de muchos adelantos á la industria; la actividad y progreso del comercio; la creacion de nuevos centros de enseñanza; el uso de



la imprenta; la propagacion del telégrafo, y otras mil cosas que constituyen, por decirlo así, nuestra civilizacion actual, mueven á admiracion, y nos hacen bendecir la hora en que nacimos, ya que nos trajo al mundo en medio de tantos adelantos y bondades.

La actividad infatigable del espíritu humano encuentra razonable campo donde ejercer sus funciones; parece como que á su influjo maravilloso se despierta la Naturaleza, y le muestra sus más escondidos tesoros, esparciendo por todas partes el bienestar particular, la satisfaccion que produce siempre un deseo que se cumple por un esfuerzo que nos es propio. Pero en medio de esta grandeza, que somos los primeros en admirar, pero que en ella reconocemos los dones del cielo, á poco que profundizáramos, apartando de nuestra vista el aparatoso y espléndido espectáculo de la presente civilizacion, ¡cuántas miserias encontraríamos! ¡cuánto descreimiento en el fondo de algunas conciencias! ¡qué rudo afanar por conseguir los medios materiales de vida, y qué olvido de las cosas santas y religiosas!

No sólo de pan vive el hombre, y el acumular riquezas, y el rodearnos por todas partes de todas las comodidades imaginables, no constituye y llena la mision que tenemos, como no basta á una época presentarse gallardamente ataviada con las galas de una civilizacion material y grosera; es preciso que la vida se realice en toda su plenitud y extension, que la semilla del bien dé buenos y sazonados frutos en todo el organismo social, y que al mejorar las cosas que nos rodean en su expresion más mez-



quina y terrena, mejore tambien la condicion más alta de nuestro sér, y, cumpliendo los preceptos divinos, nos hagamos dignos merecedores de la recompensa eterna.

A este propósito, y valiéndonos de una imagen del respetable P. Félix, podemos replicar á cuantos se opongan á nuestra opinion: «Obrad, si podeis, ese milagro; cubrid la tierra con un diluvio de multiplicados productos que se eleven por cima de las necesidades humanas; ¿creeréis haber asegurado el bienestar de la sociedad, sumida en el inmenso mar de vuestras riquezas? ¡Ah, cuánto os engañais! Los vientos van á soplar; los abismos van á abrirse; las aguas, conducidas por los vientos, se retirarán á los abismos; algunos dias más, y los campos marchitos clamarán por la lluvia del cielo. Así, cuando hayais inundado el mundo con la superabundancia de vuestros frutos, los vientos de las pasiones soplarán; se abrirán los abismos del egoismo; irán los productos á los abismos, llevados por los vientos de la avidez, y no habrá en el vasto campo donde se conmueva la humanidad, sino regiones áridas y despojadas.»

Consecuencia de cuanto llevamos apuntado, y afirmacion de mucho más que se nos ocurre, y no apuntamos porque no nos lo permiten los estrechos límites de un artículo de periódico, es el continuo clamoreo que forman nuestras desgracias, manifestándose en repetidas quejas, que revistiéndose á veces de otras formas y tomando distinto camino, impulsadas por las pasiones políticas, sirven de estorbo á la marcha natural y corriente de los gobiernos de la nacion, poniendo en grave riesgo y peli-



gro la salud del Estado. Para remediar este mal, pues es necesario á toda costa, importa olvidar por un momento las grandezas de nuestro siglo batallador y rebelde, y acudir en su auxilio, ya que todos estamos interesados en ello. La civilizacion que alcanzamos es como luz que ilumina y aclara nuestra miseria, dejándonos ver con mayor precision y calma las causas que la producen y las consecuencias á que da lugar. Son éstas en extremo gravísimas, y si no procuramos extirparlas en su principio y origen, y las dejamos crecer y desarrollarse, pueden ocasionar males mayores, de difícil y dificultosa curacion.

Como ya hemos dicho, en el fondo de nuestra civilizacion, en medio de sus grandezas y adelantos, notamos un vacío que no es posible llenar con los medios que ella nos presenta, porque las tinieblas de la conciencia humana sólo desaparecen con la luz de la verdad, y nuestra sociedad, cansada y aturdida de sus materiales progresos y engrandecimientos, necesita de la religion, á fin de llenar cumplidamente su destino, ya que sin este elemento de vida todo es falso y deleznable y quimérico, majestuoso y soberbio edificio levantado sobre movediza arena.



## ICONOGRAFÍA.







## ICONOGRAFÍA.

Tiempo hace, apareció en el *Boletín Oficial* de la provincia una bien escrita circular de la Comisión de Monumentos históricos y artísticos, dirigida á los Ayuntamientos, para que, haciéndose intérpretes de sus buenos deseos, diesen noticia y razón de los bustos, estatuas, relieves, medallas y datos epigráficos y heráldicos de asturianos insignes, difundiendo este pensamiento por los concejos, á fin de allegar y desenvolver los elementos necesarios para formar una notable *Iconoteca*.

Ahora, como entónces, creemos de suma importancia la realización de esta obra, ofreciendo trabajar, en la medida de nuestras fuerzas, por el logro de esta empresa, cuya trascendencia tenemos en mucho, recordando que en todos los países cultos, y por todos los gobiernos, debe prestarse firme y decidido apoyo y sosten á tal trabajo, pues son las iconografías dignas de meditacion y estudio y contri-



buyen en gran manera al mayor brillo y lucimiento de las glorias nacionales. Más que ninguna otra, nuestra provincia está interesada en ello, y debe procurar que tan laudable pensamiento tome cuerpo y vigor y se realice, ya que cuenta entre sus ilustres hijos á un Alfonso II el Casto, á un Ordoño I y á un Alfonso III el Magno. Ella, que ha tenido guerreros como Rui Perez de Avilés, próceres como Diego Menendez Valdés, prelados como el cronista D. Pelayo, D. Fernando Valdés, fundador de la Universidad ovetense; estadistas como Quintanilla, protector constante de Colon, y otros muchos que supieron conquistarse alto y merecido renombre en la república de las letras, en la política, en la administracion del Estado y en altas dignidades de la Iglesia, se encuentra, más que ninguna, empeñada en llevar á cumplida terminacion la obra iniciada por la Comision de Monumentos, porque de su realizacion y remate no poca gloria y escaso brillo ha de venir para sus hijos, sirviéndoles de legítimo orgullo el recuerdo de sus grandezas pasadas, y de estímulo y noble ejemplo para ajustar á él su conducta en lo porvenir.

Nosotros, aunque nada podemos, aunque débiles y pobres soldados en la prensa periódica, no podemos dirigir la opinion pública, siendo sólo eco de los demas, porque á ello nos condenan nuestros escasos merecimientos y aciertos cuando se trata de algo que pueda contribuir á fomentar en nuestro pueblo el deseo de mejorar de condicion y de recoger con cuidadoso esmero, como preciosas reliquias en arca santa, cuanto de noble, levantado y digno encierra la Historia y avalora y fantasea la



---

tradicion; cuando, en una palabra, se trata de dar lustre y mayor esplendor y brillo á las glorias de nuestra querida provincia, no tenemos más que un solo pensamiento, que una sola idea, porque Astúrias es el objeto constante de nuestro cariño, y su engrandecimiento y progreso el fin á que nos proponemos contribuir, en la medida de nuestras fuerzas, con la publicacion de este periódico.

---







## UNA CARTA.

### UNA CARTA.







---

---

## UNA CARTA.

Como habrán tenido ocasion de ver nuestros lectores, no hace mucho tiempo publicamos una carta del Sr. C. F. M. En ella nos hablaba con eficacia de las mejoras que en su concepto podian introducirse en la enseñanza pública, extirpando la cizaña, origen muchas veces de mala direccion y empleo de nuestro talento. Hoy nos favorece el mismo señor con otra carta, destinada á tratar de otros asuntos de muy distinta índole, y al insertarla en las columnas de *La Voz*, sentimos grata complacencia, atreviéndonos á esperar que no será la última que nos dirija nuestro querido amigo y compañero:

«Sr. Director de *La Voz de Asturias* :

«Estimado señor y amigo mio: No hace muchos dias, movido de curiosidad vivísima, y ganoso de buen acierto, dirigí á V. una carta, tan mal hilvana-da como todas las mias, con el objeto de hacerle algunas indicaciones, ya que no advertencias, que



es imposible se escapen á su penetracion y juicio: usted, con una bondad superior á todo encomio, prestando oido á lo que le decia, no sólo publicó mi carta, sino que la dedicó un largo párrafo, en el cual, para contentamiento mio, vi con íntima complacencia que era tal la identidad y semejanza de nuestros juicios, que sólo por la forma de expresion podian distinguirse nuestros escritos; pues en el fondo, por lo que toca ó se relaciona á la intencion, era imposible, ó poco ménos, diferenciarles. Esta amabilidad de su parte me da fuerza y valor para tomar la pluma de nuevo y volverle á escribir, siquiera sea para corresponder de ese modo, bien pobre por cierto, á la hospitalidad que V. concede á mis cartas.

No, como en la última, hablaré á V. de libros de texto ni de otras *menudencias*, que tanto encocoran y disgustan y desazonan á algunos que presumen de ser muy hombres del siglo : hoy me propongo decirle algo, muy poco, de lo que por aquí se cuenta y se murmura de las cosas públicas, tomando como fin de mis advertencias, ó como usted quiera llamarlas, la poca estima en que se tiene á los artistas. Mentira parecerá, no á V., que sabe lo que se pesca, sino á ciertos empingorotados prohombres, que un cura como yo, que vivo la vida del campo, entregado al cumplimiento de mis sagradas obligaciones, levante la voz en defensa de los artistas y pida para ellos la proteccion y estima que de derecho les corresponde. A los que así parezca, no recordarán ciertamente que en los ruinosos claustros de nuestros antiguos monasterios vivió el arte con vida propia y suya, eleván-



dose en sus concepciones á la expresion más acabada de la belleza, pues recibia inspiracion y brío en el seno del cristianismo, manchando sus lienzos con preciosas pinturas de un gusto depurado y correcto.

Hoy, que todo lo sabemos, y entendemos todo, merced á la audacia que tal creencia nos imbuye, el arte pictórico, tan pujante en otro tiempo en nuestra patria, arrastra una vida lánguida y triste, cual si estuviera relegado á desaparecer. Alguno que otro acierto nos hace recordar lo que fuimos; algun rasgo magistral de Rosales ó de Fortuny nos trae á la memoria los nombres de Murillo y de Velazquez. Y no consiste esto en que nos falte genio; no, señor: que el genio pictórico no es extraño á nuestra generacion, lo prueban bien á las claras *El Testamento de Isabel la Católica* y *La Vicaría*; y si éstos no fueran bastantes, ahí está el cuadro que acaba de presentar en la Exposicion de Madrid el jóven Pradilla, que, al sentir de muchos, da comienzo á su carrera con una obra maestra. Lo que sucede es que falta estímulo y proteccion para el mérito verdadero, y eso es lo que ocasiona el decaimiento de nuestro arte pictórico.

Usted, que publicó no hace mucho un artículo acerca del *Hipódromo* que hicieron en la Côte, sabe perfectamente los millones que costó, y la muerte de algunos infelices obreros que en él trabajaron. Con mucha y muy sobrada razon se quejó entónces de ese hecho, encaminado á procurar diversion á la clase más divertida de nuestra sociedad, lamentando que se tratára de aclimatar entre nosotros un espectáculo que no se recomienda por



sus bondades, ni se dirige á nada fundamentalmente bueno.

Ahora bien : ¿no le parece á V. imposible que, despues de haber gastado tanto en ese dichoso Hipódromo, nos priven ahora del cuadro de Pradilla por unos cuantos miles de reales? ¿No es una vergüenza que la obra de tan aventajado y distinguido pintor vaya á servir á extraños museos por no tener dinero bastante con que comprarla?.....

Este suceso, que los periódicos relatan sin comentario, basta de por sí á dar una idea de la indiferencia con que miramos el arte de Rafael, y la proteccion que gallardamente le prestamos. Vano es abrir exposiciones, si no acogemos el verdadero mérito, premiando sus esfuerzos : ántes que el Hipódromo, ántes que una porcion de cosas á cual más inútil, en las que se gastan muchos cuartos, debemos atender á esos magníficos lienzos que la mano del genio mancha. Obras son éstas de mayor duracion y alcance y que no mueren prontamente.

Ya sabe V. que le quiere y b. s. m.,

J. M.



COVADONGA.







---

---

## COVADONGA.

---

Es en todos los países que quieren conservar incólumes las glorias de sus antepasados, manteniendo vivo y latente el sentimiento que las anima, y sirviéndose de él como faro de luminar que los guie para lo futuro, ocupacion constante la de levantar grandes monumentos arquitectónicos, que por su belleza y magnificencia aviven en la memoria del pueblo los mal dormidos recuerdos de su antigua pujanza, de las hazañas de otros tiempos, mezclándose en este linaje de obras y contribuyendo á su realizacion, muy poderosamente, los sentimientos religiosos.

En nuestra patria sucede lo contrario.

Gloriosa en sus tradiciones, grande y gigante en las continuas luchas que mantuvo con otros pueblos, fervientemente católica, enlazando sus glorias nacionales con las glorias de la Iglesia, apenas si se concibe y explica el abandono é incuria en que sus hijos tienen sus pasados triunfos, siendo dificultoso comprender cómo la pasion política, que



todo lo envenena y corroe, pudo corroer y envenenar nuestra conciencia, amortiguando nuestra fe hasta el punto de olvidar de un modo digno de censura y pública condenacion los más preclaros timbres de nuestra historia; esa epopeya grandiosa que cantó la fama, entre la admiracion del mundo, que atónito nos contemplaba.

Ocúrresenos esta queja hoy, que, merced á la iniciativa individual de nuestro dignísimo Prelado, se trata de levantar en Covadonga un monumento que señale un hecho histórico, cuya gloria, como españoles y como católicos, nos toca muy de cerca. Ya en tiempos del rey D. Carlos III se dió comienzo á una obra encaminada al mismo fin, dando con ello este Monarca prueba bien cumplida y manifiesta de los sentimientos que le animaban. Las agitaciones políticas que desde entónces sacudieron los fundamentos de nuestra monarquía, y más que todo, las corrientes anticristianas que la revolucion francesa estableció por todas partes, unidas á multitud de circunstancias que no debemos examinar en el momento, dieron al traste con el proyectado templo, poniendo en suspenso sus trabajos, que, con el trascurso de los años y con las continuadas luchas de nuestra política palpitante, habian caido en desacertado olvido, hasta que la voz de nuestro amado Obispo nos llamó á todos en torno suyo, y uniendo su ejemplo á la palabra, mostrándonos el camino que debiamos seguir, sacrificó su fortuna y su patrimonio, á fin de levantar en aquellas ásperas montañas un monumento digno de la gloria de D. Pelayo, consagrado á su divina protectora la Santísima Virgen, «por cuyas manos,



como dice San Bernardo, quiere Dios que pasen todas sus gracias para llegar á nosotros.»

Basta por sí solo este hecho para elevar á gran altura á nuestro diocesano, á quien tantos y tantos beneficios debe la provincia, por la caridad, unción y piadoso celo con que desempeña la alta misión que le está encomendada, interesándose también por cuanto pueda contribuir á mantener vivo el sentimiento de la fe y las gloriosas tradiciones asturianas. Nosotros, que siempre que se trata de aplaudir una buena obra, creyendo deber hacerlo, lo hacemos gustosos, porque á ello nos obligan nuestro amor á la verdad y nuestra conciencia, sentimos hoy vivísima alegría en celebrar un pensamiento de cuya realización no escasa gloria y brillo ha de venir á todos los asturianos. Más que los de las otras provincias, como dice el Sr. Obispo, deben empeñarse en llevarle á cabo y cumplido efecto los que por fortuna han nacido en la patria de D. Fruela; pues Covadonga, aunque encierra una gloria nacional eminentemente católica, es, á no dudarlo, una gloria de Asturias, y Asturias, primero que nadie, debe hacer suyo el llamamiento de nuestro Prelado, saliendo de la apatía en que se encuentra y contribuyendo á que se levante un templo glorioso en la falda del Auseva.

*La Voz*, que mira siempre con predilección constante cuanto interesa á esta provincia, está dispuesta á propalar y á mantener vivo el pensamiento del Sr. Obispo; y si éste lo creyera conveniente, libres están nuestras columnas para abrir en ellas una suscripción, en la cual desde luego figuraríamos nosotros, depositando nuestro pequeño óbolo.



como dice San Bernabé, quiere Dios que pasen todas sus gracias para llegar a nosotros. Basta por sí solo este hecho para elevar a gran altura a nuestro diocesano, a quien tantos y tantos beneficios debe la provincia, por la caridad, unción y piadoso celo con que desempeña la alta misión que le está encomendada, interesándose también por cuanto pueda contribuir a mantener vivo el sentimiento de la fe y las gloriosas tradiciones asturianas. Nosotros que siempre que se trata de aplaudir una buena obra, creyendo deber hacerlo, lo hacemos gustosos, porque a ellos nos obligan nuestro amor a la verdad y nuestra conciencia, sentimos hoy vivísima alegría en celebrar un pensamiento de esta realización no escasa gloria y prestigio de venir a todos los asturianos. Más que los de las otras provincias, como dice el Sr. Obispo, deben empeñarse en llevarle a cabo y cumplido efecto los que por fortuna han nacido en la patria de D. Fructo; pues Covadonga, aunque encierra una gloria nacional eminentemente católica, es a no dudarlo, una gloria de Asturias, y Asturias, por su parte, debe hacer suyo el llamamiento de nuestro Prelado, saliendo de la apatía en que se encuentra y contribuyendo a que se levante un templo glorioso en la tumba del Ángel.

A la vez que una siempre con predilección con tanto cuanto interesa a esta provincia, está dispuesta a propalar y a mantener vivo el pensamiento de los Obispos y si este lo creyera conveniente, habrían estado nuestras columnas para abrir en ellas una suscripción, en la cual desde luego figuraríamos nosotros, depositando nuestro pequeño óbolo.



## MORALIDAD Y ENSEÑANZA.



MORALIDAD Y ENSEÑANZA



---

---

## MORALIDAD Y ENSEÑANZA.

No hace muchos días que en otra sección de este periódico dimos cuenta de un hecho ocurrido en una de las calles de la población, consignando, al par que nuestro sentimiento, la triste noticia de que el autor del delito acababa de cumplir su condena en los presidios públicos. Esta circunstancia movía nuestro ánimo á serias y muy variadas consideraciones, recordando el mal estado de nuestras cárceles, los lunares de la ley en este asunto, y la incuria ú olvido con que era mirada por algunos la necesidad en que nos encontramos de atender á nuestro mejoramiento social, castigando con mano fuerte y voluntad firme y entera la dañada intención que produce un hecho penable, que perturba, por un momento, la armonía que debe reinar en una sociedad.

Es asunto de la mayor importancia para la vida de un pueblo, y á su estudio é ilustracion se en-



cuentran obligados á dedicarse los que escriben para el público, el que motiva y es causa de este artículo; y mal cumpliéramos nosotros la mision que voluntariamente nos impusimos si, ocultando nuestro parecer ó escondiéndole en velada frase, no dijéramos á nuestros lectores lo que pensamos con la franqueza y lealtad á que son acreedores.

Cuestiónase de tiempo atras, y es motivo y principio de muy distintas y variadas opiniones, sobre el fundamento, el medio y el fin de la pena, examinando su alcance y el efecto que produce en el organismo social y en la condicion y modo de ser del culpable. Danle unos á la pena un carácter de venganza, por medio del cual se establece una especie de represalia entre la sociedad y el delincuente que vino á perturbar su sosiego; concédenla otros fines más altos y elevados, buscando como resultado de su imposicion el mejoramiento moral del culpable, pues sólo la intencionalidad de éste, dañada y corrompida, pudo conducirle á cometer el crimen, separándole del camino del bien. Ni á estas ni á otras muchas doctrinas existentes en materia penal, ni á los múltiples sistemas penitenciarios conocidos, pensamos dedicar este artículo, por demas desaliñado; la premura y precipitacion con que escribimos nos dispensan de entrar en un exámen que reclamaria de nosotros más vagar y tiempo, y que, por su misma naturaleza, es más propio para ser tratado en una revista, con mayor número de datos y más espacio y detencion. De su estudio puede sacarse gran provecho y mejora; pero, entendiendo nosotros que, por lo que se refiere á la penalidad en sí, son medios para corregir y enmen-



dar la falta cometida, el delito perpetrado, y restablecer el orden y concierto de la sociedad, pretendemos estudiar primeramente las causas que dañan la intencion del hombre, buscándoles remedio, dentro de la limitada esfera de nuestros conocimientos.

Desde luégo nótese en el culpable una mala direccion en su inteligencia, una falta de sentido moral y un olvido de toda práctica religiosa: sencillamente, este dato nos enseña la necesidad del remedio, y sin fatigarnos mucho, tropezamos con él, educando nuestras clases menesterosas en la piedad cristiana, prestándoles medios de trabajo, ejemplos de virtud, instruyéndolas en todo aquello que pueda serles útil y provechoso, y despertando en su espíritu ideas y conceptos elevados, que les hagan olvidar su estado y condicion. Opónense á estos remedios ciertas doctrinas que públicamente se enseñan y predicán, haciendo ver á nuestro pueblo quiméricas visiones, que fantasean y aderezan gallardamente con todos los atavíos de la imaginacion, deslumbrando y cegando con sus soñadas bondades: los males á que dan lugar son de todos conocidos, así como los extravíos á que conducen; falta sólo conocer y apreciar la necesidad de extirparlas en su origen, no dejándolas tomar cuerpo y consistencia en la mal despierta inteligencia de nuestras clases menesterosas. Para conseguir esto, ya lo hemos dicho muchas veces, debe el Gobierno vigilar y cuidar de la enseñanza con verdadero interes y empeño, no dejando que la semilla del mal sea sembrada por los profesores; y al decir que debe cuidar y vigilar la enseñanza, no lo hace-



mos con mira determinada, excluyendo esta ó la otra, sino refiriéndonos á todas, abarcándolas juntamente; porque, si grande es la importancia de la superior y de la elemental, mayor es, por la generalidad de su alcance, la que entraña la primaria. En todas ellas, lo mismo en unas que en otras, debe tenerse en cuenta el espíritu cristiano, la influencia é intervencion que de derecho le corresponde á la Iglesia, facilitando, con la escuela gratuita y hasta obligatoria, y las Bibliotecas públicas, los medios de que carecen muchos para instruirse y mejorar su condicion. De este modo se pueden conseguir grandes adelantos, procurándose nuestro pueblo aquellos conocimientos necesarios para las artes prácticas de la vida, desterrando la rutina, que estanca y detiene torpemente, en una ineptitud vergonzosa, los progresos naturales. Por tales medios se puede llegar á una época de mayor cultura y adelantamiento; con tales trabajos, que tienden á mejorar el individuo, perfeccionando la sociedad, se conseguirá mucho en pro de los intereses de todos, no perturbándose tan frecuentemente el orden, concierto y armonía que deben reinar entre personas cultas, y que hace pocos dias vimos, por desgracia, interrumpidas por un desdichado que no tuvo en cuenta los deberes de la sociedad ni el justo y santo temor de Dios.



## HORAS TRISTES.







---

## HORAS TRISTES.

---

REGLONES DESIGUALES, ESCRITOS POR LUIS DEL CÁRMEN.

---

### I.

Héme aquí en la Habana, mi ciudad natal, después de tantos años de ausencia; héme aquí recordando esos países que he recorrido, esos pueblos que he visitado, esas Universidades donde la palabra, siempre elocuente, de hábiles profesores hizo brotar en las tinieblas de mi inteligencia un rayo de luz brillante, que todo lo ilumina, un acendrado amor á la ciencia de lo bello y un apasionamiento fervoroso por el arte.

Casi niño, cuando todavía me encontraba en los balbuceos de la elegante lengua de Tácito, una nave me condujo á Europa. No recuerdo bien aquella hora; sólo sé que lloré amargamente al separarme de mi padre y de mis amigos; pero las lágrimas dejaron paso á la risa, que tal sucede siempre en tan temprana edad.



Discurrieron los primeros años de mi residencia en Europa, en una ciudad triste y sombría por la irregularidad de sus calles y el plumizo color de su cielo, imponente, y á la vez risueña, por la gótica torre de su catedral, animada y discreta por sus habitantes. Allí fué donde conocí al autor de las poesías de que voy á ocuparme; allí, donde, en sociedades literarias, se leían nuestros versos y artículos, siempre aplaudidos por la amistad y la benevolencia; donde nuestros pensamientos se perdían en el extenso y dilatado campo de la filosofía moderna, y donde, en el Ateneo, pronunciábamos discursos entusiastas, porque el entusiasmo es hijo de la juventud, y nosotros nos encontrábamos en los albores de la vida. Redactábamos periódicos, éramos ardientes polemistas, amábamos lo grande y lo bello, y arrobaban nuestro espíritu los correctos períodos de Castelar y las caprichosas inspiraciones de Heine.

¡Qué tiempos aquéllos!

Después abandoné la ciudad que tantos goces habia presenciado, y, envuelto en la ola de la vida, corrí de un lado á otro, en incesante batallar, contemplando con místico arrebató esa odisea escrita en caracteres de granito, las catedrales de España; descifrando sus inscripciones, que, á semejanza de los obeliscos egipcios, encierran sátiras y caricaturas de otras edades; amando la gloria, y recordando siempre con efusión aquellos días de bullicioso goce, pasados en compañía de jóvenes alegres y soñadores, en aquella ciudad, triste y sombría por la irregularidad de sus calles y el plumizo color de su cielo.



## II.

Uno de aquellos jóvenes, quizá uno de mis mejores amigos, el más soñador é inspirado de todos ellos, es Luis del Cármen, autor de *Horas tristes*, coleccion de poesías de que voy á hablaros. Su nombre despierta en mí los cariñosos recuerdos de aquellos tiempos; sus versos, quejumbrosos y tristes como el arrullo de una tórtola, hieren mi corazón con la memoria de cosas que fueron, de ideas que pasaron, de sueños de felicidad que al nacer murieron.

Es una historia de amor.

El poeta canta en variedad de tonos el vago anhelo del amor típico, como el amor de Ofelia, esa sublime creacion del dramaturgo inglés; y tras de celebrar las alegrías de la vida, cuando sonrien los labios de una mujer y nos baña en la luz de sus rasgados ojos azules como el cielo, llora la pérdida de sus ilusiones, porque aquel dulce *rêve* de su esperanza se deshace al soplo de la muerte, como al soplo del aire se deshacen esos brillantes globos de jabon, que, heridos por los rayos solares, reflejan todos los colores del iris.

«¡ Qué triste es la partida!  
¡Qué breve fué su paso en el camino!»



Yo recuerdo haber soñado algo parecido á esto; recuerdo que, en una de esas tardes del invierno, cuando la Naturaleza se cubre con su blanco ropaje, á la luz vacilante del crepúsculo, discurría yo por una calle de álamos blancos, que, faltos de hojas y cubiertos por la nieve que caía, presentaban á mi imaginacion un cuadro exacto de la vida. Llevado por esa indolencia propia de mi carácter, y fatigado por el camino, me senté sobre rústico banco, y haciendo abstraccion de lo que me rodeaba, dejé mi pensamiento vagar por las regiones de lo ideal, dando libertad á mi fantasía y arrullado por la música de mis sueños. ¡Ay, entónces soñé tambien, como Luis del Cármen, un amor típico, una mujer-ángel, una vida de infinitos goces, y tambien, como el poeta que me es tan caro, vi en torno mio campo de soledad y de muerte, las apiñadas nubes en el cielo y los últimos rayos de un sol que se pone!



## III.

Pero dejemos tristes recuerdos que al alma hieren, y pasemos á ocuparnos de las poesías que tan modestamente apellida su autor *Renglones desiguales*.

El amante nos dice que sin esa lluvia de flores que miramos en los campos, el mundo sería un desierto árido y seco, que no habria amor en la vida, y que sin ese sentimiento purísimo del alma, la peregrinacion del hombre sería triste y sombría, como el adios de un alma que se aleja. Por eso el poeta, en un raptó de lirismo, exclama:

«¡ Flores, yo quiero flores ! En mi paleta,  
Pobre pintor, no tengo bellos colores;  
¿Cómo trazar pudiera mi mano inquieta  
De tu rostro los tonos encantadores ?

Despues nos pinta su pasado risueño y bello, como la juventud; ve la vuelta de las golondrinas en las ardorosas tardes del estío, y extasiado en la contemplacion de su amor, en un tiempo sin horas ni medida—como dice Espronceda,—embriagado por la esperanza, se olvida de todo, y sólo piensa en la felicidad.—¿Y el presente? ¡Qué cuadro tan des-



garrador, qué metamórfosis tan completa!—Ya las golondrinas abandonaron sus nidos y tienden sus alas por el azul espacio; guarda en su corazón el fantasma de una ilusión que fué, y los días le parecen largos, muy largos, porque la frente pálida de su amada ciñe corona de flores,

«Y entonces..... ¡estabas muerta!  
¡Muerta como mi esperanza!»

Y no tiene sueños su fantasía, no tiene aspiraciones para lo porvenir, y sólo y meditabundo, vagando por el cementerio, que, avaro, encierra los restos de su amada, encuentra una mujer de enlutados atavíos, que derrama, con sus palabras consoladoras, el bálsamo de paz y de unción sobre su apenado espíritu.

—«¿Quién sois?—la pregunté.—Doliente y triste  
Encuentro en vuestra voz un eco amigo.  
—¡Dichoso tú, porque mi acento oíste:  
Soy la *Resignación*. ¡Llora conmigo!»

Y es verdad, verdad que la resignación lo purifica todo y amortigua todo dolor. Este no puede ser eterno, como no puede ser eterno el sentimiento que lo produce, por más que así nos lo aseguren unos labios de color de rosa, que siempre nos engañan. El amor pasa, como todas las cosas de este mundo, como pasamos nosotros mismos para ocultarnos en los huecos de un cementerio y ser alimento de la vida de otros seres.

Tal es la ley de la Naturaleza.



## IV.

Voy á permitirme repetir aquí lo que tantas veces dije personalmente á Luis del Cármen, lo que me enseñaron las obras de la experiencia, la crítica literaria.

La esfera de la poesía es vasta, no se circunscribe solamente al amor. La misión del poeta es más alta. La filosofía y la historia le prestan poderoso auxilio, la ciencia su apoyo, su entusiasmo la libertad, y con tantos y tan ricos elementos, se convierte el poeta en un sacerdote, y son sus cantos brillantes páginas de la sabiduría de los pueblos.

Ya nos ha mostrado Luis del Cármen todos los tesoros de poesía que guarda en su corazón. Cantó el amor que sentía en su sér, y descubrió ante nuestros ojos un cuadro de sentimiento, sencillo en el fondo, galano en la forma, y tan bello como esas violetas

«Que guardan entre sus hojas,  
Suspiros de los genios y de las hadas,  
Misteriosos amores, dulces congojas,  
Notas suaves, intensas y apasionadas.»

Cante ahora el poeta, con más solidez y experien-



cia que ántes, los descubrimientos de la razon humana; la historia de esta querida y generosa España, patria de tantos héroes, y cultive con fervor ese género entronizado en Alemania por Henri Heine, y entre nosotros por Florentino Sanz y Gustavo Becquer.—Pobre é ignorado *amateur* del arte, le envío un aplauso; compañero y amigo de aquellos tiempos tan dichosos, con este desaliñado artículo, que escribo á toda prisa, le mando un abrazo. Reciba, pues, este abrazo y este aplauso, y cumpla como bueno, para gloria y provecho de la literatura moderna.



UNA CARTA À UN GRAN ELECTOR.







---

---

## UNA CARTA A UN GRAN ELECTOR.

*Fuente-Santa, 28 de Junio de 1878.*

MI BUEN AMIGO : Aquí me tienes, en estos baños, á donde me trajeron mis padecimientos.

En este punto recibí tu carta pidiéndome una profesion de fe política ó cosa parecida ; algo que trascienda á programa conservador, con ribetes de liberal, por apéndice. Yo no gasto de tales procedimientos ; soy algo rancio y añejo en mis costumbres, y conjeturo que el pueblo debe conocer á los hombres á quienes elige por representantes. Para llegar á serlo, será fuerza que me encuentre en este caso.

En el presente—y perdona que te lo diga sin preguntármelo—imagino y tengo para mí que no es puesto en razon clasificar partidos y hacer á la postre lo que más de cuatro barateros de la polí-



tica, cuando buscan el encumbramiento de una personalidad cualquiera.

Al tratarse de los intereses de la nacion, de resolver los destinos de un pueblo, su vida en lo futuro, trazando el derrotero que conduce á la prosperidad, con el desarrollo de las fuerzas productoras del país, y una administracion intachable, importa «no hacer política»; importa que la union de nuestros diputados sea una prueba concluyente de la necesidad de lo que se pide y de la justicia de lo que se demanda; porque, de otra manera, estableciendo diferencias que no deben existir, se despierta la duda, que se infiltra y se apodera del organismo parlamentario, sorprendiendo á los tibios, ganándose á los incautos, engañando á muchos, y concluyendo, por decirlo así, con la buena fe y la esperanza de los adictos y leales. Para penitencia y escarmiento, viénese repitiendo este hecho: á vosotros toca el remediarlo.

En atencion á estas ligeras y sencillas consideraciones, paréceme sobrado natural concluir de aquí que los diputados que vengan han de ser hombres de arraigo en la isla, independientes por su posicion social, conocedores de los intereses que van á representar, españoles integérrimos, á ser posible no avezados á los dulzores del presupuesto y á los halagos del poder. Quien se halle adornado de tales cualidades, y una á ellas en íntimo consorcio buenas luces y natural discurso, no ha menester de profesiones de fe inmotivadas, ni de promesas irrealizables: este trabajo reservado está á hombres oscuros y completamente desconocidos y vanos.

Para defender los intereses de Cuba, ¿qué otra



cosa se necesita sino ser español? ¿es fuerza, acaso, acizañar los ánimos y llevar á ellos las discordias de la política, que tan funestos resultados vienen produciendo en la Península? En mi pobre opinion, fuera locura grande la de romper esa union, que tan fuerte nos hace en Cuba: la política, con sus múltiples divisiones y personalidades, tiende á ello en gran manera, y estamos en el caso de evitarlo.

En medio de las corrientes reformistas, ya te lo he dicho, deber nuestro es el de vigilar por la suerte de la patria. El camino de las reformas nos presenta dificultades y peligros que ponen en grave riesgo nuestra existencia si con mano firme y prudente no aplicamos aquellas medidas que la necesidad imperiosamente reclame, y que, brotando al calor del momento, procuren mantener incólume el principio español. Los pueblos, á semejanza de los individuos que nacen á la vida social y política, propenden, por natural instinto, á valerse de aquellos medios más ocasionados á ruina y hundimiento, y débese esto, en gran parte, al deseo, por demas legítimo, de elevar nuestra personalidad, realizando, en la medida que se nos señala, y en lo condicionado de la vida terrena, cuantos derechos constituyen, por decirlo así, el ideal político en la sociedad y en el individuo. Del uso que de ellos se haga resulta su engrandecimiento ó su mala fortuna, siendo de advertir que con sobrada frecuencia, como hijos de la pasion, y no del estudio, arrastran á la sociedad al abismo. Por eso, más que nunca, tratándose de nuestra querida Antilla, imagino que deben tenerse muy en cuenta su historia y las circunstancias por que hoy atraviesa, pidiendo al Go-



bierno Supremo, más que reformas políticas, reformas económicas, que tanta falta nos hacen; medidas administrativas que aminoren nuestros males y pongan remedio á los padecimientos que sufrimos. Y dicho esto, pudiera apuntarte algo que fuera concreto, y que te presentára, como en cifra y compendio, todo mi pensamiento : la cuestion azucarera, que tú conoces tan bien como yo, pudiera proporcionarme lo que necesito, lo mismo que la que se refiere á la instruccion pública cubana, acerca de la cual pudiera decirte algo, aunque no fuese más que por la parte que he tomado en ella; pero, haciendo caso omiso de esto, es mi intento que no olvides los inmensos beneficios que pudieran reportarse á la agricultura y á la industria tabaqueras con algunas leyes más expansivas, á fin de permitir ampliamente la concurrencia de nuestros tabacos en la Península, convirtiéndola de este modo en el mercado europeo de esta inmensa riqueza. No hace mucho que en el *Diario de la Marina* publiqué unos artículos acerca de esta materia. A ellos te remito.

Antes que á nuevas declamaciones políticas nos entreguemos, importa remediar el estado económico del país, encauzar y moralizar la Administracion, fomentar la riqueza, prestar medios para que el aumento de la raza blanca sea una garantía en lo futuro, reglamentar el trabajo, abrir anchas vías á la produccion, y levantar, en una palabra, el espíritu público, tan decaído y exánime por la desastrosa guerra que acaba de terminar felizmente el ilustre Martinez Campos. Esto es lo que importa en el principio : despues, la cuestion política.



Ya ves, mi querido amigo, ya ves que, pensando de este modo, no me hallo muy dispuesto á hilvanar una proclama de un partido que no tengo. Soy español á macha martillo; español rancio, si quieres; pero con esto me basta para resolver á mi modo las dificultades que se presenten en los negocios de Ultramar.

Si, como tú, esos buenos amigos de los pintorescos campos de la Vuelta de Abajo quieren confiarme su representacion, la acepto gustoso, creyéndome muy honrado con tal encargo. Sabes que no gusto de intrigas ni de imposiciones, y que repetidas veces te he dicho que todos deben manifestar su voluntad franca y resueltamente, por iniciativa propia, en uso de un derecho que no se les niega.

Esto es cuanto se me ocurre por hoy; sólo me resta añadir á lo que llevo escrito, que si estimáras pertinente la publicacion de esta carta, puedes hacerlo, contando con mi autorizacion, pues á ello y á mucho más le obligan de consuno el afecto y el cariño á tu amigo de siempre.

---







## UNA CUESTION ECONOMICA.







---

## UNA CUESTION ECONÓMICA.

---

### I.

Vienen de tiempos atras ocupándose los periódicos en cuestion de grandísima importancia para el porvenir de este pueblo, y aunque menudearon los razonamientos y diéronse uno y otro parecer, no pensamos sea en nosotros falta censurable consignar aquí el nuestro, si bien lo hagamos de carrera y no le concedamos el valor ni la fuerza que en los extraños reconocemos. Son, por su propia naturaleza, las cuestiones económicas de grandísimo y vital interes para todos, pues ellas igualmente tocan los más arduos problemas de la presente sociedad, y toman por base y fundamento el trabajo y le encaminan á la produccion de la riqueza, contribuyendo al desarrollo y desenvolvimiento de los pueblos. Es la que nos ocupa, con relacion al nuestro, de



vida ó muerte, y no creemos deba guardarse silencio cuando la necesidad aprieta y comenzamos á sentir por todas partes la miseria de nuestras clases trabajadoras, que trasciende á las demas por la trabazon, enlace y armonía en que se encuentran relacionados todos los elementos constitutivos de la vida moderna.

Casi única y exclusiva industria es la de la elaboracion del tabaco en nuestro suelo, y á ella deben su subsistencia y amparo esos obreros que al trabajo prestan desinteresado culto, contribuyendo, en la medida de sus fuerzas, al sostenimiento de las cargas públicas, y á esta industria se refiere la cuestion que nos ocupa. No sabemos si por efecto de las circunstancias políticas ó de la crisis económica que atravesamos, muchos trabajadores abandonaron esta Isla; pero es lo cierto que tal hicieron, aunque se ignore el motivo racional que á ello les condujo. Cosa muy puesta en razon sería que faltasen brazos á la industria, y que la marcha de aquellos trabajadores produjese un conflicto económico entre el capital y el trabajo; pero esto, léjos de ser así, vino á suceder que, siendo la demanda de trabajo superior á la oferta, unos y otros se colocaron en tristísima situacion, pues si el operario necesita del precio de su trabajo para atender á sus más imperiosas necesidades, el capital, no destinado á la produccion y alejado del comercio, no puede prestar provecho alguno á su poseedor. Es resultado de esto mismo que nuestras fábricas de tabacos no cuenten hoy con los antiguos pedidos, y que, faltando el trabajo, esos infelices obreros se entreguen á la vagancia, origen muchas veces



de otros males, á los que necesariamente tienen que conducirles la miseria y el abandono de sus familias.

Si fueran causa y razon de esta dolencia nuestros propios hechos, ó se pudiera atribuir á nuestro sistema arancelario, la dificultad sería pequeña, porque nosotros mismos, sin ajeno concurso, podríamos remediarlo, una vez conocido; pero, léjos de ser así, vemos, á poco que se profundice la cuestion, que el mal viene de fuera, que tiene su origen en una nacion extraña, que hasta ahora ha consumido las dos terceras partes de nuestro tabaco elaborado. Han acudido á ella muchos trabajadores alejados de esta Isla por causas muy diferentes, y ávidos de ganancias, desarrollaron una industria casi nueva (la de la elaboracion del tabaco), la que tal vez no hubiese cobrado incremento, á no haberla favorecido las circunstancias; pero que, una vez impulsada por aquéllos, ha merecido del Gobierno americano la proteccion necesaria para su desenvolvimiento y progreso, sin la competencia extranjera. Para protegerla se estableció una diferencia exorbitante entre los derechos de aduanas del producto en rama y elaborado, á fin de proporcionar á la industria nacional primeras materias al menor precio posible, y alejar la concurrencia extranjera, que no puede vencer un obstáculo legal de tanta importancia. Tal es la historia del desarrollo de esta parte de la industria en los Estados-Unidos, y de las causas de su influencia en la produccion de las fábricas de esta Isla. Como se ve, es un hecho muy reciente; pero no puede desconocerse, sin cerrar los ojos á la luz, que ha venido á trastornar



de un modo violento nuestra industria tabaquera, colocándola en situación tan difícil, que en mucho es parecida á los preludios de una ruina completa.

Empero, no es tan desesperada y mala la situación, que no pueda atajarse el mal, si á tiempo se acude con el remedio necesario, y por lo mismo conviene que, cuanto ántes, se resuelva esta cuestión, que, despues de todo, se nos presenta con bastante claridad. Si la elaboracion del tabaco, engrandecida en los Estados-Unidos por las causas que hemos indicado, se hubiera desenvuelto sencilla y naturalmente, sin rechazar la competencia extranjera, sin pretender un casi monopolio artificial, creado en una ley exageradamente protectora, entónces no tendríamos que lamentar mal alguno en esta Isla; pero como al hecho del desenvolvimiento de esa industria, de suyo muy importante, vino á unirse la ayuda y decidida proteccion del Gobierno, que, modificando el arancel, estableció un derecho de aduana fabuloso, sufrieron profundo trastorno las leyes económicas que presiden el desarrollo de las industrias de países que mantienen estrechas relaciones mercantiles, y hacen posible la existencia de cada una de ellas al lado ó en medio de las demas. Desde este momento la competencia se ha hecho imposible, porque no cabe luchar contra un monopolio tan absoluto, y de esto será consecuencia inmediata que el mercado tan vasto que esa nacion ántes nos ofrecia, quedará en breve término cerrado para nosotros.

Ahora bien : ¿se puede seguir así? ¿Debemos contemplar indiferentemente la causa de nuestra ruina sin cortarla de raíz? Indudablemente que no.



La pérdida que diariamente experimentan nuestras fábricas, los males palpables que nos rodean y acosan sin cesar, y el negro porvenir que presente tan triste nos deja entrever, piden un esfuerzo inmediato. Tenemos un gran ejemplo que imitar. Nuestros intereses en la cuestion que nos ocupa están en abierta oposicion con los del pueblo norte-americano, que en cuestiones económicas no ha sacrificado jamas, ni un ápice siquiera, la conveniencia nacional al interes de la libertad de comercio. El sistema constante é inalterable de este pueblo ha consistido en proteger sus industrias, rodearlas de todos los privilegios imaginables, y ponerlas al abrigo de toda competencia extranjera, creando trabas para las importaciones.

Y tan natural ha parecido á ese pueblo este sistema, que en las esferas del Gobierno y en las especulaciones de la ciencia económica ha sido unánimemente proclamado. No hay entre los economistas norte-americanos ni uno solo que haya pedido para su patria la libertad comercial, que Federico Bastiat, el campeon del libre-cambio, reclamaba para Francia : no tiene ese pueblo ni uno solo de sus escritores que haya buscado en la armonía y libre concurrencia de las producciones del mundo industrial el progreso y el bienestar de las industrias de su patria : tiene, por el contrario, un Carey y un Henry Clay, que proclaman principios encaminados á legitimar la constante aspiracion de un gobierno que borra toda dependencia industrial de su antigua señora la Inglaterra.

Y en presencia de este ejemplo, ¿no hemos de pensar nosotros en armonizar los intereses de nues-



tra industria con los principios económicos, ya que la vemos amenazada de muerte y no podemos ocultar el gran peligro que la espera en lo futuro? Los grandes capitales que hoy la componen sufrirán notables quebrantos, y aún los que logren salvarse se verán paralizados é improductivos por falta de industrias que ofrezcan rendimiento bastante, dada la situación por que esta Isla atraviesa. No compensará esto el pretendido desarrollo que se supone adquiriría entonces la agricultura, pues respecto á la producción del tabaco, es completamente ilusorio, porque tiene sus límites naturales, y aún contraproducente en el caso de que los fabricantes del extranjero vendrían seguramente á imponernos la ley, haciendo depender el precio del tabaco de sus pedidos, y lo que es más, correríamos el riesgo de que toda producción agrícola, sometida al mercado de otra nación, estuviese expuesta á los caprichos y veleidades de un gobierno extranjero, que con una subida de derechos en sus aduanas podría perjudicarnos grandemente. La independencia nacional nos aconseja, por lo mismo, seguir una marcha muy distinta de la actual, que si así no se hace, acaecerá más tarde ó más temprano esta desgracia, de la que surgirían otras muchas de igual importancia.

La rápida decadencia de una de las industrias que es hoy fuente principal de la riqueza de esta Isla, es posible que envuelva en su ruina á alguna otra, y seguro que hará languidecer á todas, sembrando la miseria por todos lados, y privando á la parte más considerable del pueblo de los medios de subsistencia. Porque los capitales, prevenidos á tiempo,



cambian de direccion, varian de lugar y reciben distintas aplicaciones; pero las aptitudes industriales no se cambian, no se varian en uno ni en muchos años, y deber es, por lo tanto, de todo buen gobierno proteger la industria nacional, para cuyo ejercicio ha recibido educacion la clase trabajadora, haciendo de él su aptitud industrial y su manera de vivir y de realizar los fines de la vida toda.

Estas ligeras observaciones que dejamos apuntadas, se nos ocurrieron al tener noticia de una exposicion que tratan de elevar á Madrid algunos individuos pertenecientes al ramo del tabaco, pidiendo se ponga razonable terminacion al presente estado de cosas; y como la cuestion es importante, y á todos nos toca de cerca, prometemos estudiarla atentamente en un próximo artículo, ya que en su solucion se encuentren interesadas tan directamente las clases productoras del país.



## II.

De un lado, la mucha importancia que alcanza en la actualidad la cuestion relativa á la decadencia de la industria tabaquera, y de otro, el deseo siempre natural y legítimo, cuando de intereses nacionales se trata, de emitir nuestro leal parecer sobre los distintos medios propuestos para remediar los males del presente y atajar los de lo futuro, á prometer nos obligaron al curioso lector ocuparnos detenidamente en esta cuestion. Tenemos á la vista la respetuosa y bien razonada solicitud dirigida al Gobierno general de esta Isla por el gremio de fabricantes de tabacos, y tambien varios de los artículos que en diversos periódicos se han publicado por los que, directamente interesados en el bienestar y progreso de esta provincia, estudian la cuestion y piden el planteamiento de muy variadas medidas á fin conjurar la presente crisis. Ancho y extenso campo es el que ofrece á la crítica de aquellos que, no considerando las afflictivas circunstan-



cias por que un pueblo atraviesa, y las causas que determinan los males cuyo remedio se busca en extraordinaria medida, juzgan de las cuestiones económicas de más importancia desde la serena región de las ideas, y las miran á la luz de deslumbradoras teorías; pero nada habrá más injusto que atribuir egoísta intención, contraria al verdadero interes de la patria, á los que con deseo puro, y ganosos de buen acierto, se han ocupado en esta cuestion. Las peticiones elevadas á nuestro Gobierno son un hecho natural, un acto de legítima defensa, motivado por otro antieconómico de un país extraño, que en esta ocasion no se curó de lo que bien puede llamarse el derecho adquirido de concurrir á un vasto mercado, sin más trabas que aquellas que la naturaleza de las relaciones mercantiles de ambas naciones tenía impuestas de antiguo. Para los que miran las peticiones de nuestros fabricantes de otra manera, y sobre todo para *El Herald* de New-York, que, con su habitual intencion, no muy cristiana por cierto, atribuye al Casino Español de la Habana el propósito de acabar con las fábricas de tabacos de los Estados-Unidos, tenemos la historia de las reformas arancelarias, y la práctica económica de todos los pueblos, que prueban claramente que, á lo ménos por esta vez, están nuestros deseos, intereses y peticiones en mejor acuerdo con los principios de libertad comercial, que los de esa nacion, tan preconizadora de ellos.

Si decayese la industria tabaquera en esta Isla por causas naturales, nada tendríamos que decir, ni habria para qué pensar en remedios contra lo que, de un modo fatal y necesario, más tarde ó más tem-



prano, se nos impondría; pero conocedores somos de que la causa es artificial, y de que deriva su origen del hecho arbitrario de un Gobierno que, con una imprevista subida en los derechos del arancel, pensó proteger una industria, nacida por su propio impulso, y que sin necesidad de protección se desarrollaba, y esto mismo nos conduce á buscar la compensación debida, á fin de evitar la ruina de nuestra industria nacional. Horrible y por demás absurdo es el contraste que aquí se ofrece entre lo acontecido en los Estados-Unidos y lo que viene sucediendo en los demás pueblos, aún en aquellos que por su atraso y escasa civilización parecen llamados á desatender las leyes económicas. Obedeciendo á las corrientes de las ideas modernas, todos los gobiernos, absolutamente todos, contrariando las reclamaciones de los pueblos, aspiran á quitar las trabas que dificultan el comercio, y vienen de tiempo atrás realizando periódicas rebajas en los aranceles, lo cual equivale á abrir ancho camino á las producciones extranjeras, y establecer la armonía necesaria entre el bienestar nacional y el de la humanidad. Tal es el sistema que por encima de las exageraciones de la política ha prevalecido desde que las doctrinas de la escuela fisiocrática abatieron las de la balanza de comercio, y tal es también la máxima principal de política económica de todo buen gobierno. De este modo, las naciones han venido á unirse por medio de tratados de comercio, en los cuales se hacen recíprocas y beneficiosas concesiones para las industrias nacionales y para la competencia extranjera, que, después de todo, en las naciones como en los individuos, fuente



inagotable es de estímulo y progreso. De esta manera tambien paso á paso se va borrando el antiguo sistema colonial, que es reemplazado por restricciones que diariamente disminuyen.

Ahora bien: si ésta es la conducta de todos los pueblos y gobiernos, que en aras de la libertad comercial sacrifican algo de su particular conveniencia, lastimando siempre los derechos adquiridos por grandes industrias nacidas y alimentadas á la sombra de antiguos privilegios, ¿qué censura, qué reprobacion no merece el proceder del Gobierno americano, que piensa en proteger una industria á costa de la de una nacion amiga, rodeándola de privilegios, y concediéndole un monopolio que no necesitó para crecer y desarrollarse? Se comprenden las prohibiciones y restricciones encaminadas á sostener las industrias nacionales que no puedan resistir la competencia extranjera; la imposibilidad de cambiar, en un momento dado, la direccion y empleo de los capitales, y las aptitudes industriales de una nacion lo exige á veces, y la ciencia lo declara como justo y necesario; pero lo que no cabe comprender es que deba protegerse la industria que nace y se desarrolla por el impulso de las necesidades privadas, y ménos aún que sea necesario rodearla de privilegios y concederla un monopolio invencible. Esta proteccion tan oficiosa é injustificada no se explica sin deliberado propósito de causar la ruina de otra industria de un país amigo, para conseguir un exclusivismo vituperable, y excusado es decir que no el ódio y la prevencion injustificada son los principios que deben animar las relaciones de los pueblos cultos. Reinan, por for-



tuna, principios más conformes con el interes de la humanidad, proclamados por la ciencia, y reconocidos en la Historia, que todo gobierno debe respetar. La proteccion no reconoce hoy dia más fundamento que la necesidad de amparar y sostener la industria nacional; conseguido esto, debe contenerse dentro de su límite, pues es injusta en lo que exceda; y si se censura á los pueblos que de antiguo la sostienen, negándose á entrar en el concierto universal del trabajo, se condenará con más razon á los que la establecen ahora, sin reclamarla verdaderas y legítimas necesidades. Ademias, las restricciones exageradas, impuestas á la competencia extranjera, equivalen, como dice Bastiat, á una prohibicion; y sabido es que ésta, en tanto no la motive y legitime una razon superior á las miras egoistas de unos cuantos industriales, no es posible en ningun pueblo, despues que las naves inglesas surcaron el Paraná, y las murallas del Celeste Imperio cedieron al influjo de la Europa.

Es, pues, la situacion violenta en que nos encontramos obra exclusiva de las medidas arbitrarias y de todo punto injustas adoptadas por el Gobierno americano, y no cabe que las leyes económicas, por su solo influjo, basten á sostener nuestra industria tabaquera: se necesitan medios extraordinarios é inmediatos en razon de la proximidad del peligro, y esto es lo que se pide por todos, y sobre todo por los síndicos del gremio de fabricantes de tabacos; peticiones que son muy distintas de las que para crear esta triste situacion hicieron al Gobierno de los Estados-Unidos los fabricantes allí establecidos, ó las que, elevadas al Gobierno frances por los



comerciantes de Burdeos, Lyon y el Havre, merecieron tan acerbas censuras de Bastiat y otros economistas de su escuela. Las miras egoistas y lo absurdo de las teorías de Saint Crick y otros, lo hemos dicho ya, no están, por esta vez al ménos, de nuestra parte, sino de la contraria.

La dificultad principal en cuanto á los medios que para conjurar el mal han propuesto algunos colegas no consiste ó no estriba en la naturaleza de éstos, sino en los defectos, vicios y errores de nuestro arancel, y en la posibilidad de plantear de un solo golpe sistemas que contradicen abiertamente lo existente; así lo han reconocido los fabricantes en la exposicion elevada al Gobierno, y tambien los periódicos que sobre esta cuestion han hablado, ofreciendo á la discusion sus opiniones y pareceres, sin presentar soluciones terminantes. Declarar de cabotaje el comercio del tabaco entre la madre patria y esta rica provincia sería beneficioso en alto grado para los intereses nacionales, y favoreceria el desarrollo de la industria, haciendo de nuestra nacion el mercado de toda Europa; pero es un paso en el camino de las reformas económicas, que no es posible dar sin la preparacion debida, á fin de que el Tesoro de la metrópoli no se vea privado del ingreso fiscal que hoy le asegura la renta del tabaco, y por esto no se pide desde luego su planteamiento, sino que solamente se aspira á que nuestra celosa autoridad recomiende al Gobierno de la nacion una reforma tan importante. Otro tanto sucede respecto á la celebracion de un tratado de comercio con los Estados-Unidos, que nos ponga á salvo de arbitrariedades y verdaderas tropelías co-



mo las que hoy lamentamos, si bien es cierto que lo segundo es para nosotros más fácil que lo primero, y puede servir para normalizar nuestras relaciones mercantiles con esa nacion vecina, cuyos intereses no están en la armonía que fuera de desear con los nuestros. Lo que desde luégo puede llevarse á cabo, y es verdaderamente urgente, y áun de seguro resultado, son los otros medios que los fabricantes, de acuerdo con las respectivas indicaciones de la prensa, proponen en su instancia: Que por nuestro representante en Washington se establezcan las reclamaciones necesarias para que aquel Gobierno ponga algo de su parte con el objeto de evitar que las falsificaciones de las marcas, sellos y etiquetas de nuestras fábricas no sean moneda corriente y de todos los dias, cosa es que ya ántes de ahora debió hacerse, y que no encierra novedad alguna, aunque sí mucha justicia, la peticion que en este sentido se hace con propósito de aminorar un abuso tan escandaloso como perjudicial para nuestra industria.

Por otro lado, como en nuestro arancel se incurre en el absurdo económico de exigir mayores derechos de exportacion al tabaco elaborado que al que en rama se exporta para servir de primeras materias á la industria extranjera, parece lógico y natural que se abogue por los principios contrarios, que son los únicos conformes con nuestros intereses, y se pida un recargo para la exportacion en rama, que sea bastante á compensar á los fabricantes del fuerte derecho de importacion que para entrar en los mercados norte-americanos han de satisfacer, y sea así posible su concurrencia á ellos. Datos



estadísticos precisos y cálculos matemáticos ofrece á nuestra digna autoridad la instancia que tenemos á la vista, y de ellos resulta comprobada la necesidad de adoptar esta medida, que redundará en beneficio de todos.

Una de las medidas que desde luego se alcanza á la razón de todos es la de establecer un recargo de derecho á cualquiera de los productos que de la vecina república se importan; pero este medio nos colocaría en la situación en que se encuentran hoy los Estados-Unidos, los cuales indudablemente establecerían las relaciones que hacemos, fundados en el propio derecho que nos asiste. En el mismo caso se encuentra el complicado sistema expuesto por *El Cronista* de Nueva-York en su número correspondiente al 22 del mes pasado; pues aún cuando es muy verdad que del modo que indica se evitan todos los fraudes y engaños que suelen dar en tierra con el crédito universal del privilegiado tabaco de Vuelta de Abajo, y se hace posible el planteamiento de un recargo de derechos de exportación que asegure á nuestros fabricantes ventajosa entrada en todos los mercados del mundo, é ilusorios los obstáculos que se les opongan, resulta, sin embargo, que la reglamentación excesiva que requiere, y las muchas trabas que para las transacciones mercantiles se establecen, lo hacen impracticable.

Nada más diremos ya sobre esta cuestión, que examinamos con la ligereza propia de nuestros conocimientos; por todos los que tienen en ella algún interés, y no miran con desden el malestar de las clases trabajadoras, se han indicado los males que nos amenazan, y propuesto los medios más adecua-



dos para evitarlos. Del Gobierno pende hoy su solución, y por lo tanto, sólo nos queda esperar que sea inspirada en el bien y en la prosperidad de esta provincia, y derechamente conducida á remediar la lamentable situación en que nos encontramos.



UNA POLÉMICA.







---

## UNA POLÉMICA.

---

### I.

¡ Malhaya, amén, la fortuna, que me coloca en tal aprieto ! ¿ Por qué tan cruel conmigo ? ¿ Pudo ofenderla un desgraciado ?

En puridad de verdad le digo, amigo Abderrahman, que en este momento desearia ser otro muy distinto del que soy; no quisiera llamarme Averroes, ni haber merecido que algunos me apellidasen el Comentador, por no sé qué obrejas que escribí acerca del Stagirita. Recuerdo con pesar aquella retractacion que me vi precisado á hacer en el umbral de la gran mezquita, sufriendo, con verdadera resignacion, que me escupiesen en el rostro todos los que en ella entraban; humillacion á que me obligó la voluntad del sultan de Marruecos, que, poco conocedor de la ciencia filosófica,



no juzgó bien de mis doctrinas, creyéndolas heterodoxas y heréticas.

¡Ay! ¡Cuánto mejor no hubiera hecho en darme la muerte ó en aplaudir mis obras! El aplauso de un necio tal vez hubiera alejado de mí la decidida afición que tengo á filosofar, y hoy sería un hombre de provecho, un banquero, pongo por caso, ricamente aderezado, con millones que derrochar y pocos deseos que cumplir. Pero la fortuna es sorda, como dicen en *Campanone*, y aquí me tiene usted, que sigo tan pobreton y tan mal ataviado, que da pena y compasión el verme.

En cambio, he aprendido algo de lo que se llama *saber vivir*, y hasta las más de las veces me olvido del Corán—perdóneme Allah—y echo mis tragos de buen vino, y hago versos á una cristiana muy retrechera, hablo mal de todas las cómicas y reniego de Aristóteles. Ya ve V., amigo *Abderrahman*, que la cosa marcha, y que este Averroes de hoy no es aquel profesor de la celebrada escuela de Córdoba, que pasaba los días en mil investigaciones filosóficas, á cual más inútil; porque, eso sí, la filosofía es una de las *cosas* más inútiles que conozco.

Y si no estuviera convencido de lo que le digo, sobrada razón hallaría para convencerme en su artículo del domingo. ¡Con qué verdad se burla usted de la *Filosofía alemana*! ¡Cuánta razón le asiste al juzgarla *deleznable* y *quimérica*, como si dijéramos maridaje de palabras sin sustancia, que en esto último se parece al célebre caldo que le presentaban á nuestro buen D. Francisco de Quevedo!



A tener la magia de estilo que avaloran sus artículos de V., le escribiría una carta felicitándole por sus ideas y diciéndome suyo con alma, vida y corazón; pero..... ¿qué quiere V., amigo Abderrahman?..... en materia de estilo soy, como ciertos periodistas de la Habana, cero á la izquierda, y suelo pegarle cada *apabullo* á la gramática, que es un alabar y bendecir á Dios.

Decidido estaba á hacer caso omiso de tan fundado temor, y ya me disponía á felicitar á V., pluma en ristre, cuando, por arte de birli-birloque, llegóse adonde estaba yo un cristiano de nacimiento, mozo muy ladino y descontentadizo, con más trastienda y recámara que ningun otro; y rompiendo con entrambas manos mi carta, torció el hilo de mi discurso, con mil razonamientos á cual más intrincado, dando al traste con mi felicitación. Decíame, en primer lugar, este hijo de su padre, que la tal *Filosofía alemana* es una á la manera de panacea universal, que todo lo cura y remedia; uno de esos portentosos partos de la inteligencia humana; el *non plus ultra*, como V. dijo, de todas las filosofías.

Amostacéme al oír semejante desatino, y ganoso de poner la verdad en su punto, no pude ménos de interrumpirle, á fin de que me explicára, si podía hacerlo, lo que él entendía por *Filosofía alemana*, pues, en mi sentir, en la patria de los filósofos y soñadores hay muchas y muy opuestas escuelas filosóficas, y muy difícil habría de serle encerrarlas á todas ellas, sin que riñesen juntas, en arca de siete llaves, como Descartes quería encerrar á la fe, poniéndole despues, á guisa de letrero ó mues-



tra: *Filosofía alemana*. ¿Cree V. que se desconcertó al oír esto? Pues no, señor, ¡qué había de desconcertarse! ¡no faltaba otra cosa! Con viveza de imaginación, y argumentándome sofisticamente, me dijo que sí, que me sobraba razón; pero que él empleaba esa frase, porque había querido adivinar que V. se dirigía á una de esas escuelas, tomando el todo por *la parte*, figura retórica asaz admitida.

Sorprendido me quedé al oírle hablar; y si le dijera que me dejó con tamaña boca abierta, no le diría más que la verdad; pero él, terne que terne en echarle el muerto, continuó en su desacertada tarea, añadiendo que en su bizarro artículo veía un literato, no un filósofo, y que no le apurase la paciencia con mis dimes y dirétes, pues á seguir molestandole, habría de contestarme que notaba en usted una falta de lógica—con *g*—en grado superlativo, que no de otra manera se explicaba que un hombre de su talla se atreviera á decir que la filosofía..... alemana es incomprensible, deleznable y quimérica, sólo porque no la ha comprendido. *Ignoti nulla cupido*.

Al llegar aquí, perdone V. que se lo diga, estuve á punto de desmayarme; pero no lo hice por causas ajenas á mi voluntad, y preferí replicarle nuevamente, con más entusiasmo que ántes, sobre aquello de *panentheismo* y *panarmonía*, tratando de hacerle ver que esos *panes* son verdaderamente incomprensibles, y lo que es más aún, algo indigestos. ¿Sabe V. lo que me dijo?..... Me dijo que todo eso era de la más fácil digestion, asegurándome que eran palabras usadas en el sistema krau-



sista, todas ellas ménos difíciles de entender que las empleadas por los escolásticos, y que, á entrar en ese terreno, tendríamos que condenar toda filosofía.

Dicho esto, á modo de despedida, me citó la siguiente carta, que escribió el P. Isla en una de sus obras, *Historia del famoso predicador Fray Gerundio de Campazas*, tomo 1, página 291, digna de ser copiada aquí, por lo curiosa y por lo bien escrita.

Dice así: «Madre y señoría mia, es cierto que *signate* no decia á vmd. que estaba bueno, pero *exercite*, ya se lo decia. Ahora pongo en noticia de vmd. como estoy explicando á mis discípulos la *trascendencia* ó la *intrascendencia del ente*; yo llevo la *analogía*, y niego la *trascendencia*. A mi hermana Rosa dirá vmd. que me alegro mucho lo pase bien, así *ut quo* como *ut quod*, y que en cuanto á las calcetas con que me regala, la materia *ex qua* me pareció un poco gorda; pero la *forma artificial* viene con todos sus *constitutivos*. De las cuatro libras de chocolate que vmd. me envia, diré *in re veritatis* lo que me parece: las *cualidades intrínsecas* son buenas, pero las *accidentales* le echaron á perder, por haber estado aplicado más tiempo del conveniente á la *naturaleza ígnea*, mediante la *virtud combustiva*. B. S. M. de vmd. su hijo *inadæquate et partialiter* y su capellan *totaliter et adæquate*.—Fray Toribio, letor de artes.»

¿Qué quiere V. que le diga, amigo Abderrahman?..... Las palabras del cristiano pusieron en conmocion todo mi cuerpo, me abrieron las carnes, crisparon mis nervios, erizaron mi cabello, me



asustaron, me aplastaron, y..... me abrieron el apetito.

Yo necesito del auxilio de V.; necesito que le conteste á ese deslenguado, á ese parlanchin de siete suelas, que se atrevió á decir tales cosas; necesito todo eso para tranquilizar mi espíritu y disipar las dudas de su afectísimo—AVERROES.



## II.

No diré á V., amigo Abderrahman, que con el más vivo interes me he echado al colete su sabrosa epístola, pero sí con el deseo de saber lo que en ella me decia; pues su tardanza aumentaba mis dudas y recelos, y me encontraba ya como perro con pulgas, no imaginando, en medio de mi natural rustiquez, una tan razonada respuesta que dar al cristiano de marras. Pero Zamora no se ganó en una hora, y nunca es tarde si la dicha es buena; que así me lo enseñaron en mi mocedad, y yo soy amigo de refranes y consejas, porque veo, con claridad suma, en los primeros la filosofía popular en su mas inmediata manifestacion, y hasta me atreveria á decir á V. que tambien notaba en ellas un no sé qué de positivismo, si la palabreja no me pareciese cursi y no temiera que alguno me tomase por gacetillero ó cosa peor.

No irá mi carta tan bien hilada ni tan derechamente al asunto de que tratamos como la de usted; pero esto no es culpa mia, porque yo—y no lo crea V. achaque de modestia—carezco de ingenio y gracia, y á menudo me acontece que,



cuando quiero hacer reir, á vuelta de mil chistes y retruécanos, á cual más rebuscado, sólo consigo derrame algunas lágrimas moza sentimental y mal hallada con la prosa de la vida; los cuales lagrimones, atendiendo á quién los derrama, más que de mujer, se me antojan lágrimas de cocodrilo, ó bien que ria á mandíbula batiente, cuando

«en el tono más alto del lirismo»

me propongo excitar las fibras de su corazón, conmover su ánimo y anublar sus ojos con el llanto. Por esta razón, ruego á V., amigo Abderrahman, no juzgue mala voluntad lo que es obra de buen deseo, ni lleve á mal que sienta comezon de contarle algunas cosas al oído, á fin de que nadie las oiga; pues le prometo no volver á las andadas, olvidando lo pasado, no por miedo, que nunca fui medroso, y si es V. fuerte y bizarro paladin, están de mi parte la razón y la verdad, y con tales armas, por muy poco que valga mi brazo, habria de alcanzar victoria, sino porque los lectores de *El Moro Muza*, faltos de paciencia y no sobrados de bondad, renegarán de Krause al ver que le ha salido defensor tan pobre de inteligencia y de tan pecaminoso estilo.

Pero vamos á cuentas.

Comienza V. su carta dando rienda suelta á sus bélicos arranques é instintos guerreros, y al recuerdo de su homónimo Abderrahman I, arremete con furia al cristiano, haciéndome de paso una caricia que, involuntariamente, me trajo á la memoria las que, en remota fecha nunca olvidada, me hacía mi suegra, que—aquí para *inter nos*, y sin ánimo de



ofender á las madres que tienen hijas, como diria *Mohamed*—era, en su género, de lo más recomendable y gracioso que puede darse y hasta un si es ó no bonachona; aunque, á decir verdad, de vez en cuando descubria ciertas felinas manifestaciones, que me volvian á la realidad gatuna, mostrándome con toda su desnudez, no la cara que pondrá V. al recibir la sombría visita de sus acreedores, sino el rostro *mefistofélico* y repulsivo de la mujer que, por mis yerros y pecados y para su penitencia y expurgacion, me llamaba yerno!.....

Deber mio es confesar á V., amigo Abderrahman, que en achaques de filosofía, ya que tanto me recomienda y pide con apremiante necesidad dé algunas públicas lecciones, no es el maestro quien forma los verdaderos amantes de la sabiduría, sino el propio discurso y trabajo individual, *intransferrible*, digámoslo así, de quien, solícito y afanoso, indaga y busca la verdad en el exámen minucioso y lento de las obras del ingenio humano, valiéndose al mismo tiempo de la propia observacion, y formándose cabal idea de su contenido; porque todo lo que no sea hijo de nuestra razon y no esté fundado en la sólida base de la experiencia es puro fantasear del espíritu ó aparatoso juego de palabras.

Por otra parte, ninguno, incluso V., ménos á propósito que yo para la enseñanza, porque nada sé, y mal puede enseñar algo aquel que todo lo ignora. En esta razon fundado, no fué mi intento entablar con V. acalorada disputa sobre esta ú otra escuela filosófica, ni ménos defender de toda culpa y pecado al desventurado Krause, que, falible,



como las filosofías de V., figúrome que tuvo sus flaquezas y no dejó de cometer errores, pues simple mortal era, y *errare humanum est*.

Lo que me proponía con mi anterior epístola, y si no lo conseguí, culpa fué de mi rustiquez, no de mi deseo, era demostrar á V. que el no entender un sistema filosófico, quizás por mala preparacion de espíritu ú otra causa, no podia darnos en manera alguna motivo ni razon para renegar de su estudio, ni para lanzar homérica carcajada por que el autor, no hallando mejor salida, introdujera en nuestra lengua palabras que lo son de otra, como *panentheismo*, *schema*, etc. Decíale por eso, que en su bizarro artículo notaba gran falta de lógica—con g—añadiendo á renglon seguido que no de otra suerte me explicaba que un hombre de su talla se atreviera á decir tales lindezas de cosa que, segun propia confesion, no habia entendido. Medite, pues, y estudie, que, al fin, verá cómo tropieza con el fundamento de mi acusacion; por lo cual, y en vista del sambenito que trata de ponerme, pagándole en igual moneda, me permitiré decirle que, andando el tiempo, si todo cambia y las cosas se vuelven al revés, será V. considerado, en las futuras edades, por el hombre de lógica más precisa y contundente, ya que hoy los ignorantones como yo juzgan su lógica sobradamente *pentacróstica*, que es punto más que *contrahecha*.

Y ahora voy á responder á otro cargo que usted me hace.

Una de las causas que motivaron su enfado y disgusto, haciéndole tronar contra la filosófica *Sibila* de la soñadora Alemania, era su lenguaje amane-



rado y confuso, con sus ribetes de enigmático y misterioso; y citaba, si mal no recuerdo, dos ó tres voces griegas, puestas á la moda por su desdeñosa dama.—¿Qué hice yo entónces?..... ¡Ay, desgraciado de mí, quién me lo hubiera dicho! ¿Tan mal le pareció, amigo Abderrahman, la carta del P. Isla? Imaginaba yo que, puesta en aquel lugar, como su autor se burlaba de los escolásticos, y daba tremenda prueba de su lenguaje artificioso y oscuro, me habria de venir á pedir de boca, y como pedrada en ojo de boticario, para hacerle ver que, no sólo los krausistas pecaban en materia de estilo, sino que tambien los escolásticos, y, en punto general, todos los filósofos pagaban escote y fiel tributo á la mala costumbre, que yo, para mi desgracia, comunmente sigo, de escribir atropelladamente, dando al olvido las más sencillas reglas de la gramática.

Muy léjos estaba de creer que V. tomára por lo serio la referida carta gerundiana, y más distante aún de pensar que el P. Isla perteneciese al ejército escolástico; y á serle franco, confesaré á V. que jamas habia caído en la cuenta de que fuese escolástico quien tan gallardamente se burla de ellos; pero..... ¡ahí verá V.!.... Bien dicen los que dicen que todos los dias se ha de aprender algo nuevo.

Y no paran aquí sus enseñanzas, amigo Abderahman; que al nombrarme la filosofía agustina entre los libros más conocidos de los rancios escolásticos, subió de punto mi asombro y quedé estupefacto, como quien ve visiones ó sueña despierto; pues sabiendo que brilló San Agustin en el siglo v y fué toda su vida furibundo platónico, no me daba



maña ni atinaba á comprender cómo V. le llamaba escolástico; ó de otra manera, cómo hasta la provechosa y sábia revelacion por V. hecha, yo, que formo parte del vulgo, habia leído y escuchado precisamente todo lo contrario.

Por la memoria del santo varon, y para acallar escrúpulos de conciencia, voy á contestar, si bien ligeramente, porque esta carta se va haciendo interminable, á cierto párrafo asaz rimbombante que dedica V. á la razon. ¿Salimos ahora con ésas?..... ¿Con que, V. dice que la razon es infalible y omnipotente en la tierra?..... Pues, hombre, mire V., francamente hablando, no hacía yo á esa señora infalible y omnipotente en la tierra ni en ningun otro elemento. Sí la concedia alto y merecido empleo en materia filosófica, pues, como dijo otro santo, la filosofía «es el conocimiento de las cosas todas por sus causas, en cuanto el hombre puede conseguirlo por medio de la luz natural», y claro está que esta luz es la de la razon humana, que, mal dirigida y peor gobernada, puede conducirnos al error, de igual manera que un desmedido celo religioso y un misticismo ridículo y extravagante llevan al piadoso mortal que en ellos fia, al más lamentable de los errores, á la intolerancia de que algunos alardean, quizá por mala voluntad ó pobreza de espíritu.

Y punto final!

De todo propósito no he querido hablar de Sanz del Rio, porque ya lo hace V. sobradamente. Todos reconocen que fué éste, sabio, filósofo, hombre virtuoso y constante, y fino adorador de la verdad, como al mismo tiempo reconocen todos que «su estilo, poco castizo y hartó erizado de fórmulas»,



deja bastante que desear. Su *Analítica*, que usted nombra de carrera, no es obra acabada y cumplida; es un itinerario frio y descarnado, que á no ser por las repetidas instancias de discípulos muy queridos, y con el solo objeto de que ellos se aprovechasen de esos apuntes en sus esotéricas lecciones, no hubiera publicado nunca tan ilustre maestro.

Como V. se las echa de generoso y magnánimo, quiero, para fin y postre de esta carta, imitar su buen ejemplo, y así, paso por que Sanz del Rio, Giner y Salmeron no sepan escribir correctamente el castellano, lo cual no es cierto; pero..... ¿sería eso bastante á forzar mi razon y obligarme á decir que Krause es oscuro y poco comprensible en su lenguaje?..... ¿Qué culpa cabe al filósofo aleman, si los que escriben mal son sus traductores y comentaristas españoles? ¡Ay! si no fuera porque quiero ser magnánimo y generoso, habria de confesarle que en todo eso reconozco lo pentacróstico de su lógica; mas ya solté la prenda, y callo para siempre.

Basta de polémica y de filosofía moruna, que ya renegarán de ella los numerosos lectores del agarenense semanario, y esta nuestra disputa de ningun provecho sirve á la ciencia, ni puede inspirar tampoco mayor interes á nadie; dóyla, por mi parte, por terminada; mas no por eso vaya V. á figurarse que tambien concluye ó termina la amistad que le profesa su afectísimo—AVERROES.



## III.

No por mero capricho ó románticas aficiones me quejaba de mi suerte, señor *Abderrahman*, pues hame dado á conocer su postrera carta lo pobre y menguado de mi condicion. Es ésta tan mala, que, por más empeño que puse al escribir á V., no pude hacerlo con la claridad y sencillez apetecidas, saliéndome, como vulgarmente se dice, el tiro por la culata. Si he de ser franco, confesaré á V. que estoy desazonado por tan chapucero desempeño, hasta tal punto, que mi pícara honrilla, ó dígase vanidad, me impulsa, contra todo propósito, á escribirle de nuevo, á fin de aclarar, si me es posible, el asunto de que tratamos para precaver torcidas interpretaciones de gentes no bien intencionadas.

Y haré gracia á los lectores de este semanario de retóricos afeites, pues no quiero, imitando el ejemplo de algun otro, cubrir con vana palabrería la falta de erudicion; y así, pasó á exponer brevemente todo lo que dejé sentado en mis dos últimas cartas:

1.º Que no fué intento mio defender á Krause ni á ningun otro filósofo—místico, cartesiano, tradicionalista, etc.,—pues ellos no han menester de-



fensa de tan indocta pluma contra los ataques de usted.—Sólo traté de probarle, y así lo hice, aunque con malísimo arte, según presumo, que no era razón bastante el no entender un sistema filosófico para condenarle; que otras cosas habrá también que ni V. ni yo comprendemos, y que no por eso dejan de ser buenas y excelentes, y mal pude oponer mis doctrinas á las de V., porque, hablando francamente, no creo que ninguno de los dos nos permitamos el lujo de tener escuela propia.

2.º Que San Agustín fué platónico, y no escolástico ni místico, como se desprende de su carta, y que no me doy maña, ni atino á explicarme la congruidad de estos tres sistemas, sin remitir, á quien le necesite, un Manual de historia de la filosofía.

3.º Que yo no creí inventar nada, ni recomendar á V. cosa nueva, nacida de mi discurso, al asegurarle que el maestro no podía formar los verdaderos amantes de la sabiduría, y que, para ser filósofo, más que de otro medio, tiene que valerse cada hijo de vecino de su luz natural y propia razón. Ciertó será, ya que V. lo asegura, que D. Eugenio de Ochoa hizo ántes que yo esta observación; pero no es ménos cierto que cualquier nacido pudo exponer fácilmente esta verdad, más antigua que el andar á pié y más grande que una montaña.

4.º Que la escuela krausista no ha introducido en nuestro patrio idioma, esos *germanismos* que le encocoran y disgustan; pues las voces que cita (*panentheismo*, *schema*, *esencia*, etc.), son griegas y latinas, no alemanas, como V. finge creer; siendo usadas y admitidas muchas de ellas por todos los que en filosóficos achaques se ocupan.



5.º Que la razon, tal como V. la explica, es falible aquí y en todo lugar, porque, si admitiera más sus ideas, obligados estaríamos á creer en una razon superior que decidiera cuándo y por qué la de los tristes mortales habia incurrido en error; y esto es sobradamente *pentacróstico*.

Y 6.º Que tendré sumo placer en acudir á la cita que V. me da, no por gustar del germánico brevaje que me prepara, sino por estrechar sus cinco, y repetirme, como lo hago ahora, muy suyo de corazon.—AVERROES.

(*El Moro Muza.*)



NOVEDADES..... NUEVAS.







---

## NOVEDADES..... NUEVAS.

---

(ESTILO Á LA MODA.)

---

Por fin, llegó el momento, que todo llega en este mundo, y las puertas se abrieron, y brilló el gas por su..... presencia, y se reunieron los *bohémios*, y..... allí fué Troya.

A mí me dispararon un discurso, ó cosa así, no sé cómo ni cuándo; pero..... ¡ca!..... No puede ser..... Ese discurso no pudo haberse pronunciado sino allí; sí, señores, allí.

¿Dónde es allí?..... Ya lo verán ustedes.

¡Qué lujo de palabras el del tal discurso! Mentira parece que se permita alguno ese despilfarro, cuando todos aseguran que estamos..... como tres en un zapato.

Comienza el *preopinante*, como decia el otro, con una clasificacion de las ciencias, que da el opio.



Es decir, el opio precisamente, no; pero produce los mismos efectos.

¡Qué gravedad!..... ¡qué elevacion de miras!..... y sobre todo, ¡qué apóstrofes!.....

¡Vamos, si cuando les digo á VV. que es cosa de desmayarse!..... ¿Me querrán VV. creer?.....

La imaginacion sigue constituyendo la mitad más hermosa del entendimiento humano; y esto, aunque me tiene sin cuidado, francamente, no lo comprendo.

La Universidad, con sus claustros desiertos, abatida y postrada, está como diciendo al honrado padre de familia :

«Aquí de ciencia y saber  
Sólo nos queda el recuerdo;  
Si te he visto, no me acuerdo;  
Memorias á tu mujer.»

La Academia de Ciencias Médicas, anémica; sí, señores, *anémica*, y esto me parece muy fuerte.

En fin, lo único que está flamante, nuevecito, es..... la Asociacion de *bohemos*.

Y ¿por qué?..... ¡Ah! porque en esta desgraciada provincia no ha habido poetas, y..... ¡vean VV. lo que son las cosas!..... como no conociamos esa «planta maldita con frutos de bendicion»; no hay nada como ser *bohemo* para estar flamante.

Respiremos.

Hay quien asegura, como en una conocida zarzuela, que no es todo verdad; quien dice que aquí ha habido poetas y muy notables, que han merecido aplausos de Lista, Quintana, Villergas y algunos críticos extranjeros; pero..... ¡bah!..... lo que es á



mí, despues de haber leído ese discurso, no me convence ni una ametralladora.

¿Qué hizo Heredia?..... ¿Cantar con brillante estro la catarata del Niágara?..... ¿Si por acaso hubiera escrito algun drama original!..... Ya ven VV. que fué un zascandil.

¿Y la Avellaneda?

Compuso muy buenos versos, ¿eh? Pues me alegro infinito; pero, á pesar de alegrarme y á pesar de sus magníficos dramas, ¿qué fué la Avellaneda?.....

Casi estoy por creer que no remendaba la ropa de su marido.

Es preciso desengañarse; aquí no ha habido poetas; no, señores, no los ha habido. El tanto por ciento lo llena todo: hasta el corazon de las suegras.

¡Oh dolor!..... ¡oh desesperacion!.....

Despues de esto, bueno será que VV. sepan que el periodismo, ese cuarto poder del Estado—¿cuál será el sexto?—es una calamidad, porque al fin y al cabo, nada más fácil que escribir un buen artículo, meter mucha bulla—más que los carretones de la Habana—y convertirse de la noche á la mañana en un Castelar ó un Valera.

Luego en los periódicos se suministra la ciencia en dosis homeopáticas, y maldecimos del libro porque le encontramos pesado y prolijo.

Esto matará á aquello, que diria Víctor Hugo.

¿Me explico?

Decididamente, la Asociacion de *bohemos* viene á llenar un vacío, á realizar una obra veneranda.

Ella despertará el amor á las Letras, á las Bellas



Artes, á todo; porque, eso sí, no hay como decir que en Cuba hace mucho calor para que llueva en las Batuecas.

El discurso inaugural es magnífico.

Su autor es un enamorado defensor de la ley del progreso, y esto..... me reconcilia con el sentido comun.

Habana, 11 de Mayo de 1876.



## NOTICIA BIBLIOGRÁFICA.







---

## NOTICIA BIBLIOGRÁFICA.

---

*Gritos del combate*, poesías de D. Gaspar Nuñez de Arce. — Madrid, imprenta de T. Fortanet. — 1875. — Un vol.

### I.

Cosa corriente y cierta es para muchos que la poesía ha muerto, que ya no existen poetas, y que en el siglo en que vivimos, siglo que todo lo analiza y escudriña, no puede haber enamorados del más bello arte. Los que tal sostienen, ó no se paran á pensar en lo grave de su afirmacion, ó no leen, y perdónesenos la franqueza, más versos que los que diariamente escriben y publican algunos *sin-sontes* para mortificacion y penitencia de los críticos.

En su pasion de generalizarlo todo, tomando el pensamiento ajeno, sin curarse de su bondad, por no pensar de un modo propio, olvidan, ó no saben acaso, que en el presente siglo no ha muerto la



poesía; que, viva y pujante, á semejanza del ave Fénix, renace de sus propias cenizas, y no muere ni morirá nunca, por más que avance la humanidad hácia el progreso y cada dia que pase adquiera mejor y más atinado conocimiento de la verdad; porque siempre será más, como dice un amigo nuestro muy discreto, lo que no sepamos que lo que llevemos aprendido. Sí sucede, y esto es de rigor, que no siempre y en diferentes épocas reine y anime el espíritu público el mismo gusto literario, porque el movimiento civilizador que nos arrastra, si bien no destruye el ideal poético, le dilata y agiganta, segun el estado de cultura y armonía que alcancemos en un momento de la vida histórica.

Por eso hoy nos parece ocupacion de gente necia y baladí cantar amorosos discreteos á dama desdeñosa, si el atribulado bardo emplea en su trabajo el aparatoso juego de dioses ó deidades de la antigüedad pagana; y renegamos, por idéntica razon, de esos cantarcillos académicos de amanerado estilo y rebuscada frase, frios como una hija de Albion, faltos de pensamiento y sentido poético, que descubren al ménos suspicaz de los lectores, si es que los tienen, la pena y fatiga que le costó á su autor tan laborioso parto.

No quiere decir esto que haya muerto la poesía, ni ménos que incompatible sea su ameno y deleitoso estudio con otros de mayor elevacion y mira; pues, á ser francos, ya que á tanto se nos obliga, habrémos de confesar á los que tantas y tantas calamidades achacan á nuestro siglo, quizá porque ellos son su peor calamidad, que nunca, nunca,



como dice muy bien el Sr. Valera, hubo en siglo ninguno ni mayor moralidad ni más adelanto y cultura; y, concretándonos á la cuestion que nos ocupa, añadiremos que, en punto general, y teniendo en cuenta las notas diferenciales de lugar y tiempo, jamas ha florecido como hoy la poesía lírica, por ser ésta la manifestacion artística más propia, genuina y natural de nuestra época.

Mucho tendríamos que escribir para probar este aserto, y de más reposo y vagar necesitaríamos para llegar á tal afirmacion, por lo que, sin olvidar que sólo hacemos un artículo de periódico, damos de mano á nuestras reflexiones, para ofrecer á los lectores de *El Moro Muza* un resúmen, sin pretensiones críticas, de lo mucho que se ha escrito acerca de las poesías del Sr. Nuñez de Arce, una noticia bibliográfica, como pusimos al frente de estas mal trazadas líneas.



## II.

Con dolor de corazon, secas las fuentes del sentimiento, abrimos el libro del poeta que canta y gime al mismo tiempo, y piensa encontrar á nuestra sociedad poseida de incurable dolencia, indiferente y dudosa, sin norte ni guía, débil esquife que la tempestad arrastra hácia el abismo. Es causa de tanto mal, y motivo y razon de tamaña desventura, la sed de lo infinito que nos abrasa, sed devoradora é insaciable, que no apagan las serenas fuentes del cristianismo; porque la fe, en los tiempos que alcanzamos, es punto ménos que imposible para los que, siguiendo una frase del Sr. Cañete, dudan de ella y creen á piés juntillas en la duda. Hecha así la pintura de nuestra sociedad, en sonoros é inspirados versos, casi nos hace pensar por un momento que somos el demonio en figura humana, y cobramos miedo de nosotros mismos; mas, pasada la primera impresion, con más sereno y reposado ánimo reimos del antiguo temor, juzgando cuerdamente que las quejas del Sr. Nuñez de Arce, tan limpia y bizarramente expresadas, obra son del desengaño, y no poca exageracion encierran.



Verdad es que hoy día no nos pagamos de ciertas formas ridículamente necias, ni creemos tampoco sea el mejor alimento de los pueblos la *sopa boba* de los antiguos monasterios, no concediendo mayor crédito y verdad á ningun hombre, por elevada posicion que ocupe; pero... ¿es esto no tener fe?... ¿Acaso serémos ateos por creer en los altos destinos de la humanidad, en el Sér que los ha trazado, en el estado pleno y armónico á que todos aspiramos?... No tenemos fe en la Inquisicion, pero sí la tenemos en la ley del progreso; y cuando torcedor impío nos desgarrá, y el ánimo suspenso desfallece á la duda, y nuestro celo religioso y santo se inquieta y llora agravios de la humana razon, entónces pensamos que otro sol más brillante bañará con su luz los anchurosos horizontes, y recobramos la piadosa fe, porque :

«¡Quién sabe ! Aunque las densas  
Tinieblas nos envuelven,  
¡ No eres eterna, oh noche !  
¡ Dolor, no duras siempre !»

Y así pensamos, no porque sea nuestro oficio batir palmas en loor de la presente edad, que no es propósito nuestro hacer creer á nadie en sus muchas excelencias y bondades; pues, léjos de eso, juzgamos que hoy, como siempre, existen grandes vicios al lado de grandes virtudes, y nos duele en el alma el ver que se agitan algunos seres tan olvidados del mundo exterior como de sí mismos. No gustamos de extremos, ni por vana complacencia ó mira particular descargamos el azote de nuestra sátira sobre nuestro siglo, más grandioso, gigante



y sintético que otro ninguno. Para acallar nuestras dudas, tenemos la fe, que nos anima, no la intolerancia, que castiga y no convence, que condena y no remedia; y nos encontramos muy de acuerdo con el Sr. Nuñez de Arce cuando, en la introducción de su *Raimundo Lulio*, exclama :

«Mas no porque condene  
Esos, que errores de la ciencia juzgo,  
Para extirparlos pido  
El auxilio sangriento del verdugo.  
Impuestas por la fuerza  
Ó por la vil superstición del vulgo,  
Odiosas me serian  
La verdad y la fe, que ansioso busco.  
Hijo soy de mi siglo,  
Y no puedo olvidar que por el triunfo  
De la conciencia humana  
Desde mis años juveniles lucho.  
Por bárbaro, rechazo  
De la crüel intolerancia el yugo,  
Y quiero en campo abierto  
Libremente lidiar con el absurdo.»

Achaque de gentes indoctas es el creer que todo trabajo filosófico conduce necesariamente al ateísmo, y reniegan de su estudio, sin recordar que, si un poco de filosofía natural, como dice Bacon, al ateísmo nos inclina, un conocimiento más profundo de esta ciencia nos vuelve á la religion, abriendo nuevos horizontes á la conciencia humana y haciéndonos conocer á Dios por propio y natural discurso.

Pero ¿por qué hablamos tanto de estas cuestiones tratando de las poesías del Sr. Nuñez de Arce? Hé aquí, envuelta en una pregunta, que bien pudiera



hacernos el entretenido lector, la única censura que hemos visto hacer en los periódicos madrileños á los *Gritos del combate*. Son cantos de pelea, ayes de dolor desesperante, que hieren lo más íntimo de nuestro sér. Entre el hervor de la batalla, encendido el valor con el olor de sangre, abiertas las heridas, no pensando más que en combatir, ¿cómo es posible que el poeta nos retrate cuadros de felicidad y de dulce sosiego y abandono? Pero ¿será lícito á nadie deducir de aquí que el Sr. Nuñez de Arce no tiene en su lira cadenciosos sonidos con que expresar los más vivos y santos afectos del alma? Pensamos que no. El autor de los *Gritos del combate* es un poeta que sabe sentir y expresar gallardamente lo que siente : maneja habilidosamente nuestra rica lengua; tiene pensamientos nobles y elevados, arranques tiernos y amorosos; pero es, ante todo, hombre de pasión; lucha por la libertad y por la patria, y á estos dos grandes ideales despierta su inspiración y nos conmueve con sus cantos varoniles y robustos.

Cuando haya pasado el período de lucha y de combate para el poeta, resonará su lira cadenciosa y grata, pintándonos otros afectos. Hoy, ya lo hemos dicho, en el hervor de la pelea sus cantos son de guerra, ayes de desaliento y desconfianza, arranques de desesperación, gritos del combate, en una palabra, inspirados y vigorosos.

1875.

FIN.







---

# ÍNDICE.

---

	<u>Páginas.</u>
Dedicatoria. . . . .	3
Apuntes biográficos. . . . .	5
Don Fernando Valdés Salas. . . . .	7
El Cardenal Cienfuegos Sierra.. . . .	23
El General Marqués de Santa Cruz.. . . .	31
El Conde de Campománes.. . . .	37
El Conde de Toreno. . . . .	47
Alonso de Quintanilla. . . . .	55
De la propiedad literaria y de la naturaleza y extension del de- recho del autor. . . . .	67
Casos y cosas. . . . .	91
La primera Página.. . . .	117
Libros de texto.. . . .	123
La Caridad cristiana. . . . .	129
Un poco de conversacion. . . . .	135
Pío IX.. . . .	143
La Educacion popular. . . . .	149
Una Carta.. . . .	155
Lo que hace falta. . . . .	163
Iconografía. . . . .	169



---

	<u>Páginas.</u>
Una Carta.. . . . .	175
Covadonga. . . . .	181
Moralidad y enseñanza. . . . .	187
Horas tristes. . . . .	193
Una Carta á un gran elector. . . . .	203
Una Cuestion económica. . . . .	211
Una Polémica. . . . .	229
Novedades..... nuevas.. . . .	247
Noticia bibliográfica. . . . .	253

FIN DEL ÍNDICE.





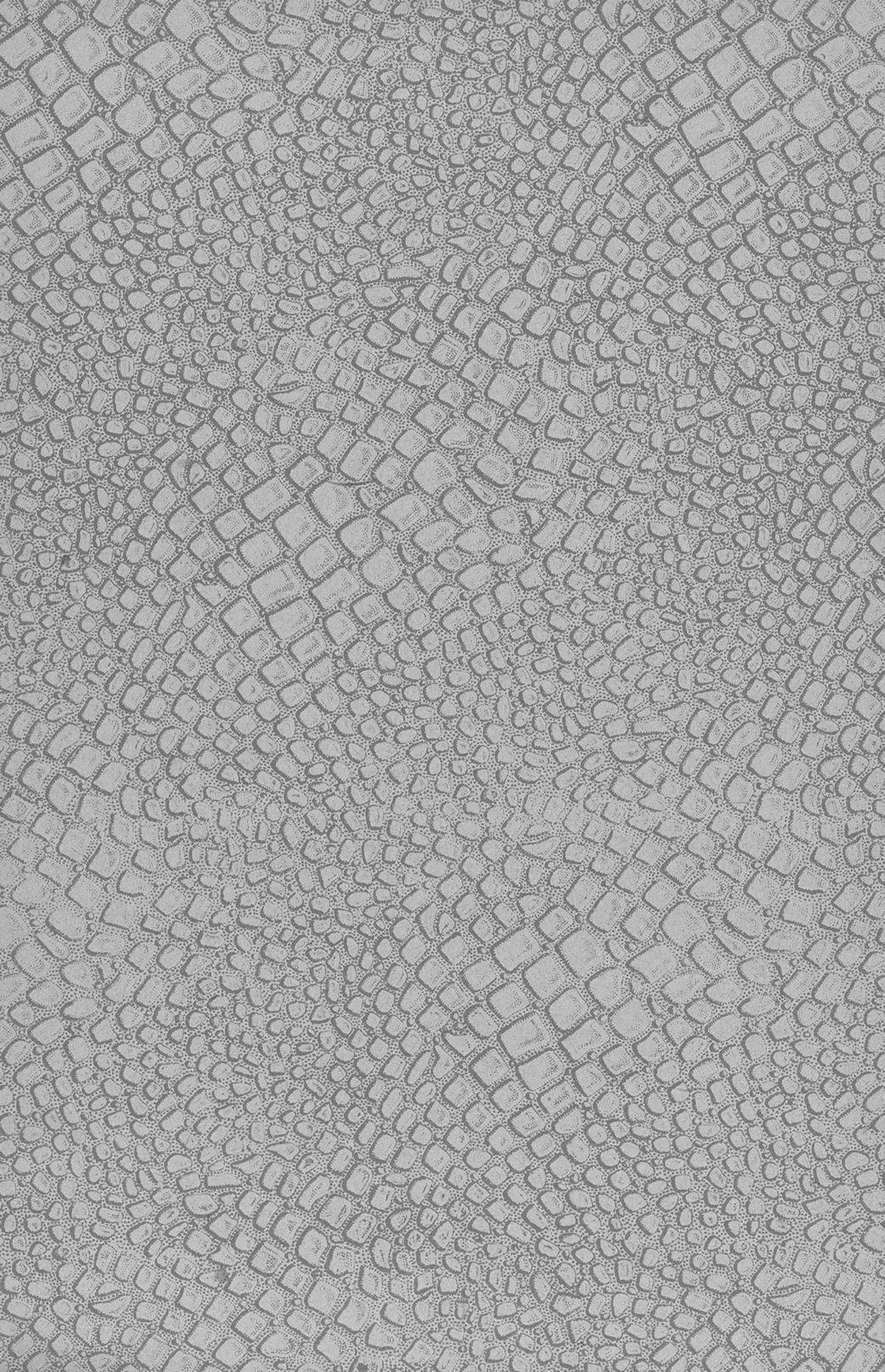




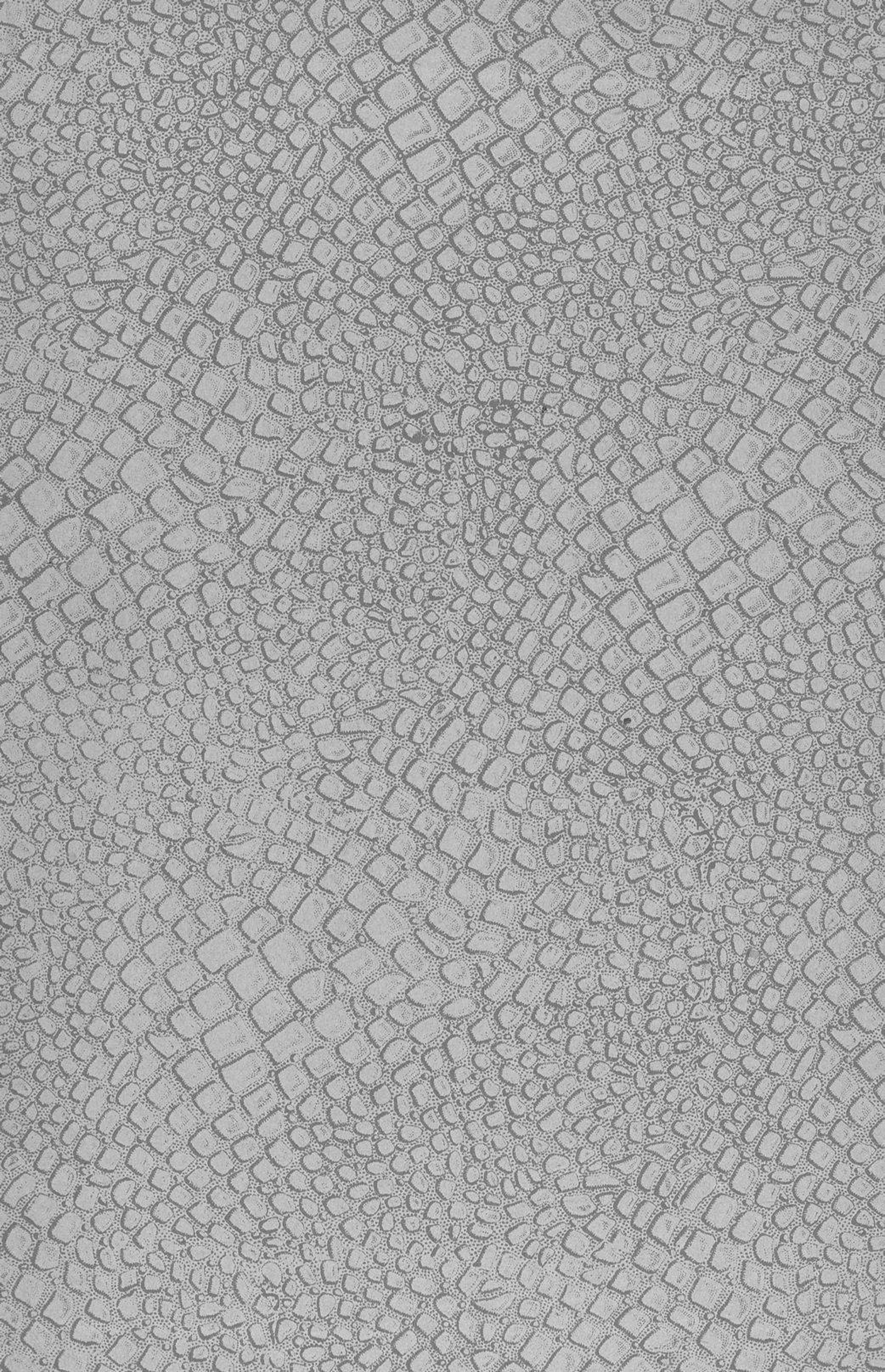














E

F



